

COMENTARIO DEL LIBRO DE LEVÍTICO

La Mano de Dios en el Libro de Levítico

Un recorrido por el carácter de Dios y su fidelidad en medio de los
desafíos de la vida

Rubén Candeal

Prólogo

El libro de Levítico es uno de los textos más detallados de toda la Biblia en cuanto a cómo es Dios y cómo quiere relacionarse con su pueblo. A primera vista puede parecer un libro lleno de normas, sacrificios y procedimientos, pero en realidad cada una de esas instrucciones revela aspectos profundos del carácter de Dios.

Levítico muestra a un Dios que es santo, ordenado, justo y cercano a su pueblo. Dios no es un Dios indiferente ni distante, sino un Dios que establece reglas claras para que las personas puedan vivir en relación con Él. Cada sacrificio, cada ofrenda y cada procedimiento tenía un propósito: enseñar cómo acercarse a Dios y cómo vivir delante de su presencia.

A lo largo del libro se repiten varias ideas que revelan quién es Dios:

Dios es santo, y por eso pide pureza en lo que se le ofrece.

Dios es un Dios de orden, que establece procedimientos concretos para cada cosa.

Dios es justo, y establece leyes que buscan equilibrio y restitución.

Dios es un Dios que habita entre su pueblo, que desea caminar en medio de ellos.

Dios es fiel a su pacto, incluso cuando el pueblo falla.

Levítico también muestra que Dios se preocupa por muchos aspectos de la vida: la adoración, la justicia, el trato entre las personas, el cuidado de la tierra, la ayuda a los pobres y la forma en que el pueblo vive cada día. Nada queda fuera de su atención.

Este libro revela que acercarse a Dios no es algo improvisado. Dios enseña que hay una manera correcta de vivir, de presentarse ante Él y de relacionarse con los demás.

Por eso, Levítico no es simplemente un libro de leyes antiguas. Es un libro que revela el carácter de Dios: un Dios santo que establece orden, un Dios justo que pone límites, y un Dios que desea habitar en medio de su pueblo.

A través de cada capítulo veremos cómo cada norma, cada sacrificio y cada instrucción nos muestra un aspecto del carácter de Dios y nos ayuda a entender mejor quién es Él.

Contenido

Levítico 1. El holocausto sin defecto y la entrega que sube entera	4
Levítico 2. La oblación, el fruto del trabajo y el Dios del orden	8
Levítico 3. La ofrenda de paz y la grosura que es de Jehová	12
Levítico 4. La expiación por el pecado cometido sin saberlo	16
Levítico 5. El testigo que calla y la ofrenda al alcance de cada uno.....	20
Levítico 6. Restituir el daño, hacer expiación y mantener el fuego encendido	24
Levítico 7. La pureza exigida para participar de lo que es de Jehová.....	28
Levítico 8. La consagración que nadie se toma por su cuenta	32
Levítico 9. El octavo día y el fuego que acepta.....	36
Levítico 10. El fuego extraño y la santidad que no se negocia.....	40
Levítico 11. La diferencia entre lo limpio y lo inmundado	44
Levítico 12. El tiempo de la purificación y la ofrenda del octavo día	48
Levítico 13. La mirada del sacerdote y los siete días de espera	52
Levítico 14. La ley del leproso cuando se limpia.....	56
Levítico 15. Los procedimientos detallados y los tiempos que Dios señala	60
Levítico 16. El día de la expiación y el macho cabrío que se lleva las culpas	64
Levítico 17. La sangre, el altar único y la vida que Dios reclama	68
Levítico 18. Los estatutos en los que el hombre vive.....	72
Levítico 19. Santos seréis: la santidad en la vida de cada día.....	76
Levítico 20. Las consecuencias y la tierra que no soporta la abominación.....	80
Levítico 21. La santidad exigida a los que se acercan al altar.....	84
Levítico 22. Lo santo no se toca de cualquier manera y lo que se ofrece no tiene defecto	88
Levítico 23. El calendario de Dios: las fiestas que reparten el año y la memoria	92
Levítico 24. La luz que no se apaga, el pan que representa y el nombre que no se toca...	96
Levítico 25. El año sabático y el jubileo: la tierra es mía y el pueblo es mío	100
Levítico 26. Bendiciones, maldiciones y un pacto que no se rompe	104
Levítico 27. Los votos: lo que se promete a Dios y lo que ya era suyo	108

Levítico 1. El holocausto sin defecto y la entrega que sube entera

1. Contexto previo

Éxodo terminaba con la gloria llenando el tabernáculo recién levantado, y con una dificultad que el propio texto dejaba abierta: ni Moisés podía entrar. La casa estaba puesta y el pueblo no sabía cómo acercarse. Levítico empieza exactamente ahí, con Dios llamando desde el tabernáculo de reunión para explicar el camino de entrada. Y lo primero que enseña no es una doctrina, sino un animal: qué traer, cómo traerlo y quién decide la forma. Dios no espera que el hombre invente su acceso; se lo dicta.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La voz que llama desde la tienda (v.1-2) — El libro abre sin narración: Jehová llama a Moisés y le habla desde el tabernáculo de reunión. La orden es para cualquiera del pueblo, no solo para los sacerdotes: cuando alguno ofreciere ofrenda, la traerá del ganado vacuno o del rebaño. El acceso queda abierto, pero reglado desde el primer versículo.

El holocausto del ganado vacuno (v.3-9) — «Si su ofrenda fuere holocausto vacuno, macho sin defecto lo ofrecerá; de su voluntad lo ofrecerá a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová.» El oferente pone la mano sobre la cabeza del animal, lo degüella delante de Jehová, y los sacerdotes rocían la sangre sobre el altar. Luego se despieza, se lava lo interior y las piernas, y todo arde. Nada vuelve a casa.

El holocausto del rebaño (v.10-13) — «Y si su ofrenda para holocausto fuere del rebaño, de las ovejas o de las cabras, macho sin defecto lo ofrecerá.» El procedimiento se repite con sus pasos propios: degüello al lado norte del altar, sangre rociada alrededor, partes colocadas sobre la leña. Y la misma conclusión: «y el sacerdote hará arder todo sobre el altar; holocausto es, ofrenda encendida de olor grato para Jehová.»

El holocausto de las aves (v.14-17) — Si la ofrenda es de aves, se traen tórtolas o palominos. El sacerdote les quita la cabeza, exprime la sangre sobre la pared del altar, aparta el buche con las plumas y hiende el ave por las alas sin dividirla. La ofrenda más pequeña recibe la misma fórmula final que el becerro: olor grato para Jehová.

El olor grato como veredicto (v.9, 13, 17) — Tres veces, una por cada clase de ofrenda, el capítulo cierra con la misma frase. No importa el tamaño del animal: importa que se haya hecho como Dios dijo. Esa repetición es el veredicto del capítulo, y explica por qué Levítico insiste tanto en el procedimiento.

3. Los personajes clave

El animal sin defecto — Lo mejor que el hombre tenía, no lo que le sobraba —

El mandamiento muestra que Dios no acepta lo que está dañado o lo que no tiene valor para la persona. El sacrificio debía representar lo mejor que el hombre podía ofrecer.

Un animal enfermo, cojo o gastado habría costado poco. Precisamente por eso queda excluido. Lo que no cuesta nada no expresa nada, y el altar no es un sitio donde deshacerse de lo que ya no sirve.

Esto revela que Dios es digno de honor, respeto y reverencia. La calidad exigida en el animal no habla del animal: habla de quién lo recibe.

La mano sobre la cabeza — El gesto que identifica al oferente con la víctima —

Antes de degollar, el que trae la ofrenda pone su mano sobre la cabeza del animal. No es un trámite: es el momento en que el hombre y la víctima quedan unidos.

El texto dice que así será aceptado para expiación suya. Lo que le pasa al animal cuenta como pasado a él. La sustitución no se explica con un discurso, se enseña con una mano apoyada.

De ahí sale toda la lógica del resto de la Escritura sobre el sacrificio. Uno muere, otro queda aceptado, y el vínculo entre los dos se establece delante de Dios y no en la intimidad del que ofrece.

El fuego que lo consume todo — La entrega que no deja resto — El holocausto era completamente consumido en el altar. Este acto simbolizaba una entrega total a Dios.

En las demás ofrendas el sacerdote come, o el oferente come. Aquí no come nadie. Sube entero. Es la única de las cinco donde el hombre no recupera nada de lo que trajo.

La expresión «olor grato» indica que la ofrenda presentada conforme a lo que Dios había establecido agradaba a Dios. No se trata del humo, sino de lo que el humo representa: una vida puesta sin reservas donde Dios dijo.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios es santo, y por eso pide una ofrenda sin defecto — En el primer capítulo de Levítico se establece un principio importante acerca del carácter de Dios: Dios es santo y digno de lo mejor. Por esta razón, el animal que se ofrecía en sacrificio debía ser sin defecto. No podía tener imperfecciones, enfermedades o daños.

La exigencia no nace del capricho, sino de quién es Él. Un Dios santo no puede recibir lo defectuoso sin dejar de ser lo que es. La norma del altar es la consecuencia práctica de su naturaleza.

Siglos después Malaquías tendrá que reprochar exactamente lo contrario a un pueblo que traía animales ciegos y cojos: preséntalo a tu príncipe, a ver si le agradas. La medida no había cambiado; había cambiado la estima del que ofrecía.

Y cuando el Nuevo Testamento quiere describir a Cristo, echa mano de este vocabulario: un cordero sin mancha y sin contaminación. Levítico 1 estaba enseñando a Israel a reconocerlo antes de que llegara.

Dios recibe al que se acerca voluntariamente — El sacrificio no era solamente un acto ritual; también implicaba una disposición del corazón. La persona debía traer la ofrenda voluntariamente delante de Dios.

Esto muestra otro aspecto del carácter de Dios: Dios desea una relación con su pueblo basada en la entrega voluntaria, no en una obligación vacía. El pueblo se acercaba a Dios reconociendo su autoridad y su santidad.

Fíjate en la tensión que el versículo sostiene sin romperse: la ofrenda es obligatoria en su forma y voluntaria en su origen. Dios manda cómo, y deja al hombre el sí. Ninguna de las dos cosas anula a la otra.

Esa es la diferencia entre el que cumple y el que adora. Los dos traen el mismo becerro y hacen los mismos pasos; solo uno lo ha traído porque quería acercarse.

Dios establece la manera en que debe presentarse la ofrenda — En Levítico 1 se observa que Dios no solamente pide una ofrenda, sino que también establece la manera en que debe presentarse. El pueblo de Israel no podía ofrecer sacrificios de cualquier forma. Dios mismo determinó el procedimiento, el lugar y la forma correcta de hacerlo.

Dependiendo del tipo de ofrenda, el procedimiento tenía ciertos pasos específicos que debían seguirse. El proceso incluía traer el animal, presentarlo delante de Jehová, realizar el sacrificio y ofrecerlo en el altar. Todo debía hacerse conforme a lo que Dios había mandado.

Esto revela que Dios es un Dios que establece la manera correcta de acercarse a Él. No era el pueblo quien decidía cómo hacerlo; era Dios quien daba las instrucciones.

Y no es una manía legalista. El pueblo que acababa de salir de Egipto había visto adorar de mil maneras, y él mismo había fabricado un becerro con buena intención y resultado catastrófico. Dios fija el procedimiento porque la sinceridad sola no encuentra el camino a su presencia.

Dios se agrada en la obediencia, no en el tamaño de lo que recibe — El capítulo admite un becerro, un cordero o dos palominos, y pronuncia sobre los tres la misma sentencia: olor grato para Jehová.

Eso deja fuera de juego la comparación entre oferentes. El rico no compra más aceptación y el pobre no queda con menos. Lo que se mide es la conformidad con lo mandado, no el precio del animal.

Dios se complace en la obediencia y en la adoración hecha conforme a su voluntad. Por eso Samuel podrá decirle a Saúl que obedecer es mejor que los sacrificios, sin contradecir a Levítico: es justamente lo que Levítico venía enseñando.

5. El hilo conector *Lo mejor, entero y a su manera*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **lo que se ofrece a Dios debe ser lo mejor, porque Dios es digno de honor y reverencia.**

El capítulo junta tres exigencias que se sostienen entre sí: sin defecto, voluntariamente y conforme a lo establecido. Quita una y las otras se desmoronan. Lo perfecto traído a la fuerza no es adoración; lo entregado de corazón pero a nuestra manera no llega adonde queríamos.

Y por encima de todo está el fuego que no devuelve nada. El holocausto sube entero porque enseña lo que Dios busca en el que se le acerca: no una parte negociada, sino una vida puesta en el altar.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Traer a Dios lo que ya no sirve para nada más	Apartar para Él lo mejor que se tiene
Cumplir el rito con el corazón en otra parte	La ofrenda que nace de la propia voluntad
Acercarse a Dios de la manera que a uno le parece	Seguir el camino de acceso que Él mismo señaló
Medir la adoración por el tamaño de lo ofrecido	Saber que el palomino y el becerro reciben la misma palabra
Reservarse una parte de lo que se dice entregar	La entrega que sube entera y no vuelve a casa

Levítico 2. La oblación, el fruto del trabajo y el Dios del orden

1. Contexto previo

El capítulo anterior mandaba traer un animal, y eso dejaba una pregunta en el aire: qué hace el que vive del campo y no del ganado, o el que trae su adoración desde la era y no desde el establo. Levítico 2 responde con la oblación, la única de las ofrendas del capítulo sin sangre. Flor de harina, aceite, incienso y sal. Lo que se trae aquí no es una vida sustituta, sino el fruto del trabajo de un hombre puesto delante de Dios, y también para eso hay instrucciones exactas.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La harina, el aceite y el incienso (v.1-3) — «Cuando alguna persona ofreciere oblación a Jehová, su ofrenda será de flor de harina, sobre la cual echará aceite, y pondrá sobre ella incienso.» El sacerdote toma un puñado como memorial y lo hace arder; el resto queda para Aarón y sus hijos, cosa santísima de las ofrendas encendidas a Jehová. Una parte sube y otra sostiene a los que sirven.

La oblación cocida (v.4-10) — «Cuando ofrecieres oblación cocida en horno, será de tortas de flor de harina sin levadura, amasadas con aceite, y hojaldres sin levadura untadas con aceite.» El texto añade la cocida en sartén y la cocida en cazuela, cada una con su preparación. En todas se repite el mismo cierre: el puñado como memorial al altar, el resto para el sacerdote.

Sin levadura y sin miel, pero con sal (v.11-13) — Ninguna oblación que se ofrezca a Jehová se hará con levadura, y tampoco se quemará miel en el altar. En cambio la sal no puede faltar: «y no harás que falte jamás la sal del pacto de tu Dios de tu ofrenda; en toda ofrenda tuya ofrecerás sal.» Lo que fermenta queda fuera; lo que preserva es obligatorio.

La ofrenda de las primicias (v.14-16) — Si se ofrecen primicias, serán espigas tostadas al fuego y grano desmenuzado, con aceite e incienso encima. El sacerdote hace arder el memorial del grano y del aceite con todo el incienso. Lo primero de la cosecha, aún sin moler, entra en el altar con la misma fórmula.

3. Los personajes clave

La flor de harina — El fruto del trabajo puesto delante de Dios — La ofrenda de cereales es diferente a otras ofrendas en Levítico porque no requería el sacrificio de un animal. Esta ofrenda estaba asociada con presentar algo del fruto del trabajo delante de Dios.

Detrás de un puñado de flor de harina hay un año entero: arar, sembrar, esperar la lluvia, segar, trillar y moler. Lo que llega al altar es tiempo de vida convertido en alimento.

Y no es harina cualquiera, sino la flor, la parte más fina del grano. Vuelve el principio del capítulo primero por otro camino: lo mejor de lo que uno produce, no lo que queda al fondo del saco.

El memorial — El puñado que sube por el todo — El sacerdote tomaba un puñado de la harina y del aceite, con todo el incienso, y lo hacía arder sobre el altar. Esa porción se llama memorial.

El puñado representa a la ofrenda entera. Lo que arde es poco, pero delante de Dios cuenta por todo lo que el hombre trajo. Dios no necesita consumirlo todo para haberlo recibido todo.

El incienso, en cambio, sube completo. Lo aromático se lo queda Él sin repartir, y lo que alimenta queda para los que sirven en la casa. Hasta en el reparto hay enseñanza.

La sal del pacto — Lo que impide que la ofrenda se corrompa — La levadura y la miel quedan prohibidas; la sal es obligatoria en toda ofrenda. Tres decisiones sobre tres ingredientes, y ninguna es decorativa.

La levadura y la miel fermentan: hinchán, agrian y descomponen. La sal hace lo contrario, conserva y sazona. Dios excluye del altar lo que se corrompe con el tiempo y exige lo que lo resiste.

Por eso el texto la llama sal del pacto. Un pacto que se pudre no es pacto. Cuando Jesús diga a los suyos vosotros sois la sal de la tierra, estará hablando el idioma que Levítico 2 enseñó primero.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece requisitos específicos para lo que se le presenta — En este capítulo se presenta la ofrenda de cereales. A diferencia de otras ofrendas mencionadas en Levítico, esta no requería un animal, sino flor de harina, aceite e incienso. Sin embargo, aunque no implicaba un sacrificio animal, Dios también estableció requisitos claros sobre cómo debía presentarse.

Esto muestra que Dios no deja la adoración a la improvisación. Él especifica cómo debe ser cada cosa que se presenta delante de Él.

Y conviene notar dónde lo especifica. No en la ofrenda solemne del sumo sacerdote, sino en la más humilde y barata del libro, la que cualquiera podía traer. Lo pequeño también se hace como Dios dijo.

Dios es un Dios de orden, donde cada cosa tiene su lugar — En la ofrenda de cereales cada elemento tenía un lugar específico: la harina, el aceite y el incienso debían presentarse de la forma que Dios había indicado. Luego el sacerdote tomaba una parte para ofrecerla en el altar.

Esto muestra que Dios es un Dios de orden y precisión. Cuando el pueblo seguía las instrucciones dadas por Dios, la ofrenda era aceptada como olor grato delante de Él.

El orden no es una manía administrativa: es la forma en que Dios hace previsible su trato con los suyos. Un Dios que cambia de criterio cada día es un Dios con el que no se puede vivir. Pablo lo dirá de una vez para siempre: Dios no es Dios de confusión, sino de paz.

Por eso el capítulo repite el mismo esquema con la harina cruda, con la cocida en horno, en sartén y en cazuela. Cambia la cocina, no cambia el criterio.

No todas las ofrendas son iguales; cada una tiene un propósito — Mientras que otros sacrificios estaban relacionados con la expiación o con el pecado, esta ofrenda estaba asociada con presentar algo del fruto del trabajo delante de Dios. Esto muestra que no todas las ofrendas tenían el mismo propósito ni la misma forma.

Dios estableció diferentes tipos de ofrendas para distintas situaciones. Un hombre no llega siempre al tabernáculo con lo mismo: unas veces viene culpable, otras agradecido, otras simplemente queriendo reconocer de quién viene su pan.

La oblación cubre justamente eso último, y no es poca cosa que Dios le dedique un capítulo entero. La gratitud por el trabajo cotidiano tiene su propio procedimiento y su propio altar.

Dios mismo provee la manera de acercarse a Él — En el libro de Levítico se observa que muchas ofrendas implicaban sacrificio porque el pecado produce separación entre Dios y el hombre. Cuanto mayor es el pecado, mayor es la distancia entre la persona y Dios.

Sin embargo, el sistema de ofrendas mostraba que Dios mismo proveía la manera de acercarse a Él. Dios establecía los requisitos para que el pueblo pudiera presentarse delante de su presencia.

Esa es la diferencia entre la religión y lo que Levítico enseña. En la religión el hombre inventa cómo subir; aquí es el ofendido quien redacta las condiciones de la reconciliación y las pone al alcance de todos.

Y las pone baratas. Un puñado de harina está a mano del jornalero más pobre de Israel. La puerta que Dios abre no se cierra por falta de recursos.

5. El hilo conector *Cuando se trae exactamente lo que Él pidió*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **cuando el pueblo presentaba la ofrenda exactamente como Dios lo había pedido, la ofrenda era aceptada delante de Él.**

La oblación no tiene sangre, no tiene drama y no salva a nadie de una condena. Es el hombre reconociendo que el pan que come viene de una mano que no es la suya, y devolviendo un puñado de eso mismo al que se lo dio.

Por eso importa tanto el detalle. Sin levadura, sin miel, con sal, con aceite, con incienso, con memorial. Dios cuida la forma de la ofrenda más sencilla del libro porque en las cosas pequeñas se ve de verdad si uno adora a su manera o a la de Él.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Improvisar la adoración según lo que apetece	Presentar cada cosa como Él lo indicó
Creer que lo pequeño no necesita cuidado	Cuidar la forma hasta en la ofrenda más barata
Quedarse con el fruto del trabajo como si fuera solo propio	Devolver lo primero y lo mejor de la cosecha
Lo que fermenta y agria dentro de lo que se ofrece	La sal del pacto que no falta jamás
Inventar una manera propia de subir hasta Dios	Entrar por la puerta que Él mismo dejó abierta

Levítico 3. La ofrenda de paz y la grosura que es de Jehová

1. Contexto previo

Después del holocausto que sube entero y de la oblación del fruto del trabajo llega la tercera ofrenda, la de paz. Es la única en la que se come: parte arde en el altar, parte es del sacerdote y parte vuelve a la mesa del oferente con su familia. Dios, el que sirve y el que ofrece comparten el mismo animal. Pero antes de que nadie se siente a comer, el capítulo deja claro qué parte no se toca, y la repite tres veces por si alguien no la había entendido.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La ofrenda de paz del ganado vacuno (v.1-5) — Si la ofrenda es del vacuno, macho o hembra, sin defecto la ofrecerá delante de Jehová. El oferente pone la mano sobre la cabeza, lo degüella a la puerta del tabernáculo y los sacerdotes rocían la sangre alrededor del altar. Luego se separa lo que le corresponde a Dios y arde sobre el holocausto, ofrenda encendida de olor grato.

Lo que se aparta para el altar (v.3-4) — «Luego ofrecerá del sacrificio de paz, como ofrenda encendida a Jehová, la grosura que cubre los intestinos, y toda la grosura que está sobre las entrañas; los dos riñones, y la grosura que está sobre ellos...» La lista es minuciosa. Dios no dice una parte: dice cuáles, una por una.

La ofrenda del cordero y de la cabra (v.6-16) — Si es de las ovejas, se añade la cola entera, cortada a raíz del espinazo, junto con la grosura de las entrañas y los riñones. Si es cabra, la misma relación de partes. Cambia el animal y no cambia el criterio: «Y el sacerdote hará arder esto sobre el altar; vianda es de ofrenda encendida para olor grato; toda la grosura es de Jehová.»

El estatuto perpetuo (v.17) — «Estatuto perpetuo será por vuestras edades, dondequiera que habitéis, que ninguna grosura ni ninguna sangre comeréis.» La prohibición no queda atada al tabernáculo ni a aquella generación. Dondequiera que habitéis: también lejos del altar, también cuando nadie mire.

3. Los personajes clave

La grosura — La parte más rica, reclamada por su dueño — La grosura en el sacrificio representaba la parte más rica y valiosa del animal. Dios pedía que esa parte fuera separada y presentada en el altar.

En una economía donde la carne era escasa y la grasa era lo más apreciado del animal, apartarla no era un detalle simbólico: era renunciar a lo que uno más deseaba comer.

Esto muestra que Dios reclama para sí una parte especial de la ofrenda, algo que debía ser apartado específicamente para Él. Y la reclama justo donde más se nota.

La sangre — Lo que nunca pasa al plato del hombre — Junto a la grosura, el versículo 17 prohíbe para siempre comer sangre. Las dos cosas van juntas en la misma frase y por la misma razón.

Levítico explicará más adelante que la vida de la carne está en la sangre, y que Dios la ha dado sobre el altar para hacer expiación. La sangre tiene una función asignada, y esa función no es alimentar a nadie.

Por eso la prohibición no depende del lugar. Un israelita podía estar a semanas de camino del tabernáculo y seguía obligado. Hay cosas que pertenecen a Dios aunque el altar quede lejos.

La mesa compartida — La comunión que el sacrificio hace posible — La ofrenda de paz termina en comida. Es la única en la que el oferente se sienta a comer de lo que ha traído, y ese es todo su sentido.

Comer juntos, en el mundo antiguo, es la señal de que no hay pleito pendiente. Que Dios reciba su parte en el altar mientras la familia come la suya significa que la relación está en paz.

Pero el orden importa y no se puede invertir. Primero la sangre rociada, después la grosura ardiendo, y solo entonces la mesa. No hay comunión que empiece por el postre.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece qué partes de la ofrenda le pertenecen — En este capítulo se detallan varias partes del animal que debían separarse: la grosura que cubría los órganos y la que estaba sobre los riñones. Estas partes eran tomadas y ofrecidas en el altar.

El texto muestra que Dios especificaba exactamente qué partes debían ser entregadas. No era algo que el pueblo decidiera por sí mismo, sino algo que Dios había determinado.

Y ese es un dato incómodo y necesario. El hombre siempre prefiere elegir él lo que da, porque así controla cuánto le duele. Aquí quien elige es el que recibe.

Fíjate además en dónde están las partes que Dios reclama: por dentro, alrededor de las entrañas y los riñones. Lo que se aparta para Él no es lo que se ve desde fuera del animal.

Dios pide que ciertas cosas sean apartadas específicamente para Él — Dios estableció que la grosura debía ser apartada para Él y no debía ser comida por el pueblo. Esto indicaba que ciertas partes del sacrificio pertenecían exclusivamente a Dios.

La instrucción resalta que en las ofrendas había elementos que debían ser reservados únicamente para el Señor. No compartidos, no repartidos, no negociados.

Es el mismo principio que atraviesa toda la Escritura con el diezmo, con el sábado y con el primogénito. Dios aparta algo y dice: esto es mío. Y lo que aparta nunca es lo que sobra.

Lo que está en juego no es la grasa de un buey, sino si el hombre reconoce que lo que tiene tiene dueño. Quien se queda con la porción de Dios no le está robando comida: le está discutiendo el señorío.

Dios establece límites sobre lo que el pueblo puede tomar — Dios determina cómo deben presentarse las ofrendas y pone límites claros sobre lo que el pueblo puede tomar y lo que debe ser reservado para Él.

El límite se da en el contexto más generoso posible. En la ofrenda de paz Dios devuelve casi todo el animal a la mesa del que lo trajo. Y aun ahí traza una raya.

Eso enseña algo sobre la libertad que Dios da. No es ilimitada, y no lo es porque el límite mismo es lo que sostiene la relación. Desde el huerto de Edén, la comunión con Dios siempre incluyó un árbol del que no se come.

Y el límite se puso por escrito precisamente porque iba a ser puesto a prueba. Un hombre con la carne caliente delante y con nadie vigilando necesita saber de antemano dónde está la raya. Dios no la dejó al criterio del momento ni al apetito de cada tarde.

Dios hace posible la paz que el hombre no puede fabricar — El nombre de la ofrenda lo dice todo. No se llama ofrenda de esfuerzo ni de mérito: se llama de paz. Y llega en el capítulo que sigue al holocausto, no antes.

El orden del libro es el del evangelio entero. Primero la entrega total y la sangre en el altar, después la mesa. La paz no es el precio de entrada, es el resultado del sacrificio aceptado.

Por eso Pablo podrá escribir que, justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Israel lo comía; nosotros lo leemos. Es la misma paz y viene por el mismo camino.

5. El hilo conector *Toda la grosura es de Jehová*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios da instrucciones claras sobre cómo presentar las ofrendas, y que algunas partes del sacrificio debían ser separadas exclusivamente para Él.**

La ofrenda de paz es la más generosa del libro: el oferente se lleva carne a casa y se sienta a comer delante de su Dios. Pero el capítulo, antes de permitir ni un bocado, repite tres veces qué es de Jehová y lo sella con un estatuto perpetuo.

Ahí está el equilibrio del capítulo. Dios no es tacaño, devuelve casi todo. Y no es negociable, porque lo suyo se aparta primero. El que entiende las dos cosas a la vez sabe sentarse a la mesa sin tocar lo que no le corresponde.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Decidir uno mismo qué parte le da a Dios	Apartar exactamente lo que Él señaló

Quedarse con lo mejor y ofrecer el resto	Que la grosura suba al altar antes de la mesa
Obedecer solo mientras se está cerca del altar	Guardar el estatuto dondequiera que habites
Buscar la comunión saltándose el sacrificio	La paz que llega después de la sangre rociada
Tratar los límites de Dios como un recorte	Reconocer que el límite es lo que sostiene la relación

Levítico 4. La expiación por el pecado cometido sin saberlo

1. Contexto previo

Las tres primeras ofrendas eran voluntarias: uno las traía porque quería acercarse, agradecer o celebrar. Aquí cambia el tono. Levítico 4 no habla de lo que el hombre quiere ofrecer, sino de lo que tiene que ofrecer cuando descubre que ha pecado sin darse cuenta. El capítulo no está pensado para el rebelde que desafía a Dios de frente, sino para el que camina tranquilo creyéndose en regla y un día se entera de que no lo estaba.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El pecado por yerro (v.1-2) — «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguna persona pecare por yerro en alguno de los mandamientos de Jehová sobre cosas que no se han de hacer, e hiciere alguna de ellas.» Así se abre el capítulo. No se está juzgando la intención: se está reconociendo un hecho. Se quebrantó un mandamiento.

Cuando peca el sacerdote ungido (v.3-12) — Si el que yerra es el sacerdote ungido, trae un becerro. Su sangre se rocía siete veces delante del velo, se unta en los cuernos del altar del incienso y el resto se derrama al pie del altar del holocausto. El animal entero se quema fuera del campamento. El pecado del que ministra se trata con el procedimiento más grave del capítulo.

Cuando yerra toda la congregación (v.13-21) — «Si toda la congregación de Israel hubiere errado, y el negocio estuviere oculto a los ojos del pueblo, e hicieren algo contra alguno de los mandamientos de Jehová... y el pecado que cometieron les fuere descubierto, ofrecerán la congregación un becerro por expiación.» Los ancianos ponen las manos sobre su cabeza en nombre de todos, y el sacerdote hace expiación por el pueblo entero.

Cuando peca el príncipe (v.22-26) — Si el que yerra es un jefe del pueblo, trae un macho cabrío sin defecto. La sangre va a los cuernos del altar del holocausto y la grosura arde como en la ofrenda de paz. La autoridad no exime del sacrificio; solo cambia el animal.

Cuando peca alguien del pueblo (v.27-35) — Si es una persona cualquiera, trae una cabra o una cordera sin defecto. El procedimiento se repite paso a paso, y el capítulo cierra cada caso con la misma frase: «y les hará el sacerdote expiación, y obtendrán perdón.» Nadie queda fuera del alcance de la provisión.

3. Los personajes clave

El que pecó por yerro — El culpable que no sabía que lo era — En este capítulo se menciona el pecado por yerro, es decir, un pecado cometido sin darse cuenta o sin saber que se estaba pecando. La persona podía haber quebrantado un mandamiento de Dios sin tener conciencia en ese momento de lo que estaba haciendo.

Este pasaje muestra que incluso cuando el pecado se comete sin intención, sigue siendo considerado pecado delante de Dios. La ignorancia explica el caso, pero no lo cancela.

Y eso desmonta la medida con la que el hombre suele juzgarse a sí mismo. Solemos medir la culpa por lo que sentimos, y el texto la mide por lo que Dios dijo. Son dos varas distintas y solo una es la del tribunal.

El momento en que el pecado es descubierto — La hora en que se exige una respuesta — El texto explica que cuando el pecado que se había cometido llegaba a ser descubierto, entonces debía presentarse un sacrificio por el pecado.

Fíjate en que el capítulo repite esa condición en cada caso: cuando le fuere conocido, cuando les fuere descubierto. El conocimiento es el detonante de la obligación.

Esto muestra que cuando el error era reconocido, debía haber una respuesta delante de Dios. Lo que no cabe es enterarse y seguir igual, como si saberlo no cambiara nada.

La sangre en los cuernos del altar — Lo que cubre lo que no se sabía — En cada uno de los cuatro casos el punto decisivo es el mismo: la sangre aplicada donde Dios mandó aplicarla. Cambia el animal y cambia el lugar, pero nunca falta.

El sacrificio que se presentaba tenía el propósito de hacer expiación, es decir, cubrir el pecado que se había cometido. El sacerdote realizaba el sacrificio conforme a lo que Dios había establecido.

Y el resultado se enuncia con una sobriedad que impresiona: obtendrán perdón. No dice que se sentirán mejor ni que quedarán advertidos. Dice que quedan perdonados, y lo dice Dios.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

El pecado no depende de que el hombre lo advierta — La primera enseñanza del capítulo es dura y necesaria: el pecado puede cometerse incluso sin darse cuenta, y sigue siendo pecado delante de Dios.

Eso significa que la norma de Dios existe independientemente de mi percepción de ella. No es un acuerdo que se activa cuando yo lo firmo; es la realidad dentro de la cual vivo, la conozca o no.

Por eso David podrá orar «¿quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos». Un hombre conforme al corazón de Dios sabía que su conciencia limpia no era prueba suficiente.

Y lo mismo dirá Pablo con toda naturalidad: de nada tengo mala conciencia, pero no por eso soy justificado, pues el que me juzga es el Señor. La última palabra sobre mí no la tengo yo.

Dios estableció una manera específica para tratar el pecado — El sacrificio era el medio que Dios había determinado para la expiación. No lo eligió el pueblo, ni lo improvisó el sacerdote.

Esto muestra que Dios había provisto una manera para tratar el pecado cuando era reconocido. Y la provisión estaba lista antes de que nadie pecara: el capítulo se escribe por adelantado, para casos que todavía no habían ocurrido.

Ahí se ve el carácter de Dios con una claridad extraña. Es un Dios que sabe perfectamente que su pueblo va a fallar, y que en vez de esperar el fallo para reaccionar, deja escrito de antemano el camino de vuelta.

Nada de esto suaviza la gravedad del asunto. La provisión cuesta una vida cada vez. Que haya remedio no significa que el pecado sea barato; significa que Dios estuvo dispuesto a pagar el precio de tenerlo cerca.

Dios no tiene una ley distinta para los de arriba — El capítulo recorre cuatro casos: el sacerdote ungido, la congregación entera, el príncipe y el hombre común. Todos pecan y todos traen sacrificio.

La única diferencia está en la dirección del rigor. El sacerdote no trae menos que el pueblo, trae más: un becerro, la sangre llevada hasta delante del velo y el cuerpo quemado fuera del campamento.

Es decir, cuanta más responsabilidad, más pesa la falta. Lo contrario de como funcionan las cortes humanas, donde el cargo suele ser el mejor escudo.

Y hay un detalle que no conviene pasar por alto: Dios contempla que la congregación entera se equivoque y ni siquiera lo sepa. Un pueblo puede estar unánime y estar equivocado. La mayoría no santifica nada.

Al pecado reconocido le corresponde el perdón otorgado — Cuatro veces en este capítulo aparece la misma conclusión: y les hará el sacerdote expiación, y obtendrán perdón.

La repetición no es descuido del redactor. Es lo que Dios quiere que quede grabado. El que trae lo que se le pidió no se va con una duda: se va perdonado.

Y todo esto apunta a un lugar concreto. Hebreos recordará que los cuerpos de los animales cuya sangre entraba por el pecado eran quemados fuera del campamento, y que por eso también Jesús padeció fuera de la puerta. Levítico 4 estaba dibujando el mapa.

5. El hilo conector *Cuando el error sale a la luz*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **el pecado no siempre era intencional, pero cuando la persona llegaba a ser consciente de su error, debía acudir a la forma que Dios había establecido para tratar ese pecado.**

El capítulo describe al hombre honesto que un día descubre que estaba fallando sin saberlo. No hay rebeldía, no hay desafío, no hay mala fe. Y aun así hay culpa, y hay que hacer algo con ella.

Lo notable es lo que Dios hace con esa situación. No la ignora, porque su santidad no permite ignorarla, y tampoco la usa para aplastar a nadie. Pone un camino: reconoce, trae

lo que pedí, y obtendrás perdón. El descubrimiento del pecado no es el final del hombre; es el principio de su restauración.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Medir la culpa por lo que uno siente	Medirla por lo que Dios ha dicho
Usar la ignorancia como excusa definitiva	Reconocer la falta en cuanto sale a la luz
Enterarse del error y seguir igual	Acudir a la forma que Él estableció
Creer que el cargo protege de la responsabilidad	Saber que a más responsabilidad, más pesa la falta
Dar por buena una conciencia tranquila	Pedir que Él libre de los errores ocultos
Vivir con la culpa como si no hubiera remedio	Confiar en que el perdón lo anuncia Él mismo

Levítico 5. El testigo que calla y la ofrenda al alcance de cada uno

1. Contexto previo

El capítulo anterior trataba el pecado por yerro en general; este baja a casos concretos y cotidianos. Un hombre que oyó algo y no lo declaró. Otro que tocó lo que no debía sin saberlo. Otro que juró a la ligera. Son faltas pequeñas a ojos humanos, de esas que nadie llevaría a un tribunal, y Dios les dedica un capítulo entero. Y al final, cuando ya ha establecido lo que hay que traer, hace algo que no se esperaba: rebaja el precio para que nadie se quede fuera.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Los cuatro casos de culpa (v.1-4) — El capítulo enumera situaciones concretas: el que fue llamado a testificar y calló, el que tocó cosa inmunda, el que se contaminó con inmundicia de hombre y el que juró a la ligera con sus labios. Cuatro maneras distintas de delinquir, y en todas la misma conclusión: será culpable.

La confesión y la ofrenda (v.5-6) — «Y cuando pecare en alguna de estas cosas, confesará aquello en que pecó, y para su expiación traerá a Jehová por su pecado... una hembra del rebaño.» Primero la boca, después el animal. El capítulo pone la confesión delante del sacrificio y no al revés.

La escala para el que no tiene (v.7-13) — «Y si no tuviere lo suficiente para un cordero, traerá a Jehová... dos tórtolas o dos palominos.» Y si tampoco alcanza para las aves, la décima parte de un efa de flor de harina, sin aceite ni incienso. Tres escalones hacia abajo, y en todos la misma promesa: el sacerdote hará expiación por él y le será perdonado.

La culpa en las cosas santas de Jehová (v.14-16) — Si alguno comete falta por yerro en las cosas consagradas a Jehová, trae un carnero sin defecto por expiación de la culpa, restituye aquello en que pecó y añade la quinta parte. La reparación entra aquí en escena y será el eje del capítulo siguiente.

La culpa sin saberlo (v.17-19) — El bloque final insiste: si alguno pecare e hiciere alguna de las cosas que Jehová ha mandado no hacer, aunque no lo supiere, es culpable y llevará su pecado. Traerá el carnero, el sacerdote hará expiación y le será perdonado. La ignorancia no anula la culpa ni cierra la puerta del perdón.

3. Los personajes clave

El testigo que calla — El que delinque sin mover un dedo — En este pasaje se muestra que Dios también responsabiliza a la persona que ha sido testigo de algo. Si alguien veía o sabía algo y no lo declaraba cuando debía hacerlo, también era considerado culpable.

Es el primer caso del capítulo y no es casualidad que abra la lista. Empieza por el pecado que no se comete haciendo, sino dejando de hacer, que es el más fácil de justificar ante uno mismo.

Esto muestra que delante de Dios el silencio también puede traer responsabilidad cuando una persona conoce la verdad y no la declara. Callar es una acción, y tiene consecuencias sobre otros.

La impureza contraída sin saberlo — La condición que no depende de la conciencia — El capítulo también menciona situaciones donde una persona podía volverse impura sin darse cuenta, por ejemplo al tocar algo que era considerado inmundo.

El texto lo dice sin rodeos: «aunque no lo supiere, será inmunda y habrá delinquido.» La condición es objetiva, existe antes de que el interesado se entere.

El texto muestra que aun cuando la persona no era consciente en el momento, seguía habiendo una condición de impureza. La falta de conocimiento no cambiaba el hecho de que se había producido una falta.

Las dos tórtolas — La puerta que se abre para el que no tiene — Dios también estableció alternativas para quienes no tenían recursos suficientes. Si alguien no podía ofrecer un animal del rebaño, podía traer dos tórtolas o dos palominos.

Y si ni eso alcanzaba, un puñado de harina bastaba. El capítulo desciende hasta el último escalón posible antes de que la pobreza excluya a alguien del perdón.

Son las mismas dos tórtolas que José y María llevarán al templo cuando presenten a Jesús. El evangelio, sin decirlo, está informando de la posición económica de aquella familia, y lo hace citando este capítulo.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios responsabiliza al que conoce la verdad y no la declara — La primera falta del capítulo no es un robo ni una violencia, sino un silencio. Y Dios la coloca al principio de la lista.

Esto revela un Dios que no se conforma con que sus hijos eviten hacer daño. También espera que hagan justicia cuando está en su mano hacerla, y cuenta la omisión entre las cosas que hay que expiar.

Santiago lo dirá con una frase que podría servir de comentario a este versículo: al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, le es pecado. La deuda por lo no hecho existe en los dos Testamentos.

Y hay algo más incómodo todavía. El texto supone que el testigo fue llamado, es decir, que tuvo la ocasión delante y la dejó pasar. Muchas veces el silencio no es cobardía abstracta, es una respuesta concreta a una pregunta concreta.

Dios pide que lo reconocido sea confesado — Cuando la persona llegaba a reconocer su error, debía confesar el pecado y presentar una ofrenda conforme a lo que Dios había

establecido. Esto muestra que Dios había determinado una forma concreta para tratar las faltas que se cometían.

El orden es significativo. Primero confesará aquello en que pecó, y después traerá el animal. No vale traer el sacrificio como quien paga una multa para no tener que nombrar lo que hizo.

Dios quiere que la falta se diga. Poner nombre a lo que uno ha hecho es lo que distingue el arrepentimiento del mero trámite religioso, y por eso la confesión no se delega en el sacerdote.

Proverbios lo resume: el que encubre sus pecados no prosperará, mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia. Levítico 5 ya lo había puesto en forma de procedimiento.

Dios provee según la capacidad de cada persona — Esto muestra que Dios tenía en cuenta la situación económica de cada persona. Las ofrendas estaban adaptadas para que todos pudieran cumplir con lo que Dios había establecido.

Es uno de los rasgos más hermosos del libro. Dios establece formas accesibles para que todos puedan presentar su ofrenda, y lo hace sin rebajar en nada la seriedad del asunto.

Conviene ver qué cambia y qué no cambia en la escala. Cambia el animal, cambia el precio, cambia lo que le cuesta a cada uno. No cambia el resultado: al pobre que trae harina se le dice exactamente lo mismo que al que trajo el cordero, le será perdonado.

Eso deja el perdón fuera del mercado. En Israel se podía ser demasiado pobre para muchas cosas, pero no para reconciliarse con Dios. Y así se entiende mejor por qué Jesús se fijó en la viuda de las dos blancas: Él llevaba toda la vida leyendo este capítulo.

Dios trata la impureza como algo real, no como un sentimiento — La segunda gran enseñanza del capítulo es que la impureza puede producirse incluso sin darse cuenta, y que aun así hay que hacer algo con ella.

Esto sitúa la relación con Dios en el terreno de lo objetivo. Lo que me separa de Él no es mi mala sensación, es un hecho. Y los hechos no se arreglan cambiando de humor.

Pero la misma objetividad que hace seria la culpa hace segura la solución. Si lo que me condena no depende de cómo me sienta, tampoco depende de eso lo que me limpia. El carnero funcionaba tanto en un día de lágrimas como en un día de calma.

5. El hilo conector *Responsabilidad para todos y provisión para cada uno*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios considera tanto las acciones como la responsabilidad personal, y que al mismo tiempo establece provisiones para que cada persona pueda responder conforme a sus posibilidades.**

Las dos mitades del capítulo parecen empujar en direcciones contrarias. La primera estrecha el cerco: el silencio cuenta, el contacto ignorado cuenta, el juramento a la ligera cuenta. La segunda abre la mano: si no tienes para un cordero, trae aves; si no tienes para aves, trae harina.

Y no se contradicen, se completan. Dios exige más de lo que el hombre creía y pide menos de lo que el hombre podía pagar. Ensancha la conciencia y abarata la puerta, para que nadie se crea limpio y nadie se crea excluido.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Callar lo que se sabe cuando hay que declararlo	Decir la verdad aunque a uno le cueste
Pensar que la falta no existe si nadie la vio	Reconocer que la impureza es real aunque se ignore
Traer el sacrificio sin nombrar el pecado	Confesar primero aquello en que se pecó
Jurar a la ligera con los labios	Medir lo que se promete delante de Dios
Creer que el pobre tiene menos acceso a Dios	La harina del pobre recibiendo el mismo perdón

Levítico 6. Restituir el daño, hacer expiación y mantener el fuego encendido

1. Contexto previo

Levítico 5 terminaba hablando de restitución en las cosas santas. Levítico 6 lleva ese mismo principio al terreno del prójimo: lo que se le negó a un vecino, lo que se le robó, lo que se le retuvo. Y lo hace con una afirmación que reordena el asunto entero, porque el texto no llama a eso una falta contra el hombre, sino una prevaricación contra Jehová. Luego el capítulo gira hacia el santuario y deja las leyes del servicio diario, con una orden que resume el tono de todo el libro: el fuego no se apagará.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El fraude al prójimo (v.1-3) — «Cuando una persona pecare e hiciere prevaricación contra Jehová, y negare a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien robare, o calumniare a su prójimo.» Se añade el que halló lo perdido y lo negó, y el que juró en falso. Cinco maneras de quedarse con lo ajeno, y todas empiezan calificadas como ofensa a Dios.

La restitución con la quinta parte (v.4-5) — «Entonces, habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló.» Y el texto precisa: «...lo restituirá por entero, y añadirá a ello la quinta parte, y lo dará a aquel a quien pertenece...» El mismo día de su ofrenda por la culpa.

La expiación después de la reparación (v.6-7) — «Y para expiación de su culpa traerá a Jehová un carnero sin defecto... y el sacerdote hará expiación por él delante de Jehová, y obtendrá perdón.» Dos movimientos en el orden establecido: primero el prójimo recibe lo suyo, después Dios recibe el sacrificio.

La ley del holocausto y el fuego perpetuo (v.8-13) — El holocausto arde sobre el altar toda la noche hasta la mañana. El sacerdote retira la ceniza con sus vestiduras de lino, se cambia de ropa para sacarla fuera del campamento y cada mañana pone leña nueva. Dos veces lo repite el texto: el fuego arderá continuamente en el altar, no se apagará.

Las leyes de la oblación y de la expiación (v.14-30) — Se detalla la porción de la oblación que comen los sacerdotes en el atrio, sin levadura, como cosa santísima; la ofrenda continua de Aarón y sus hijos, que se quema del todo; y la ley de la expiación, degollada en el mismo lugar que el holocausto, con las vasijas fregadas y el vestido salpicado lavado en lugar santo.

3. Los personajes clave

El que retiene lo ajeno — El que ofende a Dios ofendiendo al vecino — Este capítulo enseña que cuando alguien hace daño a otra persona, no solamente está ofendiendo al prójimo, sino que también está pecando contra Dios.

Lo llamativo es el orden de las palabras. El versículo no dice que pecó contra su prójimo y de rebote contra Dios; dice que hizo prevaricación contra Jehová, y a continuación explica en qué consistió: negó, robó, calumnió.

Dios muestra que las acciones injustas hacia otras personas también son consideradas faltas delante de Él. Quien maltrata al hombre toca algo que pertenece a Dios, y por eso el asunto acaba siempre en el altar.

La quinta parte añadida — La medida de una reparación completa — Dios estableció que no solo se debía devolver lo que se había tomado, sino que también se debía añadir una parte adicional. Esto mostraba que el daño debía ser reparado de manera completa.

Devolver lo justo dejaría al perjudicado como estaba, pero no repara el tiempo sin ello, la desconfianza ni el perjuicio. El veinte por ciento extra reconoce que el daño fue mayor que la cosa robada.

El principio era que la persona debía restaurar lo que había afectado con su acción. Cuando Zaqueo prometa devolver cuadruplicado, estará yendo más allá de esta ley, pero hablando su mismo idioma.

El fuego que no se apaga — El servicio que no admite interrupción — En medio de las leyes del santuario aparece una orden repetida hasta tres veces: el fuego arderá continuamente sobre el altar y no se apagará.

No era espectacular. Consistía en que alguien se levantara cada mañana, quitara la ceniza y pusiera leña. La fidelidad al altar se sostenía con trabajo aburrido y diario.

Y ahí está la enseñanza escondida del capítulo. La relación con Dios no vive de los momentos altos, vive de la leña puesta cada mañana por alguien que no espera que nadie lo vea.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Las ofensas contra otras personas son pecado delante de Dios — Cuando alguien hace daño a otra persona, por ejemplo robando, engañando o reteniendo algo que pertenece a otro, está pecando también contra Dios.

Esto derriba la separación cómoda entre lo espiritual y lo social. En Israel no existía un hombre piadoso en el templo y tramposo en el mercado: el mismo capítulo que regula el altar regula el depósito que un vecino te dejó guardado.

Los profetas construirán sobre esta base todo su mensaje. Cuando Isaías diga que Dios aborrece las fiestas de un pueblo con las manos llenas de sangre, no estará inventando una crítica nueva a los sacrificios: estará aplicando Levítico 6.

Y explica también por qué David, después de lo peor que hizo a un hombre, pudo decir «contra ti, contra ti solo he pecado». No negaba el daño a Urías. Reconocía contra quién se comete finalmente todo daño.

Dios manda devolver lo que pertenece a otro — Cuando una persona reconocía que había cometido una falta contra otra, debía devolver lo que había tomado o lo que no le pertenecía. Esto muestra que el pecado no solo requería reconocimiento, sino también reparación del daño causado.

La restitución era parte del proceso para corregir la falta cometida. Sin ella el arrepentimiento se quedaba en palabras, y la víctima seguía exactamente igual de perjudicada.

Aquí se ve un Dios que se pone del lado del que perdió algo. No le basta con que el culpable se sienta mal: quiere que el perjudicado recupere lo suyo, y con creces.

Y hay un detalle en el texto que conviene subrayar. La restitución se entrega el día de su ofrenda por la culpa, es decir, antes de acercarse al altar. Es lo mismo que pedirá Jesús: si traes tu ofrenda y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí la ofrenda y reconcíliate primero.

Después de la restitución debía hacerse expiación — Después de reparar el daño al prójimo, la persona debía también presentar una ofrenda delante de Dios. De esta manera se realizaba la expiación por el pecado cometido.

Esto muestra que el proceso incluía dos aspectos: reparar el daño causado a la persona y presentarse delante de Dios conforme a lo que Él había establecido.

Ninguno de los dos sustituye al otro, y ahí está la lección. Devolver el dinero no borra la ofensa contra Dios; traer el carnero no devuelve al vecino lo que es suyo. Hacen falta los dos, en ese orden.

Es la diferencia entre una religión que tapa y una que sana. Dios no permite usar el altar para saltarse al prójimo, ni permite usar la reparación para saltarse el altar.

Dios quiere un fuego que nunca se apague — La segunda mitad del capítulo insiste en la continuidad: el holocausto arde toda la noche, la ceniza se retira cada mañana, la leña se repone y el fuego no se apaga jamás.

Detrás de esa norma hay una idea del carácter de Dios. Él no se relaciona con su pueblo a ratos, y tampoco quiere ser atendido a ratos. El altar encendido de noche dice que la relación sigue viva cuando nadie está mirando.

Fíjate también en la humildad que impone la tarea. El mismo sacerdote que oficia con vestiduras santas es el que se cambia de ropa y saca la ceniza fuera del campamento. El servicio a Dios incluye la parte sucia.

Por eso Pablo podrá pedir a los romanos que no sean perezosos, sino fervientes en espíritu, sirviendo al Señor. La palabra que usa es la del fuego que no se deja bajar. Es Levítico 6 traducido a la vida de una iglesia.

5. El hilo conector *Reconocer no basta: hay que reparar*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios establece que el pecado no solo debe ser reconocido, sino también reparado cuando ha causado daño a otra persona.**

El orden que fija el texto es exigente y liberador a la vez. Primero devolver por entero y con la quinta parte añadida, y después traer el carnero. Dios no acepta que su altar sirva de refugio para el que aún tiene en casa lo que no es suyo.

Y cuando el capítulo se vuelve hacia el santuario, remata la idea con una imagen: un fuego que arde de noche y de día porque alguien repone la leña cada mañana. Justicia con el prójimo y constancia delante de Dios. De esas dos cosas está hecha una vida que agrada a Él.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Separar lo que se hace a Dios de lo que se hace al vecino	Saber que dañar al prójimo es prevaricar contra Jehová
Quedarse con lo encomendado porque nadie reclama	Devolver lo ajeno a aquel a quien pertenece
Arrepentirse de palabra y no reparar nada	Restituir por entero y añadir la quinta parte
Usar el altar para tapar una deuda pendiente	Reconciliarse primero y presentar la ofrenda después
Servir a Dios solo cuando alguien lo ve	Poner la leña cada mañana para que el fuego no se apague
Rehuir la parte sucia del servicio	Sacar la ceniza con la misma disposición que se oficia

Levítico 7. La pureza exigida para participar de lo que es de Jehová

1. Contexto previo

El bloque de las ofrendas se cierra aquí. Levítico 7 recoge la ley de la ofrenda por la culpa, reparte las porciones que corresponden a los sacerdotes y desarrolla con detalle la ofrenda de paz, esa en la que el oferente se sienta a comer. Y justo ahí, donde el pueblo participa de lo que se ha ofrecido, Dios pone la condición más severa de todo el bloque: quien coma estando inmundo será cortado de entre su pueblo. Lo que es de Jehová no se toca de cualquier manera.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La ley de la ofrenda por la culpa (v.1-10) — La ofrenda por la culpa es cosa santísima. Se degüella en el lugar donde se degüella el holocausto, la sangre se rocía alrededor del altar y la grosura arde. La carne la come el sacerdote que hace la expiación, en lugar santo. Se detalla también qué le corresponde al sacerdote del holocausto y de las oblaciones.

La ofrenda de paz en acción de gracias (v.11-15) — Si se ofrece en acción de gracias, se acompaña de tortas sin levadura amasadas con aceite y de pan leudado. «Y la carne del sacrificio de paz en acción de gracias se comerá el día que fuere ofrecida; no dejarán de ella nada para otro día.» La gratitud se come el mismo día, sin guardarla.

El voto, la ofrenda voluntaria y lo que sobra (v.16-18) — Si el sacrificio es por voto o voluntario, se come el día de la ofrenda y lo que quede al día siguiente. Lo que llegue al tercer día se quema, y si alguien lo come, no le será contado: será abominación y llevará su pecado. La ofrenda tiene su tiempo y fuera de él deja de valer.

La pureza del que participa (v.19-21) — «Pero la persona que comiere la carne del sacrificio de paz, el cual es de Jehová, estando inmunda, aquella persona será cortada de entre su pueblo.» Y se insiste: «Además, la persona que tocara alguna cosa inmunda... y comiere la carne del sacrificio de paz que es de Jehová, la tal persona será cortada de entre su pueblo.»

La grosura, la sangre y las porciones (v.22-38) — Se prohíbe de nuevo comer grosura y sangre, bajo la misma pena de ser cortado del pueblo. Después se asigna a los sacerdotes el pecho mecido y la espaldilla derecha como estatuto perpetuo. El capítulo cierra nombrando las cinco ofrendas y el día en que Jehová las mandó en el monte Sinaí.

3. Los personajes clave

La carne del sacrificio — La comida que no es una comida corriente — El sacrificio no era una comida común. Era una comida relacionada con la ofrenda presentada

delante de Dios. Por eso Dios establecía normas específicas sobre quién podía comerla y en qué condiciones.

La expresión que el capítulo repite es la clave: el sacrificio de paz, el cual es de Jehová. Aunque la carne acabe en la mesa de una familia, sigue siendo suya. El oferente come de lo que pertenece a Dios.

Esto indica que aquello que estaba relacionado con el sacrificio debía tratarse como algo santo. Y lo santo no deja de serlo porque haya llegado a nuestro plato.

El que participa estando inmundo — El que se acerca sin estar en condiciones — Una de las reglas más importantes era que la persona que participaba de ese sacrificio debía estar limpia. Si alguien participaba del sacrificio estando en estado de impureza, esa persona era cortada del pueblo.

La pena impresiona por su dureza, y es proporcionada a lo que está en juego. No se castiga comer carne: se castiga tratar lo santo como si fuera cualquier cosa.

Esto muestra que participar de algo que pertenece a Dios requería una condición de pureza. La invitación era abierta, pero no incondicional.

El plazo de la ofrenda — Lo santo que caduca si se guarda — La carne del sacrificio de acción de gracias se come el mismo día; la del voto, hasta el segundo. Lo que sobre al tercero se quema, y el que lo coma lleva su pecado.

Es una norma extraña hasta que se entiende lo que protege. Guardar la carne convertía la ofrenda en provisión doméstica, y lo que se había dado a Dios pasaba a ser despensa.

Por eso la acción de gracias tiene el plazo más corto de todos. La gratitud es de hoy o no es gratitud: se comparte, se come y se agota en el día en que se recibió el motivo.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Las cosas relacionadas con Dios deben tratarse con santidad — En este capítulo se establecen instrucciones sobre cómo debía tratarse la carne de los sacrificios, especialmente la ofrenda de paz.

Lo que Dios protege aquí no es un alimento, es la distinción entre lo santo y lo común. Esa distinción es la que hace posible que un pueblo pecador conviva con un Dios santo sin ser destruido.

Por eso Levítico insistirá después en que la tarea del sacerdote es hacer diferencia entre lo santo y lo profano, entre lo inmundo y lo limpio. Cuando esa frontera se borra, no se gana libertad: se pierde la presencia.

El pueblo acababa de ver lo que ocurre cuando se trata a Dios con familiaridad indebida. Esto no es rigor por rigor; es la manera de que la comunión dure.

La impureza impide participar del sacrificio — El texto enfatiza que cualquier contacto con algo considerado impuro impedía participar del sacrificio. La persona debía estar limpia para poder comer de la carne que pertenecía a la ofrenda.

Conviene entender bien qué significa esto. La impureza no expulsaba a nadie del pueblo ni le quitaba el derecho a acercarse a Dios; tenía remedio y había procedimientos para limpiarla. Lo que no se podía era ignorarla y sentarse a comer como si nada.

Esto muestra que lo que estaba relacionado con Dios debía tratarse con respeto y santidad. El problema nunca fue estar sucio, sino presentarse sucio fingiendo que no lo estabas.

Pablo dirá algo idéntico sobre la mesa del Señor: pruébese cada uno a sí mismo, y coma así. No manda quedarse fuera, manda examinarse antes de entrar. Es el mismo Dios y la misma exigencia.

Dios establece consecuencias si alguien participa de manera incorrecta — La sentencia se repite varias veces en el capítulo: será cortada de entre su pueblo. Dios no deja la advertencia en el aire.

Que haya consecuencia es, en el fondo, señal de que la cosa importa. Lo que no tiene sanción es que no vale nada. Dios pone pena porque lo que se está profanando es real.

Y hay una lógica implacable en el castigo elegido. La ofrenda de paz era la señal visible de pertenecer a la comunión del pueblo; el que la profana pierde exactamente aquello que estaba despreciando.

Dios reparte lo suyo y sostiene a los que le sirven — El capítulo dedica sus últimos versículos a asignar el pecho mecido y la espaldilla derecha a Aarón y a sus hijos, como estatuto perpetuo de parte de los hijos de Israel.

Los sacerdotes no tenían tierra ni herencia. Vivían de lo que el pueblo traía al altar, y Dios lo dejó por escrito para que no dependiera de la generosidad variable de nadie.

Eso dice algo del carácter de Dios que se pasa por alto con facilidad: el que exige santidad también organiza el sustento. Sus mandamientos vienen con provisión incorporada.

Y Pablo lo citará sin dudarlo al hablar del sostén de los que anuncian el evangelio: los que sirven al altar, del altar participan. La ley del Sinaí sigue sosteniendo a la iglesia.

5. El hilo conector *Lo que es de Jehová se toca con las manos limpias*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **participar en algo que pertenece a Dios requería pureza y respeto hacia lo que es santo.**

Es el cierre lógico de los siete capítulos. Primero Dios enseñó qué traer, luego cómo traerlo, luego qué apartar para Él, luego qué hacer con el pecado y con el daño causado. Ahora, cuando ya todo está ofrecido y la mesa está puesta, pone la última condición: quien se siente debe estar limpio.

Y esa condición no es un obstáculo, es la prueba de que la invitación es seria. Dios ha abierto su casa, ha repartido su propia ofrenda y ha sentado a su pueblo a comer de lo que es suyo. Lo mínimo que pide es que nadie entre tratando como común lo que Él ha hecho santo.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Tratar como comida corriente lo que es de Jehová	Reconocer que la ofrenda sigue siendo suya en la mesa
Acercarse a lo santo sin examinarse	Probarse a uno mismo antes de participar
Ocultar la impureza y sentarse igualmente	Limpiarse por el camino que Él estableció
Guardar para mañana la ofrenda de hoy	Dar gracias en el día en que se recibió el motivo
Pensar que las advertencias de Dios son exageradas	Entender que hay pena porque hay algo real que proteger

Levítico 8. La consagración que nadie se toma por su cuenta

1. Contexto previo

Los siete primeros capítulos han sido pura instrucción: cómo se ofrece el holocausto, la ofrenda, la paz, la expiación y la culpa. Hay un sistema completo de sacrificios y todavía no hay nadie autorizado para administrarlo. Éxodo dejó las vestiduras cosidas y el aceite preparado; Levítico 8 es el día en que todo eso se pone sobre unos hombres concretos. Dios convoca a la congregación entera a la puerta del tabernáculo y, delante de todos, aparta a Aarón y a sus hijos para el servicio. Nadie se presenta voluntario. Es Dios quien establece a las personas para el servicio, y lo hace conforme a un procedimiento que Él mismo ha dictado de antemano.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La convocatoria delante de todo el pueblo (v.1-5) — Jehová habla a Moisés y le manda tomar a Aarón y a sus hijos, las vestiduras, el aceite de la unción, el becerro de la expiación, los dos carneros y el canastillo de los panes sin levadura, y reunir a toda la congregación a la puerta del tabernáculo. «Hizo, pues, Moisés como Jehová le mandó...» La consagración no es un asunto privado entre Moisés y su hermano: se hace a la vista de Israel, para que el pueblo sepa quién ha sido puesto y por orden de quién.

El lavamiento y las vestiduras (v.6-9) — Moisés lava a Aarón y a sus hijos con agua. Después viste a Aarón pieza por pieza: la túnica, el cinto, el manto, el efod, el cinto del efod, el pectoral con el Urim y el Tumim, la mitra y sobre ella la lámina de oro, la diadema santa. Antes de recibir nada, el sacerdote es limpiado; antes de hacer nada, es revestido. El orden importa y no se altera.

La unción con aceite (v.10-13) — Moisés unge el tabernáculo y todo lo que hay en él, el altar con todos sus utensilios y la fuente, y luego derrama el aceite sobre la cabeza de Aarón. «Y derramó del aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para santificarlo.» La unción representaba que Aarón había sido apartado para un servicio especial delante de Dios. No era una función que se tomaba por iniciativa propia, sino algo que Dios establecía. Después viste también a los hijos con sus túnicas y sus tiaras.

Los tres sacrificios de la investidura (v.14-30) — Se ofrece el becerro de la expiación, con las manos de Aarón y sus hijos puestas sobre su cabeza. Después el carnero del holocausto, quemado entero. Y por último el carnero de las consagraciones, cuya sangre se aplica en un lugar sorprendente: «Y lo degolló; y tomó Moisés de la sangre, y la puso sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el dedo pulgar de su mano derecha, y sobre el dedo pulgar de su pie derecho.» Oído, mano y pie quedan marcados. Luego Moisés rocía con aceite y sangre las vestiduras.

Los siete días en la puerta (v.31-36) — Moisés manda cocer la carne y comerla allí mismo con el pan del canastillo, y da la última instrucción: «De la puerta del tabernáculo de reunión no saldréis en siete días, hasta el día que se cumplan los días de vuestras consagraciones; porque por siete días seréis consagrados.» El capítulo se cierra con la frase que lo ha gobernado entero: Aarón y sus hijos hicieron todas las cosas que Jehová había mandado por medio de Moisés.

3. Los personajes clave

Aarón — El que no se puso a sí mismo — Aarón no pide el sacerdocio, no lo negocia y no lo hereda por mérito. Está de pie mientras otro lo lava, otro lo viste y otro derrama el aceite sobre su cabeza.

En todo el capítulo Aarón es sujeto pasivo de casi todos los verbos. Lo lavan, lo visten, lo ungen, le rocían la sangre. Lo único que hace por sí mismo es poner las manos sobre la cabeza de la víctima y quedarse siete días donde le han dicho que se quede.

Eso dice algo del oficio que va a ejercer. Un hombre que se hubiera colocado solo en ese puesto lo administraría como cosa suya. Uno que ha sido puesto sabe que el altar no le pertenece y que la autoridad que ejerce viene prestada.

El aceite de la unción — La señal de lo que Dios aparta para sí — El mismo aceite toca el tabernáculo, el altar, la fuente, los utensilios y la cabeza del sumo sacerdote. Lo que recibe el aceite queda fuera del uso común.

Santificar, en el vocabulario de Levítico, no significa primero volverse bueno: significa quedar separado para un uso exclusivo. Un plato del tabernáculo ungido ya no vuelve a la cocina de nadie.

Por eso el aceite cae sobre la cabeza de Aarón en el mismo acto en que cae sobre el mobiliario santo. El hombre entra en la misma categoría que los objetos apartados: ya no se pertenece, y su vida entera pasa a estar comprometida con el lugar donde sirve.

La sangre en la oreja, la mano y el pie — El detalle que abarca al hombre entero — Podría haberse aplicado en la frente o sobre el corazón. Dios señala tres extremos: el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y el pulgar del pie derecho.

La oreja es lo que escucha la instrucción, la mano lo que la ejecuta y el pie lo que lleva al hombre adonde debe estar. Marcados los tres, no queda ninguna parte del servicio sin cubrir.

El gesto es minucioso hasta lo incómodo, y esa minuciosidad es el mensaje. El servicio delante de Dios se establecía mediante un proceso definido, no mediante buenas intenciones generales. Cada paso tenía un orden específico.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios es quien establece a las personas para el servicio — La primera frase del capítulo no es de Aarón ni de Moisés: es de Jehová mandando tomar a Aarón. El sacerdocio empieza en una orden, no en una vocación sentida.

Esto atraviesa toda la Escritura. «Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.» El escritor de Hebreos usa precisamente este capítulo para explicar que el oficio sagrado no se autoconcede.

Para el pueblo la consecuencia es tranquilizadora. Si el sacerdote está ahí por designación divina y no por ambición propia, el sacrificio que presenta vale por la palabra de Dios y no por el carisma del hombre que lo ofrece.

Dios establece procedimientos específicos para lo que es suyo — A lo largo del capítulo se repite que Moisés hizo las cosas tal como Dios lo había mandado. El proceso de consagración no fue improvisado, sino que seguía las instrucciones que Dios había dado.

La fórmula «como Jehová lo había mandado a Moisés» aparece una y otra vez, casi hasta el cansancio. En un relato así, la repetición no es descuido literario: es la tesis del capítulo puesta en el margen de cada párrafo.

Esto refleja nuevamente que Dios es un Dios que establece procedimientos específicos para aquello que pertenece a su servicio. Lo que se hace para Él se hace como Él dice, o no se está haciendo para Él.

Dos capítulos más adelante veremos el precio de la alternativa, cuando dos hijos de este mismo Aarón decidan aportar algo de su cosecha. Levítico 8 escribe la norma con paciencia para que el lector entienda lo que ocurre en Levítico 10.

Dios limpia y viste antes de encargar — Antes de que Aarón toque un altar, Moisés lo lava con agua y lo cubre con las vestiduras santas. La capacitación no empieza por la tarea, empieza por la persona.

El agua quita lo que había; el lino pone lo que no había. Ni el lavamiento ni la ropa los fabrica Aarón: le vienen dados. Es la misma secuencia que Zacarías verá siglos después, cuando al sumo sacerdote Josué le quiten las vestiduras viles y le pongan ropas de gala delante del ángel.

Por eso la santidad del sacerdote no era un requisito previo que él tuviera que producir para ser aceptado, sino algo que se le confería en el acto mismo de ser apartado. Todo el que quiera acercarse a Dios en Levítico será primero limpiado, y solo después admitido. Nunca al revés.

Dios determina también el tiempo — Dios estableció que Aarón y sus hijos debían permanecer siete días en el proceso de consagración. Este tiempo estaba determinado por Dios como parte del procedimiento para su preparación.

Es el detalle que suele pasar desapercibido y que más dice. Ya estaban lavados, vestidos, ungidos y cubiertos por la sangre del carnero: técnicamente el rito había terminado. Y aun así no podían salir por la puerta durante una semana.

Esto muestra que incluso el tiempo de consagración estaba definido por Dios. No solo qué hacer y cómo, sino cuánto esperar antes de empezar. El hombre preparado no es el que ha completado los pasos, sino el que además ha cumplido el plazo.

5. El hilo conector *El servicio no se toma: se recibe*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **el servicio delante de Dios no se realiza de cualquier manera, sino conforme al procedimiento que Dios establece.**

Aarón no eligió el puesto, no diseñó el rito, no fijó el plazo ni se vistió solo. Todo lo que hizo fue quedarse quieto donde le dijeron y esperar los días que le contaron. El capítulo entero avanza bajo la misma frase repetida: como Jehová lo había mandado.

Y eso es lo que da valor al sacerdocio que empieza. Aarón queda de pie ante el altar sabiendo que ni la unción ni la sangre ni la ropa son mérito suyo, y precisamente por eso puede sostener sobre sus hombros el pecado de un pueblo entero.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Tomar para sí una honra que no fue dada	Ser puesto y quedarse donde Dios te coloca
Servirle a Él con métodos propios	Hacerlo todo como Jehová lo había mandado
Empezar la tarea sin pasar por el lavamiento	Dejarse limpiar y vestir antes de servir
Acortar el plazo porque el rito ya está hecho	Cumplir los siete días completos en la puerta
Ofrecer una parte de uno mismo	Oído, mano y pie marcados para el mismo servicio

Levítico 9. El octavo día y el fuego que acepta

1. Contexto previo

Los siete días en la puerta del tabernáculo se han cumplido. Aarón lleva una semana consagrado y todavía no ha oficiado nada por su cuenta: hasta ahora todo lo ha hecho Moisés sobre él. Llega el octavo día y empieza de verdad el sacerdocio de Israel. El capítulo describe el primer servicio completo, con el pueblo entero convocado y una promesa por delante: hoy Jehová se os aparecerá. Dios manda que se presenten sacrificios específicos delante de Él, y lo hace porque Él mismo establece el camino para restaurar la relación con su pueblo.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La convocatoria del octavo día (v.1-4) — «Aconteció en el octavo día, que Moisés llamó a Aarón y a sus hijos, y a los ancianos de Israel; y dijo a Aarón: Toma de la vacada un becerro para expiación, y un carnero para holocausto, sin defecto, y ofrécelos delante de Jehová.» Al pueblo se le pide lo suyo: un macho cabrío, un becerro y un cordero, una ofrenda de paz y una ofrenda de flor de harina. Y se anuncia el motivo: hoy Jehová se os aparecerá.

El sacerdote empieza por sí mismo (v.7-14) — «Entonces dijo Moisés a Aarón: Acércate al altar, y haz tu expiación y tu holocausto, y haz la reconciliación por ti y por el pueblo...» El orden es inflexible: primero el becerro por su propio pecado, después el holocausto por sí mismo, y solo entonces puede ocuparse de los demás. El hombre que va a interceder necesita ser cubierto antes que nadie.

La ofrenda por el pueblo (v.15-21) — Aarón toma el macho cabrío de la expiación del pueblo y lo ofrece por el pecado como el primero. Después el holocausto, conforme al rito, y la ofrenda de harina. Y por último los sacrificios de paz, el becerro y el carnero, con las grosuras puestas sobre el altar y el pecho mecido delante de Jehová, tal y como estaba mandado.

La bendición y la gloria (v.22-23) — Aarón alza sus manos hacia el pueblo y lo bendice, y desciende del altar. Luego entran Moisés y Aarón en el tabernáculo, salen y bendicen otra vez al pueblo. «Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de reunión, y salieron y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo.»

El fuego que consume el holocausto (v.24) — «Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros.» No se especifica un lugar físico exacto desde donde salió el fuego, sino que se indica que vino de la presencia de Dios. Israel ve consumirse su ofrenda y cae de bruces.

3. Los personajes clave

Aarón en su primer día — El intercesor que necesita expiación — El primer animal que degüella el sumo sacerdote de Israel es por su propio pecado. Antes de tocar la ofrenda de nadie, tiene que resolver la suya.

Es una humillación incorporada al oficio. El hombre más santo del campamento empieza su ministerio reconociendo públicamente que él también está manchado, y lo hace delante de los ancianos que acaban de verlo consagrar.

Hebreos recoge exactamente esta limitación cuando explica que aquellos sacerdotes debían ofrecer primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo, y que por eso hacía falta otro sacerdote que no tuviera esa necesidad. El sistema funciona y a la vez confiesa su propio techo.

El fuego de delante de Jehová — La respuesta visible a la ofrenda correcta — El fuego que salió de delante de Jehová consumió la ofrenda presentada conforme a las instrucciones que Dios había dado. Este acto mostraba que el sacrificio había sido aceptado delante de Dios.

Conviene fijarse en lo que el fuego no hace. No enciende el altar para que empiece el trabajo: llega cuando el trabajo ya está hecho y consume lo que ya estaba puesto. Es veredicto, no ayuda.

Y es el mismo fuego que reaparecerá en el capítulo siguiente con signo contrario. En el capítulo nueve consume la ofrenda; en el diez consume a los oferentes. La diferencia no está en el fuego, está en lo que se le pone delante.

El pueblo postrado — Los que reconocen lo que están viendo — El texto dice que alabaron y se postraron sobre sus rostros. La reacción del pueblo refleja que reconocieron la manifestación de Dios en ese momento.

Nadie se lo tiene que explicar. No hay discurso interpretativo ni sacerdote que suba a decir lo que ha pasado. Ven el fuego, ven la ofrenda consumida y se echan al suelo.

Esa es la respuesta que el libro considera normal ante la presencia de Dios: no entusiasmo, no curiosidad, sino el rostro contra la tierra. Israel acaba de entender que Aquel a quien le han estado construyendo una tienda está realmente dentro.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece el camino para reconciliarse con su pueblo — El sacrificio era el medio establecido para tratar el pecado y restaurar la relación entre Dios y el pueblo. Aarón debía presentar la ofrenda para sí mismo y también para el pueblo.

Lo decisivo es de quién parte la iniciativa. Israel no inventa un rito para aplacar a una divinidad ofendida; recibe de esa divinidad las instrucciones exactas de cómo volver a ella. El ofendido redacta el procedimiento de la reconciliación.

Esto muestra que la reconciliación requería acercarse a Dios conforme a lo que Él había establecido. No hay un segundo camino, ni uno más corto, ni uno adaptado al criterio de cada familia.

Y es la misma lógica que atraviesa el Nuevo Testamento: «todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo». El hombre no se reconcilia con Dios; es reconciliado por Él, en los términos que Él pone.

Dios responde cuando la ofrenda se presenta como Él mandó — Después de que los sacrificios fueron presentados conforme a lo que Dios había mandado, Dios manifestó su presencia consumiendo la ofrenda en el altar.

La secuencia del capítulo es rigurosa: primero la obediencia detallada y repetida, después la gloria. Durante veinte versículos no ocurre nada espectacular; solo un hombre haciendo exactamente lo que le han dicho, animal por animal.

Esto mostraba que Dios aceptaba el sacrificio presentado conforme a sus instrucciones. La manifestación no es un premio a la emoción del momento ni a la calidad del ganado: es la confirmación de que el camino recorrido era el correcto.

Elías apelaré a este mismo principio en el Carmelo, cuando pida que el fuego caiga para que el pueblo sepa quién es Dios de verdad. También allí el fuego llega al final, sobre un altar reparado conforme a lo que estaba mandado.

Dios manifiesta su presencia en medio de su pueblo — La expresión «delante de Jehová» sugiere que la acción ocurre en el lugar donde Dios manifiesta su presencia, en el contexto del tabernáculo y del altar.

El fuego que consume la ofrenda muestra que Dios estaba activo y presente en medio de su pueblo, respondiendo al sacrificio que había sido presentado conforme a lo que Él había mandado. No es un Dios que mire desde lejos si el rito le convence.

Y la promesa se había hecho por adelantado: hoy Jehová se os aparecerá. El capítulo cumple lo anunciado en el mismo día en que lo anuncia, delante de la congregación entera y no de un círculo selecto.

Ese es el propósito del tabernáculo desde el principio: habitaré en medio de ellos. Levítico 9 es el día en que esa frase deja de ser un plano y se convierte en un resplandor que todos ven.

Dios pone la bendición en boca del sacerdote antes del fuego — Antes de que caiga el fuego, Aarón alza las manos y bendice al pueblo, y después lo bendicen Moisés y él juntos al salir del tabernáculo.

El sacerdote no sube al altar solo a llevar cosas del hombre hacia Dios. Baja también trayendo algo de Dios hacia el hombre. El movimiento es de ida y de vuelta, y la vuelta se llama bendición.

Poco después, en Números, Dios pondrá por escrito las palabras exactas de esa bendición: Jehová te bendiga y te guarde, Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti. Hasta lo que el sacerdote desea al pueblo viene dictado desde arriba.

Y solo entonces aparece la gloria. Primero la sangre, después la bendición, después el fuego. El pueblo termina el día habiendo dado un becerro y habiendo recibido la presencia de Dios; el intercambio no está ni remotamente equilibrado.

5. El hilo conector *La ofrenda correcta y el fuego que la acepta*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios había provisto una forma para que el pueblo pudiera restaurar su relación con Él mediante los sacrificios establecidos.**

Israel no tiene que adivinar qué le agrada. Le dicen qué animal, sin defecto, en qué orden y por medio de quién. Y cuando todo se cumple al detalle, la respuesta llega desde la presencia misma de Dios y consume la ofrenda delante de todos.

Por eso el pueblo cae de bruces. No está celebrando su propia liturgia bien ejecutada: está reconociendo que el Dios al que se acaba de acercar por el camino que Él mismo trazó ha contestado. Y cuando Dios contesta, lo único que cabe es el rostro en tierra.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Buscar la reconciliación por una vía propia	Acercarse por el camino que Él mismo estableció
Interceder por otros sin haber pasado por la expiación propia	Empezar por el altar antes de hablar por nadie
Esperar la gloria sin la obediencia previa	Cumplir el rito entero y dejarle a Él la respuesta
Ver la manifestación y quedarse de pie	Alabar y postrarse sobre el rostro
Tratar el sacrificio como un trámite del calendario	Entender que Dios está presente y activo en medio del pueblo

Levítico 10. El fuego extraño y la santidad que no se negocia

1. Contexto previo

El capítulo anterior terminaba en el punto más alto posible: la gloria de Jehová apareciéndose a todo el pueblo y el fuego consumiendo el holocausto sobre el altar. Israel está en el suelo, adorando. Y entonces, sin transición, en el mismo día y en el mismo altar, dos de los cuatro sacerdotes recién consagrados hacen algo que nadie les ha mandado. El mismo fuego que acababa de aceptar la ofrenda sale otra vez, y esta vez no consume un becerro. Levítico 10 es el reverso exacto de Levítico 9, y enseña que delante de Dios no se trata de presentar cualquier cosa, sino lo que Él ha establecido.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El fuego extraño (v.1-2) — «Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que Él nunca les mandó.» El texto no explica exactamente qué hicieron en detalle, pero sí deja claro el punto central: hicieron algo que Dios no había mandado. La respuesta es inmediata: «Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová.»

La explicación de Moisés (v.3-7) — «Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado.» Aarón calla. Los cuerpos son sacados del campamento por sus primos, y llega la orden más dura del capítulo: «No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos, en señal de duelo, para que no muráis, ni se levante la ira sobre toda la congregación...»

La prohibición del vino en el servicio (v.8-11) — Dios habla directamente a Aarón, cosa poco frecuente, y le prohíbe a él y a sus hijos beber vino o sidra cuando entren en el tabernáculo. El motivo se da entero: para poder discernir entre lo santo y lo profano, entre lo inmundo y lo limpio, y para enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dicho. El sacerdote necesita la cabeza despejada porque su oficio es distinguir.

Las porciones que sí debían comerse (v.12-15) — Moisés recuerda a Aarón, a Eleazar y a Itamar lo que les corresponde: la ofrenda de harina que sobra, comida sin levadura junto al altar, y el pecho mecido y la espaldilla elevada, comidos en lugar limpio con sus hijos e hijas. En medio del luto, el servicio continúa y las porciones siguen siendo suyas por derecho estatutario.

El macho cabrío quemado y la respuesta de Aarón (v.16-20) — «Y Moisés buscó el macho cabrío de la expiación, y he aquí que había sido quemado; y se enojó contra Eleazar e Itamar... ¿Por qué no comisteis la expiación en lugar santo? Pues es muy santa,

y Dios os la dio para llevar la iniquidad de la congregación...» Aarón responde: «He aquí hoy han ofrecido su expiación y su holocausto delante de Jehová; pero me han sucedido estas cosas; y si hubiera yo comido hoy de la expiación, ¿sería esto grato a Jehová?» Y el capítulo cierra: «Y cuando Moisés oyó esto, se dio por satisfecho.»

3. Los personajes clave

Nadab y Abiú — Los que añadieron algo suyo — Eran los dos hijos mayores de Aarón. Habían subido al monte con Moisés y los ancianos, habían visto al Dios de Israel de lejos y llevaban una semana consagrados. Y ofrecieron lo que Dios no había ordenado.

El problema no era simplemente el acto, sino que actuaron fuera de lo que Dios había ordenado. La expresión del texto es terminante: fuego extraño, que Él nunca les mandó. No se les acusa de blasfemia ni de idolatría, sino de iniciativa.

Y esa es la parte incómoda del relato: quisieron aportar algo al culto, quizá al calor de la gloria que acababan de ver. Esto muestra que acercarse a Dios ignorando lo que Él ha establecido tiene consecuencias.

El incensario — El objeto correcto con el contenido equivocado — Tomaron cada uno su incensario. El utensilio era legítimo, el incienso era parte del culto, el lugar era el tabernáculo. Lo único ajeno era el fuego que pusieron dentro.

Todo el decorado estaba en su sitio: vestían como sacerdotes, actuaban en el santuario y usaban instrumentos consagrados. Desde fuera aquello parecía adoración ortodoxa.

Por eso el episodio es tan serio. Un culto puede tener la forma entera bien puesta y estar sostenido por una brasa que Dios no encendió. El fuego del altar venía de su presencia; el suyo, de donde ellos quisieron.

Aarón — El padre que calla y el sacerdote que discierne — Pierde a dos hijos en un instante, no puede rasgarse las vestiduras ni llorar en público, y el texto dice simplemente que calló. Horas después tiene que dar explicaciones sobre un macho cabrío.

Aarón explicó que, después de lo que había ocurrido con sus hijos, consideró que no sería apropiado delante de Dios comer de la ofrenda en ese momento. Su respuesta muestra una actitud de temor y consideración hacia Dios.

Aarón no estaba actuando por descuido, sino por respeto hacia la santidad de Dios en una situación tan delicada. Es lo contrario de lo que habían hecho sus hijos: ellos añadieron por su cuenta, él se contuvo, y la diferencia está en el temor. Por eso, después de escuchar su explicación, Moisés quedó satisfecho.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece qué se le puede presentar, y no todo le vale — Delante de Dios no se trata de presentar cualquier cosa, sino lo que Él ha establecido. No todo lo que una persona decide presentar es aceptado por Dios.

El mismo fuego que consumió el holocausto aceptado ahora aparece de nuevo, pero como juicio sobre la acción de Nadab y Abiú.

Caín ya había aprendido esto en el primer altar de la Biblia: trajo del fruto de la tierra y no fue mirado con agrado. Y no es capricho. Si el hombre decide los términos de la adoración, el adorado deja de ser Dios y pasa a ser el gusto del adorador.

Dios será santificado por los que se acercan a Él — «En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado.» Este versículo resume la idea principal del capítulo: Dios declara que aquellos que se acercan a Él deben hacerlo reconociendo su santidad.

La frase invierte la intuición natural. Uno esperaría que cuanto más cerca del altar, más margen de confianza; el texto dice lo contrario. El riesgo crece con el privilegio.

La santidad de Dios es presentada como algo que no debía tratarse de manera ligera. Por eso el luto se prohíbe: los sacerdotes están de servicio y la santidad del lugar manda sobre el duelo de la familia. Y lo que se juega es público: Dios dice que será glorificado en presencia de todo el pueblo.

Dios valora el temor y la consideración hacia Él — Después de la muerte de Nadab y Abiú, Moisés se dio cuenta de que el sacrificio por el pecado no había sido comido por los sacerdotes, como estaba establecido. Por eso preguntó por qué no habían seguido lo que se había mandado.

El capítulo podría haber terminado en el versículo siete, dejando la impresión de un Dios implacable. Termina en cambio con una desviación del rito que no se castiga, porque detrás hay temor y no ligereza.

Esto muestra que la actitud del corazón al actuar delante de Dios es significativa, y que las decisiones relacionadas con el servicio deben tomarse con reverencia. Es la distancia entre dos desvíos del mismo día: uno nace de querer añadir; el otro, de no atreverse a tocar. Dios responde a cada uno según lo que hay debajo, porque «Jehová mira el corazón».

Dios estableció sacerdotes para llevar la iniquidad del pueblo — «Pues es muy santa, y Dios os la dio para llevar la iniquidad de la congregación, para que sean reconciliados delante de Jehová.» Comer del sacrificio no era simplemente una comida ritual: representaba que los sacerdotes llevaban la iniquidad del pueblo.

Los sacerdotes actuaban como intermediarios entre Dios y el pueblo, y el acto de comer el sacrificio simbolizaba que presentaban delante de Dios la condición de la congregación, participando en el proceso mediante el cual su pecado era tratado.

Eso explica la dureza de todo el capítulo: el oficio no consistía en administrar ceremonias, sino en cargar con lo ajeno delante de un Dios santo, y un cargo así no admite improvisadores. Y explica también hacia dónde apunta el libro. «Él llevó el pecado de muchos, y oró por los transgresores.» Lo que Eleazar e Itamar debían representar comiendo un macho cabrío lo cumpliría después, de verdad y de una vez, Aquel que no necesitó ofrecer nada por sí mismo.

5. El hilo conector *Cerca del altar y a la altura de su santidad*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios establece orden y límites para quienes se acercan a Él, y esos límites no se negocian por cercanía ni por buena intención.**

Nadab y Abiú tenían todas las credenciales imaginables: el apellido, la unción, el incensario y la escena de gloria del día anterior. Nada de eso cubrió un fuego que Dios no había mandado. Aarón, en cambio, se desvió del rito por puro temor y Moisés se dio por satisfecho.

La diferencia no está en el reglamento, está en quién manda. En uno el hombre decide lo que quiere aportar; en el otro se detiene preguntándose si aquello sería grato a Jehová. La santidad de Dios no se ofende con el que tiembla: se ofende con el que se toma confianzas.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
El fuego que uno enciende por su cuenta	El fuego que vino de la presencia de Dios
Añadir al culto lo que a uno le parece	Presentar únicamente lo que Él ha mandado
Tratar la santidad de Dios a la ligera por tener acceso	Santificarle precisamente por acercarse a Él
Cumplir el rito sin reverencia	Preguntarse si aquello sería grato a Jehová
Servir con la cabeza turbia y sin discernir	Distinguir entre lo santo y lo profano, lo limpio y lo inmundo
Ver el sacerdocio como privilegio	Entenderlo como llevar la iniquidad de la congregación

Levítico 11. La diferencia entre lo limpio y lo inmundo

1. Contexto previo

Los tres capítulos anteriores han ocurrido todos en la puerta del tabernáculo: la consagración, el primer servicio y el juicio sobre los que ofrecieron fuego extraño. Ahora Dios sale del santuario y entra en la cocina de cada casa de Israel. Habla a Moisés y a Aarón juntos, y lo que da no es un rito sino una lista: qué animales podían comer los hijos de Israel y cuáles no. Dios establece criterios claros para distinguir entre lo que es limpio y lo que es inmundo, y con ello enseña a su pueblo que no todo era aceptable dentro de lo que Él permitía.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Los animales de la tierra y las dos señales (v.1-8) — «Hablad a los hijos de Israel y decidles: Estos son los animales que comeréis de entre todos los animales que hay sobre la tierra. De entre los animales, todo el que tiene pezuña hendida y que rumia, éste comeréis.» Y enseguida los casos límite: el camello, el conejo y la liebre, que rumian pero no tienen pezuña hendida, y el cerdo, «porque tiene pezuñas, y es de pezuñas hendidas, pero no rumia, lo tendréis por inmundo». Una condición sola no bastaba.

Lo que vive en el agua (v.9-12) — De todo lo que se mueve en los mares y en los ríos, lo que tiene aletas y escamas se puede comer. Lo que carece de ellas es abominación, y el texto insiste dos veces en lo mismo: no comeréis de su carne y abominaréis su cuerpo muerto. Otra vez dos señales visibles y otra vez la exigencia de que se cumplan las dos.

Las aves en abominación (v.13-19) — «Y de las aves, éstas tendréis en abominación; no se comerán, serán abominación: el águila, el quebrantahuesos, el azor...» Aquí Dios no da un criterio general, sino una lista nominal que continúa con el gallinazo, el milano, el cuervo, el avestruz, la lechuza, la gaviota, el búho, el pelícano, la cigüeña, la garza y el murciélago. Se nombra una por una.

Insectos, reptiles y lo que se arrastra (v.20-45) — «Todo insecto alado que anduviere sobre cuatro patas, tendréis en abominación», con la excepción de los que tienen zancas para saltar. Después vienen las normas sobre el contacto con los cuerpos muertos, las vasijas de barro que deben quebrarse, el horno que se derriba, el agua de las fuentes que permanece limpia, y la razón de fondo de todo el capítulo: «Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo...»

El propósito declarado (v.46-47) — El capítulo se cierra diciendo para qué ha sido dado: «Para hacer diferencia entre lo inmundo y lo limpio, y entre los animales que se pueden comer y los animales que no se pueden comer.» La lista no era un recetario ni un manual de higiene: era una escuela de distinción.

3. Los personajes clave

La pezuña hendida — La señal que se ve desde fuera — La pezuña hendida era una característica visible. Era algo que se podía observar fácilmente en el animal, y permitía distinguir de forma clara qué animales entraban dentro de lo permitido.

No hacía falta ser sacerdote ni consultar a nadie. Cualquier pastor de Israel podía mirar el pie de un animal y saber a qué atenerse. Dios pone una marca comprobable al alcance del hombre común.

Pero la señal visible sola no decidía nada. El cerdo la tenía perfecta y quedaba fuera. Lo que se ve es necesario y no es suficiente, y ese matiz recorre el capítulo entero.

El rumiar — Lo que el animal hace por dentro — Rumiar es una acción del animal, un proceso que forma parte de su forma de alimentarse. En la ley aparecen por tanto dos aspectos distintos: una característica visible y un comportamiento.

El rumiante vuelve sobre lo que ya comió, lo trae de nuevo a la boca y lo trabaja otra vez. Es una acción lenta, repetida, sostenida en el tiempo, y no se aprecia en una ojeada: hay que quedarse mirando al animal.

Dios utilizó ambas cosas para establecer la distinción entre lo limpio y lo inmundo. La una se comprueba en un segundo, la otra pide observación. Y hasta que no coinciden las dos, el animal no entra.

El cerdo — El caso que lo explica todo — «También el cerdo, porque tiene pezuñas, y es de pezuñas hendidas, pero no rumia, lo tendréis por inmundo.» Este ejemplo muestra claramente que cumplir solo una parte no era suficiente.

Es el animal que tiene la señal más vistosa de todo el catálogo y el que queda excluido con más rotundidad. Por fuera cumple el requisito de manual; por dentro no hace lo que hacen los limpios.

Y no está solo. El conejo y la liebre son el caso simétrico: rumian pero no tienen la pezuña. Uno falla por dentro y los otros por fuera, y los tres acaban en el mismo lado de la lista.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios mismo establece la diferencia entre lo limpio y lo inmundo — En este capítulo se ve claramente que es Dios mismo quien establece la diferencia. No es el pueblo quien decide qué está bien o qué está mal, sino que Dios define estas distinciones.

Dios establece una separación clara entre lo que está permitido y lo que no. Esto muestra que Él es quien determina los límites y las diferencias dentro de lo que su pueblo debía practicar.

Y no es una novedad de Levítico: es lo primero que hace Dios en la Biblia. En Génesis separa la luz de las tinieblas, las aguas de las aguas, el día de la noche. Crear, para Él, consiste en gran parte en distinguir.

Estas distinciones muestran que Dios establece un orden y un diseño específico para su pueblo. Un pueblo que aprende a separar en la mesa está aprendiendo a separar en todo lo demás.

Dios da criterios concretos y no basta cumplir una parte — Dios dio dos características claras para distinguir los animales que el pueblo podía comer: pezuña hendida y que rumie. Un animal debía cumplir las dos condiciones. Si cumplía solo una, no era considerado limpio.

Esto muestra que Dios establece criterios concretos para hacer distinciones, y que no bastaba con una sola característica visible: debía cumplirse completamente lo que Dios había establecido.

La exigencia de las dos señales es lo que impide que la ley se convierta en apariencia. Si hubiera bastado la pezuña, el criterio habría premiado lo que se ve. Al pedir también el comportamiento, obliga a mirar de cerca y durante un rato.

Santiago dirá siglos después que el que guarda toda la ley pero ofende en un punto se hace culpable de todos. Es la misma lógica: lo establecido por Dios se cumple entero o no se cumple, porque las medias condiciones las elige el hombre.

Dios enseña con ejemplos concretos, no solo con principios — En Levítico 11 Dios no se limita a dar una regla general sobre los animales limpios e inmundos. Después de explicar el criterio, presenta ejemplos concretos para que el pueblo entienda claramente lo que quiere decir.

Podría haberse quedado en el versículo tres y dejar que cada israelita dedujera lo demás. No lo hace: nombra el camello, el conejo, la liebre, el cerdo, el águila, el quebrantahuesos, el azor, y sigue. Las instrucciones de Dios no quedan en ideas generales, sino que se explican con casos específicos.

Esto muestra que Dios enseña de manera clara y práctica, para que su pueblo pueda comprender lo que está mandando. Los ejemplos ayudan a comprender cómo aplicar lo que Dios ha mandado.

Es el método que Jesús llevará a su forma más conocida. Podía haber enunciado que hay que amar al prójimo y dejarlo ahí; contó la historia de un samaritano, un camino y una posada. Quien quiere ser entendido baja al caso concreto.

La santidad de Dios es la base de toda distinción — «Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo.» La razón de estas distinciones se relaciona con el carácter de Dios.

Dios declara que su pueblo debía vivir de una manera que reflejara la santidad que Él mismo tiene. Las normas que Dios establecía tenían el propósito de formar un pueblo que aprendiera a vivir según lo que Él había determinado.

El argumento no es sanitario ni cultural: es teológico y arranca del éxodo. Sed santos porque yo soy santo, y porque yo soy el que os sacó de Egipto. La conducta se deriva de quién es Él y de lo que ya hizo por ellos.

Pedro recogerá el mismo versículo palabra por palabra para la iglesia: «sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo». Cambian las listas de animales; el fundamento no se ha movido.

5. El hilo conector *Un pueblo que aprende a separar*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios establece diferencias y límites, enseñando a su pueblo a distinguir entre lo que es aceptable y lo que no conforme a lo que Él ha determinado.**

Israel no recibe una teoría sobre la santidad: recibe una lista y un criterio de dos condiciones que tendrá que aplicar cada día, en cada comida, durante generaciones. Lo que se aprende así no se olvida, porque se practica tres veces al día.

Y el capítulo dice en voz alta para qué sirve todo: para hacer diferencia entre lo inmundo y lo limpio. Un pueblo entrenado en distinguir en la mesa estará entrenado para distinguir en el altar, y ahí está el verdadero objetivo de la lección.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Decidir uno mismo qué es limpio y qué no	Recibir de Dios el criterio de la diferencia
Conformarse con la señal que se ve	Exigir también lo que el animal hace por dentro
Cumplir una parte de lo mandado y darlo por bueno	Cumplir completamente lo que Él estableció
Quedarse en el principio general sin aplicarlo	Bajar al caso concreto como Dios enseña
Vivir sin distinción entre lo santo y lo común	Santificarse porque Él es santo

Levítico 12. El tiempo de la purificación y la ofrenda del octavo día

1. Contexto previo

El capítulo anterior ha enseñado a Israel a distinguir entre lo limpio y lo inmundo en los animales. Ahora la misma distinción entra en el cuerpo humano y en el acontecimiento más cotidiano y más celebrado de la vida de una familia: el nacimiento de un hijo. Dios establece un tiempo de purificación después del parto y una ofrenda al final de ese tiempo. Es un capítulo breve, de ocho versículos, y su contenido desconcierta al lector moderno: lo que se celebra como bendición aparece aquí sometido a un plazo y a un sacrificio. Dios establece tiempos y procesos específicos relacionados con la purificación dentro de la ley dada a Israel.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Los días por el hijo varón (v.1-3) — «Habla a los hijos de Israel y diles: La mujer cuando conciba y dé a luz varón, será inmunda siete días...» Siete días como los de la separación menstrual, y al octavo día se circuncida al niño. La señal del pacto de Abraham queda incrustada dentro de esta ley, en el mismo día en que termina el primer plazo.

Los treinta y tres días de purificación (v.4) — «Mas ella permanecerá treinta y tres días purificándose de su sangre; ninguna cosa santa tocará, ni vendrá al santuario, hasta cuando sean cumplidos los días de su purificación.» Cuarenta días en total. Durante ese tiempo la vida sigue con normalidad en la casa, pero el acceso a lo sagrado queda suspendido hasta que el plazo se cumpla.

Los días por la hija (v.5) — Si da a luz una niña, los plazos se duplican: dos semanas de impureza y sesenta y seis días de purificación. El texto no da la razón, y el intérprete honesto no la inventa. Se limita a registrar que Dios determina los períodos y que no son idénticos.

La ofrenda al cumplirse el plazo (v.6-7) — «Y cuando los días de su purificación fueren cumplidos, por hijo o por hija, traerá un cordero de un año para holocausto, y un palomino o una tórtola para expiación, a la puerta del tabernáculo de reunión, al sacerdote.» Y el sacerdote «la ofrecerá delante de Jehová, y hará expiación por ella, y será limpia del flujo de su sangre». El acto del sacrificio marcaba el final del proceso que Dios había determinado.

La provisión para la que no puede (v.8) — El último versículo abre una puerta: si no tiene lo suficiente para un cordero, tomará dos tórtolas o dos palominos, uno para el

holocausto y otro para la expiación, y el sacerdote hará expiación por ella y será limpia. La ley fija el precio y a la vez lo ajusta a la bolsa de la que menos tiene.

3. Los personajes clave

La mujer que ha dado a luz — La que espera su turno para volver — No ha hecho nada malo. Ha traído al mundo un hijo, que en Israel era considerado herencia de Jehová. Y sin embargo tiene por delante cuarenta días antes de poder acercarse al santuario.

Desde una perspectiva humana, el tiempo después del parto puede verse como un período de recuperación física. Sin embargo, en este capítulo la ley lo presenta como un tiempo de purificación ritual.

Esto muestra que en la ley de Levítico ciertas situaciones se describen desde una perspectiva espiritual o ceremonial, relacionada con la pureza dentro del sistema del tabernáculo. Inmundo aquí no significa sucio ni culpable: significa temporalmente fuera del acceso.

Las dos tórtolas — La puerta abierta para el que no tiene — El cordero es lo estipulado. Las dos aves son la alternativa para quien no llega, y la ley las coloca en el mismo capítulo, sin marcarlas como ofrenda de segunda.

El resultado declarado es exactamente el mismo en los dos casos: hará expiación por ella, y será limpia. Lo que cambia es el coste, no el efecto. La pobreza no aparta a nadie del acceso a Dios en Levítico.

Y esa cláusula tiene un eco conocido. Cuando José y María suben al templo con el niño, presentan un par de tórtolas o dos palominos. La familia de Jesús se acogió a la provisión del versículo ocho, la de los que no alcanzaban al cordero.

El sacerdote — El que cierra el proceso delante de Dios — El sacerdote era quien presentaba la ofrenda delante de Dios. Después de esto se consideraba que el proceso de purificación había sido completado conforme a lo que la ley establecía.

La mujer no se declara limpia a sí misma cuando termina de contar los días. El calendario cumplido no basta: hace falta que alguien ofrezca en su nombre y lo declare.

Es la misma estructura que gobierna el libro entero. El tiempo lo pone Dios, la ofrenda la trae la persona y la declaración la pronuncia el sacerdote. Nadie se readmite solo.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece tiempos específicos de purificación — Dios determina que existe un tiempo específico antes de que la mujer pueda acercarse nuevamente al santuario o participar en cosas consideradas santas.

El texto muestra que Dios establece períodos concretos para completar este proceso de purificación, y que es Él quien determina cuándo se completa. La persona no acorta el plazo por sentirse bien ni lo alarga por escrúpulo.

Es lo mismo que vimos con los siete días de Aarón en la puerta del tabernáculo y lo que veremos con los siete días de encierro del capítulo trece. Levítico cuenta los días con una insistencia que no es casual: el tiempo forma parte del procedimiento.

Y hay un descanso escondido en eso. Cuando el plazo lo fija Dios, la persona no tiene que preguntarse cada mañana si ya está lista. Lo sabrá porque los días se habrán cumplido, no porque se lo parezca.

Dios incluye la vida cotidiana dentro de lo que es suyo — Algunas situaciones de la vida cotidiana también tenían implicaciones dentro de la ley ceremonial. La pureza ceremonial era importante dentro del sistema establecido en el tabernáculo.

Levítico no reparte la vida en una zona religiosa y otra doméstica. Lo que se come, lo que se toca y lo que ocurre en el parto entra en la misma legislación que el altar y el incienso. Nada del cuerpo queda fuera del alcance de la ley.

Esto muestra que ciertos momentos importantes de la vida también estaban acompañados por una presentación delante de Dios. Los acontecimientos grandes de una familia no se resolvían solo en casa.

Pablo lo formulará más adelante en una sola frase: «sí, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios». La idea de que lo ordinario pertenece a Dios nace en libros como este.

Dios establece una ofrenda después de recibir la bendición — Después de que se cumplía el tiempo de purificación, la mujer debía traer una ofrenda delante de Dios. Esta ofrenda incluía un sacrificio que era presentado en el tabernáculo.

En este contexto, el nacimiento de un hijo era un acontecimiento importante dentro de la vida del pueblo. La ofrenda formaba parte de la forma en que la persona se presentaba delante de Dios después de ese acontecimiento.

Y hay un holocausto en ella, no solo una expiación. El holocausto se quemaba entero, sin quedarse nadie una parte: es la ofrenda de la entrega, no la del perdón. La bendición recibida se devuelve en forma de algo que se sube por completo al altar.

Por eso Ana llevará a Samuel al templo cuando lo desteta y dirá que por este niño oraba y que se lo devuelve a Jehová. Lo que Dios da no se guarda como propiedad: se reconoce ante Él.

Dios ajusta lo que pide a lo que cada uno tiene — El capítulo termina con una alternativa expresa para la que no alcanza al cordero, y la declara igual de válida.

Dios no rebaja el requisito de que haya ofrenda: nadie vuelve al santuario con las manos vacías. Lo que hace es poner el requisito al alcance de todos, para que la pureza no dependa del ganado que uno posea.

En el mismo libro que exige animales sin defecto y procedimientos exactos aparece esta cláusula de misericordia. Precisión y compasión no se estorban: la ley que lo mide todo también mide lo que la gente puede pagar.

«No despreciarás tú, oh Dios, al corazón contrito y humillado.» Lo que Dios busca en la ofrenda no es su valor de mercado, y este versículo octavo lo dice antes que ningún salmo.

5. El hilo conector *El plazo que Él cuenta y la ofrenda que Él acepta*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **dentro de la ley de Israel había momentos en los que el pueblo debía presentarse delante de Dios con una ofrenda conforme a lo que Él había establecido.**

El nacimiento de un hijo, que es la bendición más natural que hay, no queda al margen del sistema. Tiene su plazo contado, su día señalado y su sacrificio. Dios no separa la alegría de la casa del altar del tabernáculo: la conduce hacia él.

Y al final del plazo la mujer no vuelve sola. Trae un cordero, o dos tórtolas si no puede más, y un sacerdote ofrece por ella y la declara limpia. El acceso se recupera igual para la rica y para la pobre, porque lo que abre la puerta no es lo que se trae, sino Aquel que lo acepta.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Fijar uno mismo cuándo está listo para acercarse	Cumplir el tiempo que Él ha determinado
Separar la vida de casa de la vida delante de Dios	Llevar al altar lo que ocurre en la propia familia
Recibir la bendición y quedársela sin más	Presentar la ofrenda después de recibirla
Declararse limpio por cuenta propia	Esperar que el sacerdote lo ofrezca delante de Jehová
Creer que el pobre tiene menos acceso	Las dos tórtolas aceptadas igual que el cordero

Levítico 13. La mirada del sacerdote y los siete días de espera

1. Contexto previo

Levítico lleva dos capítulos ampliando el terreno de lo limpio y lo inmundo: primero los animales, luego el nacimiento. Ahora llega el capítulo más largo del libro dedicado a una sola materia, y el más minucioso: las enfermedades de la piel. Dios no deja la decisión a la improvisación, sino que establece un procedimiento específico para determinar si una persona es considerada limpia o inmunda. Hay señales que mirar, plazos que contar y un hombre encargado de dictaminar. No es un tratado de medicina: es un protocolo de discernimiento, y lo que revela no es tanto sobre la lepra como sobre cómo trabaja Dios.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La persona llevada al sacerdote (v.1-3) — «Cuando el hombre tuviere en la piel de su cuerpo hinchazón, o erupción, o mancha blanca... será traído a Aarón el sacerdote, o a uno de sus hijos los sacerdotes. Y el sacerdote mirará la llaga en la piel del cuerpo...» Nadie se autodiagnostica y nadie decide en su casa. El asunto sale del ámbito privado y pasa a quien tiene el oficio de mirar.

Las señales que se examinan (v.3-8) — «Y si el pelo en la llaga se ha vuelto blanco, y pareciere la llaga más profunda que la piel de la carne, llaga de lepra es...» Dos indicios concretos: el color del pelo y la profundidad aparente. El diagnóstico se basaba en señales visibles que permitían distinguir si la persona era declarada limpia o inmunda.

El encierro y la segunda revisión (v.4-6) — Si la situación no está clara, «el sacerdote le encerrará por siete días». Y llegado el plazo, «al séptimo día el sacerdote lo mirará; y si la llaga, según le pareciere, no se hubiere extendido...». Cuando hace falta, «el sacerdote lo reconocerá de nuevo al séptimo día», y así el proceso se repite extendiendo la observación hasta catorce días.

Los casos particulares (v.9-46) — El capítulo recorre situación por situación: la llaga en la calva, la mancha en la quemadura, la tiña en la cabeza o en la barba, las manchas blancas de la piel y el caso del que se vuelve todo blanco, que es declarado limpio. El declarado inmundo lleva los vestidos rasgados, la cabeza descubierta, y habita solo fuera del campamento mientras dure la llaga.

La plaga en el vestido (v.47-59) — La ley se aplica también a la ropa: lana, lino, urdimbre, trama o piel. También el vestido se enseña al sacerdote, también se encierra siete días, también se vuelve a mirar. Si la mancha persiste, se quema; si se ha ido tras lavarlo, se lava otra vez y queda limpio. El mismo método aplicado a algo que ni siente ni respira.

3. Los personajes clave

El sacerdote — El que mira antes de sentenciar — En Levítico 13 el sacerdote no debía declarar inmediatamente si alguien era limpio o inmundo. Primero debía observar con atención la señal en la piel.

El sacerdote debía examinar la situación con cuidado. No bastaba con ver algo rápidamente; debía observar los detalles de la mancha o la llaga. Esto muestra que Dios establece un proceso donde la observación es importante antes de tomar una decisión.

Y llama la atención quién es el encargado. No un médico ni un anciano del pueblo, sino el mismo hombre que oficia en el altar. Porque lo que está en juego no es la salud del enfermo, sino su acceso al campamento y al tabernáculo.

Los siete días de encierro — El plazo que hace hablar a la verdad — Si la situación no estaba clara, la persona debía permanecer aislada durante un período determinado. Después de ese tiempo el sacerdote volvía a examinar la mancha.

El encierro no es castigo: el encerrado todavía no ha sido declarado nada. Es el mecanismo que permite que la mancha muestre lo que es, porque lo que se extiende y lo que se detiene solo se distingue con el tiempo delante.

Esto muestra que el discernimiento en la ley de Levítico incluía observación y tiempo. Las decisiones no siempre se toman inmediatamente, y la prisa, en este protocolo, no es una virtud.

La llaga — Lo que se juzga por si se extiende — Además de observar el aspecto de la mancha, el sacerdote también debía fijarse si la llaga se extendía o cambiaba con el tiempo.

Una parte clave del proceso era observar cómo evolucionaba la situación. Si la mancha se extendía o cambiaba, el sacerdote podía tomar una decisión distinta. Esto muestra que Dios pedía prestar atención al desarrollo de las cosas, no solo a un momento puntual.

El criterio decisivo no es lo grande que sea la mancha, sino su tendencia. Una llaga quieta se declara limpia; una pequeña que avanza, no. Lo que se juzga es hacia dónde va la cosa.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece procedimientos claros para discernir situaciones — En Levítico 13 se describen instrucciones detalladas sobre cómo tratar las enfermedades de la piel. Dios no deja la decisión a la improvisación, sino que establece un procedimiento específico.

El procedimiento incluía varios pasos: observación de la señal en la piel, evaluación de sus características, un período de espera y una nueva revisión antes de declarar la condición. Esto muestra que Dios establece procesos claros para tomar decisiones dentro de la ley.

Y ese orden protege al débil. Un veredicto que depende de un protocolo público no depende del humor del que juzga ni de lo que la gente opine del enfermo. El sacerdote no puede declarar inmundo a nadie por antipatía: tiene una lista que cumplir.

Es el mismo Dios que en el capítulo ocho contaba los pasos de la consagración y en el doce contaba los días de la purificación. Este capítulo muestra que Dios trabaja mediante principios, procesos y tiempos establecidos.

Dios basa las decisiones en señales concretas, no en impresiones — Uno de los primeros elementos que se evaluaba era el aspecto de la mancha en la piel. El sacerdote debía observar detalles específicos como el color o el aspecto de la lesión.

Todo lo que decide el caso es comprobable: el pelo blanco, la profundidad aparente, la extensión. Nada depende de lo que el enfermo diga sentir ni de lo que el sacerdote sospeche.

Es la misma exigencia que Levítico 11 ponía en los animales, con la pezuña y el rumiar. Dios enseña a su pueblo a decidir por evidencias observadas y no por corazonadas, y lo hace entrenándolo caso a caso durante cincuenta y nueve versículos.

Y la Escritura mantiene ese criterio después. «Por sus frutos los conoceréis», dirá Jesús, que es exactamente el método de este capítulo: no adivines lo que hay dentro, mira lo que sale y observa hacia dónde crece.

Dios usa el tiempo como parte del veredicto — Dios también establece un marco temporal antes de tomar una decisión definitiva. Dios utiliza períodos de tiempo antes de emitir un veredicto.

Siete días, y si hace falta otros siete. Un protocolo que podía resolverse en una mirada se estira dos semanas para no equivocarse. El tiempo ayuda a discernir correctamente una situación.

Esto explica por qué Dios no siempre responde a la primera a quien le pide un veredicto sobre su propia vida. No es indiferencia: es el mismo método. Hay cosas que solo se pueden declarar cuando han tenido tiempo de mostrarse.

Jesús contará esa paciencia en forma de parábola, con el trigo y la cizaña creciendo juntos hasta la siega, porque arrancar antes de tiempo destruye lo bueno con lo malo. La espera de siete días de Levítico es esa misma prudencia en miniatura.

Dios no deja al hombre juzgarse a sí mismo — El enfermo es traído al sacerdote, examinado por el sacerdote y declarado por el sacerdote. En ningún punto del capítulo decide él sobre su propio estado.

Eso corta de raíz las dos tentaciones opuestas. Ni puede declararse limpio para seguir en el campamento cuando no lo está, ni puede condenarse a sí mismo y marcharse fuera cuando la llaga se ha detenido.

El veredicto viene de fuera, y por eso es fiable. Un hombre es el peor juez de su propia mancha: la mira demasiado cerca o prefiere no mirarla, y en ambos casos se equivoca.

Cuando Jesús limpie a los leprosos, los enviará precisamente al sacerdote para que los declare. Mantiene el procedimiento incluso cuando la curación ya está hecha, porque la

restauración de una persona a su pueblo necesita ser reconocida públicamente y no solo sentida.

5. El hilo conector *Mirar, esperar, volver a mirar*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios enseña a su pueblo a observar cuidadosamente antes de declarar algo limpio o inmundo.**

Hay señales que hay que mirar de cerca, hay un plazo que hay que respetar y hay una segunda revisión antes de sentenciar. Ninguno de los tres pasos es prescindible, y los tres van contra el impulso natural de resolver el asunto en el acto.

Por eso este capítulo, que parece el más árido del libro, dice algo muy grande sobre Dios. El que podría dictaminar sin equivocarse en un instante levanta un procedimiento de catorce días para que su pueblo aprenda a hacerlo bien. La minuciosidad de Levítico no es frialdad: es cuidado con la persona que está siendo juzgada.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Sentenciar de una ojeada	Mirar los detalles antes de decidir
Juzgar por un momento puntual	Observar si la cosa se extiende o se detiene
Resolverlo todo el mismo día	Respetar los siete días y volver a mirar
Declararse limpio a uno mismo	Ser traído al sacerdote y esperar su veredicto
Decidir por impresiones y sospechas	Basar la decisión en señales concretas

Levítico 14. La ley del leproso cuando se limpia

1. Contexto previo

El capítulo anterior ha dejado a un hombre fuera del campamento, con los vestidos rasgados y habitando solo. Levítico 13 sabe declarar inmundo, pero no sabe devolver a nadie. Levítico 14 es la otra mitad: el procedimiento para la purificación de una persona que había tenido lepra y que ahora podía ser restaurada nuevamente a la comunidad. Dios no solo declara lo que es inmundo, sino que también establece el camino para que algo pueda ser restaurado y declarado limpio nuevamente. Y ese camino es el más elaborado de todo el libro para un solo individuo.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El sacerdote sale fuera del campamento (v.1-3) — «Esta será la ley para el leproso cuando se limpie: Será traído al sacerdote.» Y el texto añade algo notable: el sacerdote saldrá fuera del campamento y lo examinará allí. La persona no se declaraba limpia por sí misma. El sacerdote debía examinarla y seguir el procedimiento que Dios había establecido para confirmar su restauración, y para eso tiene que ir él hasta donde el excluido está.

Las dos aves y el ave que vuela libre (v.4-7) — Se toman dos avecillas vivas y limpias, madera de cedro, grana e hisopo. Una se degüella sobre un vaso de barro con agua corriente; la otra se moja en esa sangre y se suelta al campo. «Y rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra, y le declarará limpio...» Una muere y otra sale volando, y las dos hacen falta.

Los siete días de transición (v.8-9) — El purificado lava sus vestidos, se rapa todo el pelo y se lava con agua. Entonces puede entrar en el campamento, pero queda fuera de su tienda siete días. Al séptimo día vuelve a raparse la cabeza, la barba y las cejas, lava de nuevo sus vestidos y su cuerpo, y queda limpio. La reincorporación se hace por etapas, no de un salto.

Las ofrendas del octavo día (v.10-20) — Al octavo día trae dos corderos sin defecto, una cordera, la flor de harina y el aceite. Se ofrece el sacrificio por la culpa, y con su sangre el sacerdote unta el lóbulo de la oreja derecha del purificado, el pulgar de su mano derecha y el pulgar de su pie derecho. Después hace lo mismo con el aceite y derrama el resto sobre su cabeza. Son los mismos puntos que se marcaron en la consagración de Aarón.

La provisión del pobre y la casa contaminada (v.21-57) — Si el purificado es pobre, basta con un cordero, menos harina y dos tórtolas o dos palominos, y el rito produce el mismo efecto. El capítulo termina extendiendo la ley a las casas de la tierra de Canaán: se vacía la casa, se examina la mancha, se cierra siete días, se sacan las piedras, se raspan las paredes y, si vuelve, se derriba la casa entera.

3. Los personajes clave

El ave degollada y el ave suelta — Las dos mitades de una misma limpieza —

Dos aves iguales y limpias, un solo rito. Una muere sobre agua corriente dentro de un vaso de barro; la otra se moja en su sangre y se va volando por el campo abierto.

El proceso incluía varios pasos: sacrificios, lavamientos y actos simbólicos que formaban parte del procedimiento que Dios había determinado. Este es el más elocuente de todos ellos, y el texto lo deja obrar sin explicarlo.

El hombre que lo está mirando acaba de pasar meses o años fuera del campamento. Ve morir a una y ve a la otra marcharse libre, manchada de la sangre de la primera, y entiende sin que nadie se lo diga cuál de las dos es él.

El purificado — El que vuelve por etapas — Es declarado limpio en el versículo siete y todavía tarda ocho días en tener acceso completo. Entra en el campamento, pero duerme fuera de su tienda; se rapa, se lava, espera y vuelve a raparse.

La restauración no se despacha en un acto. Se reconoce primero, se consolida después y se sella con una ofrenda al octavo día. Dios no tiene prisa por cerrar el expediente de alguien a quien va a devolver del todo.

Y el detalle de la sangre en la oreja, la mano y el pie lo dice todo: el que estaba más lejos del tabernáculo recibe la marca de los que sirven dentro de él.

El sacerdote que sale fuera — El que va a buscar al excluido — La ley podría haber ordenado al leproso presentarse en la puerta del campamento. Ordena lo contrario: que el sacerdote salga fuera y lo examine allí donde vive.

Es el único momento en que el hombre del santuario sale del recinto santo para atender a alguien, y lo hace por el más apartado de todos.

Hebreos dirá que Jesús padeció fuera de la puerta, y llamará a salir a Él fuera del campamento llevando su vituperio. La dirección del movimiento es la de este versículo: la limpieza empieza cuando alguien sale a donde está el excluido.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece el camino para restaurar lo que declaró inmundo — Dios establece procedimientos para restaurar lo que había sido declarado inmundo. Este capítulo muestra que Dios no solo declara lo que es inmundo, sino que también establece el camino para que algo pueda ser restaurado y declarado limpio nuevamente.

Esa es la diferencia entre una ley que solo excluye y la ley de Levítico. El capítulo trece habría bastado para mantener limpio el campamento; el catorce existe porque a Dios no le interesa solamente la pureza del recinto, sino la vuelta de la persona.

Y el texto lo titula con una expresión que merece leerse despacio: la ley para el leproso cuando se limpie. Su expulsión nunca fue pensada como definitiva. «Restaura en mí el

gozo de tu salvación», pedirá David después de lo peor que hizo, sabiendo que existía un camino de vuelta porque su ley se lo había enseñado desde niño.

La restauración sigue los pasos que Dios determinó, no los del hombre — La purificación debía seguir los pasos que Dios había determinado. Todo esto indicaba que la persona que había sido considerada inmunda podía volver a ser declarada limpia conforme al proceso establecido por Dios.

Es un procedimiento largo: dos aves, cedro, grana, hisopo, agua corriente, siete aspersiones, dos rapados, dos lavados, siete días de espera y cuatro ofrendas al octavo. Nadie improvisa su propia vuelta.

Y hay una razón práctica detrás de tanto detalle: cuando el rito es público y está escrito, el campamento entero sabe que aquel hombre ha vuelto legítimamente.

El sacerdote tenía la función de declarar limpio o inmundo, y esa declaración vale porque no es opinión suya: es la aplicación de lo que Dios dejó dicho. La restauración de una persona es demasiado seria para dejarla al criterio de nadie.

Dios devuelve al restaurado al mismo lugar que a los suyos — La sangre del sacrificio por la culpa se pone sobre el lóbulo de la oreja derecha del purificado, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho.

Es literalmente el rito de Levítico 8, el de Aarón y sus hijos el día de su consagración. Al que volvía de estar fuera no se le readmitía en una categoría inferior: se le marcaba como al sacerdote.

Y después viene el aceite, derramado sobre la sangre y sobre su cabeza, que es lo que se hizo con Aarón. El vocabulario ritual del capítulo dice, sin argumentarlo, que el restaurado queda entero.

Es lo que hace el padre de la parábola con el hijo que vuelve: no le da un puesto de jornalero, le pone el mejor vestido y el anillo. Dios no restaura a medias a quien restaura.

Dios establece orden entre lo limpio y lo inmundo, también en las cosas — En la ley de Levítico, muchas situaciones relacionadas con el cuerpo humano podían producir un estado de impureza ritual. Estas leyes establecían cuándo algo era considerado limpio o inmundo dentro del sistema del tabernáculo.

El propósito de estas normas era mantener una distinción clara entre lo puro y lo impuro dentro del pueblo. Por eso el capítulo no se detiene en las personas y sigue con las casas de Canaán, con sus piedras, su polvo y sus paredes raspadas.

El método es idéntico al de la piel: examinar, cerrar siete días, volver a mirar, actuar según haya crecido o no. Y hasta la casa tiene su rito de purificación con las dos aves si la mancha se detiene.

Lo que hay detrás es una convicción sobre el lugar donde Dios habita. Si Él va a morar en medio de este pueblo, nada de lo que rodea a ese pueblo queda fuera del alcance de su santidad, ni siquiera los muros de una casa.

5. El hilo conector *El camino de vuelta estaba escrito desde el principio*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios establece orden y procesos para restaurar a las personas dentro del pueblo, y no solo para apartarlas.**

El leproso no se readmite a sí mismo, no negocia su vuelta ni la fuerza. Se queda fuera hasta que el sacerdote sale a buscarlo, y entonces empieza un proceso de ocho días que termina con sangre en su oreja, en su mano y en su pie, y aceite sobre su cabeza.

Ahí está el corazón del capítulo. El mismo Dios que dictó la sentencia escribió el procedimiento del regreso, y lo escribió con más detalle que la sentencia misma. Un ave muere, otra se suelta al campo, y el hombre que llevaba años solo vuelve a dormir en su tienda.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Dar por definitiva la exclusión	Saber que hay una ley para cuando el leproso se limpie
Volver por la vía que uno se inventa	Seguir los pasos que Dios determinó
Declararse restaurado sin que nadie lo reconozca	Ser examinado y declarado limpio por el sacerdote
Readmitir a medias al que vuelve	La sangre en la oreja, la mano y el pie del restaurado
Quedarse dentro esperando a que el excluido llegue	Salir fuera del campamento a buscarlo
Creer que el pobre tiene un regreso de segunda	El mismo efecto con dos tórtolas que con tres corderos

Levítico 15. Los procedimientos detallados y los tiempos que Dios señala

1. Contexto previo

Levítico lleva tres capítulos ocupándose de la lepra: cómo se reconoce, cómo se aísla, cómo se declara limpio el que sana. Ahora Dios baja a un terreno todavía más íntimo, el de los flujos del cuerpo, lo que ocurre dentro de una casa y nadie ve. Y en lugar de despacharlo con una regla general, dedica treinta y tres versículos a explicar qué hacer en cada caso, con qué, cuándo y dónde.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El flujo del varón y lo que toca (v.1-12) — Dios habla a Moisés y a Aarón sobre el hombre que tiene flujo. Queda inmundo él, y con él la cama en que duerme, la silla en que se sienta, la montura en que cabalga y la vasija de barro que toca, que debe quebrarse. Quien toque cualquiera de esas cosas lava sus vestidos, se lava con agua y queda inmundo hasta la noche.

Los siete días y la ofrenda del octavo (v.13-15) — «Cuando se hubiere limpiado de su flujo el que tiene flujo, contará siete días desde su purificación, y lavará sus vestidos, y lavará su cuerpo en aguas corrientes, y será limpio.» Y al octavo día toma dos tórtolas o dos palominos y viene delante de Jehová, a la puerta del tabernáculo, y el sacerdote hace del uno ofrenda por el pecado y del otro holocausto.

Lo ordinario también se regula (v.16-18) — «Cuando el hombre tuviere emisión de semen, lavará en agua todo su cuerpo, y será inmundo hasta la noche.» Lo mismo la ropa o la piel que toque, y lo mismo el matrimonio. Aquí no hay enfermedad ni pecado: hay cuerpo, y Dios legisla sobre el cuerpo sin incomodarse.

La mujer, el flujo y el mismo procedimiento (v.19-30) — La ley se aplica en paralelo a la mujer, con sus días señalados, sus lavamientos y, cuando el flujo se prolonga más allá de lo normal, los mismos siete días de cuenta y la misma ofrenda de dos tórtolas o dos palominos al octavo. El procedimiento es idéntico para los dos.

Por qué todo esto (v.31-33) — El capítulo cierra con la razón entera: «Apartaréis a los hijos de Israel de sus impurezas, a fin de que no mueran por sus impurezas, contaminando mi tabernáculo que está entre ellos.» No es higiene. Es que Dios habita en medio del campamento.

3. Los personajes clave

El que espera los siete días — El que ya está bien y todavía no está declarado limpio — La cuenta de los siete días no empieza cuando aparece el flujo, sino cuando ya ha cesado. El hombre está sano y aun así espera una semana.

El hecho de esperar el tiempo completo muestra que el proceso debía completarse antes de tomar una decisión final. No se declaraba limpio inmediatamente, sino después de cumplir los días establecidos.

Eso incomoda a cualquiera con prisa, y es justamente lo que enseña. Hay una distancia entre estar bien y estar restituido, y esa distancia también forma parte del camino. El que la salta se declara limpio a sí mismo, que es precisamente lo que la ley no permite.

Las dos tórtolas del octavo día — La ofrenda del que no tenía culpa — Al final del proceso hay una ofrenda por el pecado. Y conviene notar qué pecado: ninguno. El hombre no ha hecho nada malo, le ha pasado algo.

La ofrenda no castiga una falta, restituye una posición. Lo que se había interrumpido era el acceso, no la conducta, y para volver al lugar donde se está delante de Dios hace falta algo más que el paso del tiempo.

Y son dos tórtolas o dos palominos, la ofrenda más barata de todo el sistema, la misma que traerán José y María en el templo. Dios pone la puerta de vuelta al alcance del que menos tiene.

El tabernáculo en medio del campamento — La razón de todo el capítulo — Los versículos finales explican por qué existe la ley entera: para que el pueblo no muera contaminando el tabernáculo que Dios ha puesto entre ellos.

Si Dios estuviera lejos, nada de esto haría falta. Estas reglas minuciosas son la consecuencia directa de una cercanía que en ningún otro pueblo existía.

Es decir, lo que a primera vista parece distancia es en realidad la prueba de lo contrario: Dios regula el detalle doméstico porque ha decidido vivir a treinta metros de las tiendas de la gente.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios da instrucciones específicas, no ideas generales — En este capítulo se describen las leyes relacionadas con los flujos del cuerpo, y a lo largo de él se ve que Dios no solo menciona el problema, sino que también explica detalladamente qué debe hacerse en cada caso.

El versículo 13 no dice «purifícate»: dice contar siete días, lavar los vestidos, lavar el cuerpo en aguas corrientes. Dios establece pasos claros dentro del proceso de purificación.

Esa manera de hablar recorre toda la Escritura. A Noé le da medidas, a Moisés le da un modelo en el monte, a Naamán le da un río y un número de veces. Dios rara vez deja el cómo a la imaginación del que obedece, porque el cómo forma parte de lo mandado.

Dios establece los materiales y la forma de proceder — En algunos casos Dios especifica los elementos que deben presentarse dentro del procedimiento: «Y al octavo día tomará dos tórtolas o dos palominos, y vendrá delante de Jehová.»

Esto muestra que el proceso no era improvisado. Dios indicaba qué materiales debían utilizarse, y también las acciones concretas: lavarse, esperar un tiempo determinado y presentar una ofrenda.

Conviene detenerse en lo que eso implica. Si el material y la forma vinieran del que se acerca, cada uno traería lo que le pareciera y el sistema entero acabaría midiendo la creatividad del hombre en vez de la santidad de Dios. Al fijarlos Él, todos entran por la misma puerta.

Dios establece tiempos, repeticiones y ciclos — El procedimiento incluye tiempos específicos y un número de acciones que deben realizarse: contar un número determinado de días, hacer lavamientos, esperar antes de ser declarado limpio.

En Levítico el siete aparece una y otra vez dentro de estos procesos: tiempos de purificación, períodos de observación, plazos que deben completarse antes de declarar algo limpio. Dios establece tiempos y ciclos definidos.

Eso enseña algo sobre su manera de trabajar que va mucho más allá del ritual. Dios no atropella los procesos que Él mismo ha puesto. El grano crece, el embarazo dura, el desierto son cuarenta años. Los períodos señalados forman parte del orden que Él establece, no de un trámite que se pueda acortar.

Dios determina también el lugar — El proceso incluía presentarse delante de Jehová en el tabernáculo cuando había que presentar una ofrenda: «Y el sacerdote hará del uno ofrenda por el pecado, y del otro holocausto; y el sacerdote le hará expiación delante de Jehová.»

Ciertas acciones debían realizarse en un sitio concreto y no en otro. El lavamiento se hacía en casa; la expiación, a la puerta del tabernáculo.

Ese reparto dice algo exacto sobre el carácter de Dios: hay una parte del camino que te toca a ti, en tu casa y sin testigos, y hay un punto en el que tienes que aparecer donde Él ha dicho. Ninguna de las dos sustituye a la otra.

5. El hilo conector *La precisión como forma de cuidado*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios define con precisión cómo deben hacerse las cosas dentro de lo que Él establece.**

Instrucciones específicas, materiales señalados, una forma concreta de proceder, unos tiempos que se cuentan y un lugar donde presentarse. Cinco cosas, y ninguna queda al criterio del que se acerca.

A la mentalidad moderna eso le suena a rigidez, y es lo contrario. El que llega sabiendo exactamente qué hacer no tiene que adivinar si será aceptado. La precisión de Dios no es

una barrera contra el hombre: es lo que le permite al hombre volver sin dudar de si ha vuelto del todo.

Y por eso el capítulo termina explicando que todo esto existe porque el tabernáculo está en medio de ellos. El detalle es la huella de la cercanía.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Quedarse en el problema sin atender al procedimiento	Seguir los pasos que Él mismo explicó
Improvisar lo que Dios ya había especificado	Traer los materiales y la forma que Él señaló
Declararse limpio antes de cumplir el plazo	Contar los días completos y esperar el octavo
Hacer en cualquier sitio lo que tenía su lugar	Presentarse delante de Él donde Él dijo
Leer el detalle como distancia	Entender que Él regula lo íntimo porque habita en medio

Levítico 16. El día de la expiación y el macho cabrío que se lleva las culpas

1. Contexto previo

Levítico 16 arranca recordando la muerte de los dos hijos de Aarón cuando se acercaron a Jehová con fuego extraño. Ese recuerdo no es un adorno: es la razón del capítulo. Aarón no puede entrar en el Lugar Santísimo cuando le apetezca, porque el que entra mal, muere. Así que Dios establece un procedimiento exacto y un día fijo al año, el único en que un hombre atraviesa el velo. Es el capítulo central del libro y el punto más alto del calendario de Israel: el Día de la Expiación.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Cómo debe entrar Aarón (v.1-5) — Después de la muerte de Nadab y Abiú, Dios advierte a Aarón que no entre en todo tiempo en el santuario detrás del velo, para que no muera. Si entra, entra así: con un becerro para su propia expiación, un carnero para holocausto, y vestido no con sus ornamentos de gloria sino con una túnica de lino, lavado su cuerpo con agua. Y de la congregación toma dos machos cabríos y un carnero.

Las suertes sobre los dos machos cabríos (v.6-10) — Aarón presenta los dos machos cabríos a la puerta del tabernáculo y echa suertes sobre ellos: una para Jehová y otra para Azazel. El que toca a Jehová se ofrece en expiación. El otro se presenta vivo delante de Jehová para hacer reconciliación sobre él y enviarlo al desierto.

La sangre dentro del velo (v.11-19) — Aarón degüella el becerro por sí mismo y por su casa, llena el incensario de brasas del altar y de incienso molido para que la nube cubra el propiciatorio y él no muera. Entonces entra y rocía la sangre sobre el propiciatorio y delante de él, siete veces. Después hace lo mismo con la sangre del macho cabrío del pueblo. Y purifica el santuario, el tabernáculo y el altar.

El macho cabrío enviado al desierto (v.20-22) — Terminada la purificación, Aarón pone ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confiesa sobre él todas las iniquidades, rebeliones y pecados de los hijos de Israel, poniéndolos sobre su cabeza. Un hombre designado lo lleva al desierto, y el animal se va llevando sobre sí todas las iniquidades a tierra inhabitada.

El estatuto perpetuo (v.23-34) — Aarón se cambia las vestiduras, se lava, ofrece los holocaustos, y los cuerpos del becerro y del macho cabrío se queman fuera del campamento. Y llega la ley que fija el día: «En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis» (Levítico 16:29). «Porque en este día se

hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová» (Levítico 16:30).

3. Los personajes clave

Aarón con vestiduras de lino — El sumo sacerdote despojado de su gloria — El hombre que normalmente viste efod, pectoral y piedras preciosas, el día más importante del año entra vestido como el más humilde de los siervos.

Antes de entrar se lava el cuerpo con agua y se pone túnica, calzoncillos, cinto y mitra de lino. Sin oro, sin color, sin las piedras de las doce tribus. El que representa al pueblo entra sin nada que lo distinga.

Y hay una razón sencilla: ese día Aarón no entra como dignatario, entra como pecador. Antes de ofrecer por el pueblo tiene que ofrecer por sí mismo y por su casa. El intercesor necesita intercesión.

El macho cabrío que se suelta al desierto — El que se va cargado con lo que no cometió — Los dos animales cuentan juntos una sola cosa. Uno muere y su sangre entra al Lugar Santísimo; el otro sigue vivo y se marcha con las culpas encima.

Aarón pone las dos manos sobre su cabeza y confiesa en voz alta las iniquidades, las rebeliones y los pecados del pueblo. El gesto es de traspaso: lo que estaba sobre Israel pasa a estar sobre el animal.

Después alguien lo conduce lejos, a tierra inhabitada, y lo suelta. Israel se quedaba mirando cómo aquella figura se hacía pequeña en el horizonte hasta desaparecer. No es solo que el pecado quede pagado: es que se lo ven llevar y no vuelve.

«Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.» El salmo pone en palabras lo que aquel animal hacía con las patas.

El velo atravesado una vez al año — La puerta que solo se abre un día — Toda la liturgia de Israel se detiene ante una cortina. Detrás está el arca, el propiciatorio y la presencia. Y solo un hombre, un día, con sangre, pasa al otro lado.

La nube de incienso tenía que cubrir el propiciatorio para que el sumo sacerdote no muriera. Ni siquiera con el procedimiento correcto la cosa era trivial: entrar allí seguía siendo asunto de vida o muerte.

Por eso importa tanto lo que ocurrió en el Calvario, cuando «el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo». No lo rasgó un hombre desde este lado; se rasgó desde arriba. El día único se convirtió en acceso permanente.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece días específicos dentro de su ley — En Levítico 16 se establece el Día de la Expiación, un día especial dentro del calendario de Israel en el cual el pueblo debía presentarse delante de Dios de una manera particular.

La fecha es exacta: el mes séptimo, a los diez días del mes. No se elegía según la conveniencia del año ni según lo mal que hubiera ido la cosecha. Estaba escrita.

Y era estatuto perpetuo. Generación tras generación, el mismo día, la misma cuenta. Dios no deja la relación con Él al albur del entusiasmo humano; la fija en el calendario para que exista también cuando nadie tenga ganas.

Eso enseña algo sobre el orden de Dios con su pueblo. Hay tiempos que Él señala y que no dependen de cómo nos sintamos: llegan igual, y nos encuentran donde estemos.

Dios pide una actitud, no solo un rito — La expresión «afligiréis vuestras almas» describe una actitud de humillación y reconocimiento delante de Dios. El pueblo debía acercarse a ese día con reverencia, reconociendo la necesidad de expiación.

En ese día el pueblo debía detener sus actividades y presentarse delante de Dios con una actitud de aflicción y humillación. Ninguna obra haréis, dice el texto. Se paraba el trabajo, se paraba el negocio, se paraba la vida ordinaria.

Podría haber bastado con que Aarón hiciera lo suyo detrás del velo mientras los demás seguían a lo suyo. Pero Dios implica a toda la nación. La expiación la ejecuta uno; la reconoce el pueblo entero.

«Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.» El rito sin el alma afligida nunca fue lo que Dios buscó.

Dios trata el pecado por dentro y lo aleja por fuera — Este día era un momento especial en el que se realizaban sacrificios específicos para tratar el pecado del pueblo delante de Dios.

Hacen falta dos machos cabríos porque hay dos cosas que hacer. La sangre del primero entra al santuario y limpia el lugar donde Dios habita: el pecado había contaminado incluso eso. El segundo se lleva la culpa fuera del campamento.

Purificación dentro, alejamiento fuera. Un solo animal no podía mostrar las dos cosas a la vez, porque el que muere ya no puede irse andando y el que se va no ha derramado sangre.

Y el resultado que promete el texto es completo: «seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová». No de algunos. De todos. Una vez al año Israel volvía a empezar con la cuenta a cero.

Dios exige que el que se acerca lo haga como Él dijo — El capítulo empieza recordando a los hijos de Aarón que murieron al acercarse. No es una amenaza gratuita: es el marco de todo lo que sigue.

Dios no dice a Aarón que no entre nunca. Le dice que no entre en todo tiempo, y a continuación le da el procedimiento completo. La prohibición viene acompañada de un camino.

Esa es la diferencia entre un Dios inaccesible y un Dios santo. El inaccesible cierra la puerta; el santo explica exactamente cómo se cruza. La expiación formaba parte del sistema establecido por Dios para Israel, no de la iniciativa del sacerdote.

5. El hilo conector *El día en que todo se detenía*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios estableció un día especial en el que el pueblo debía detenerse y presentarse delante de Él con humildad y reverencia.**

Un hombre entra donde nadie entra, vestido de lino, con sangre en las manos y el corazón en la garganta. Fuera, un pueblo entero sin trabajar, afligiendo su alma, esperando. Y a lo lejos, un animal vivo que se aleja por el desierto con las culpas de todos sobre la cabeza.

Todo eso una vez al año, cada año, sin falta. Hasta que llegó Aquel que entró una sola vez y para siempre, con su propia sangre, y dejó la puerta abierta.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Acercarse a lo santo como y cuando a uno le parece	Entrar por el camino exacto que Él señaló
Cumplir el rito sin afligir el alma	Humillarse de verdad delante del que expía
Seguir con el negocio en el día señalado	Detenerlo todo porque Dios lo mandó
Cargar uno mismo con culpas ya llevadas lejos	Ver alejarse el pecado y creerlo
Interceder por otros sin reconocerse pecador	Ofrecer primero por uno y por su casa
Confiar en la dignidad propia para acercarse	Dejar las vestiduras de gloria a la puerta

Levítico 17. La sangre, el altar único y la vida que Dios reclama

1. Contexto previo

Pasado el Día de la Expiación, Dios vuelve al campamento y regula lo que ocurre fuera del tabernáculo. Israel viene de Egipto y va hacia Canaán, dos tierras llenas de altares particulares donde cada cual sacrificaba donde quería y a quien quería. Este capítulo corta eso de raíz: hay un solo lugar, un solo destinatario y un solo tratamiento para la sangre. Y en medio de las normas, Dios suelta una de las frases más densas de todo el libro, la que explica por qué la sangre importa tanto.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Un solo lugar para el sacrificio (v.1-7) — Dios ordena que todo animal degollado se lleve a la puerta del tabernáculo. «Cualquier varón de la casa de Israel que degollare buey, o cordero, o cabra en el campamento, o fuera de él, y no lo trajere a la puerta del tabernáculo de reunión para ofrecer ofrenda a Jehová... culpable será de sangre» (Levítico 17:3-4). Y explica el motivo: «A fin de que traigan los hijos de Israel sus sacrificios... y los traigan a Jehová, a la puerta del tabernáculo de reunión» (Levítico 17:5). El remate es tajante: «Y nunca más sacrificarán sus sacrificios a los demonios, tras de los cuales han fornicado» (Levítico 17:7).

La advertencia al extranjero y al israelita (v.8-9) — La ley se extiende a todos los que habitan entre ellos. El que ofrezca holocausto o sacrificio y no lo traiga a la puerta del tabernáculo para hacerlo a Jehová, será cortado de su pueblo. No hay dos varas de medir según el origen del que ofrece.

La prohibición de comer sangre (v.10-12) — «Si algún varón de la casa de Israel... comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere sangre, y la cortaré de entre su pueblo» (Levítico 17:10). Y a continuación la razón: «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas» (Levítico 17:11).

La sangre de la caza, cubierta con tierra (v.13-14) — Al que cace un animal o un ave que se pueda comer se le ordena derramar su sangre y cubrirla con tierra. No se aprovecha, no se guarda, no se usa. Porque la vida de toda carne es su sangre, repite el texto.

El que come mortecino y el lavamiento (v.15-16) — «Y toda persona... que comiere animal mortecino o despedazado por fiera, lavará sus vestidos, y a sí misma se lavará con agua, y será inmunda hasta la noche; entonces será limpia» (Levítico 17:15). Y la advertencia final: «Y si no los lavare, ni lavare su cuerpo, llevará su iniquidad» (Levítico 17:16).

3. Los personajes clave

La sangre — La vida que Dios reserva para el altar — Aquí Dios declara que la vida de la carne está en la sangre. Por esta razón la sangre tenía un papel central dentro de los sacrificios y dentro del sistema de expiación que Dios estableció para Israel.

La sangre representaba la vida, y por eso era utilizada en los sacrificios que se ofrecían delante de Dios. El uso de la sangre en los sacrificios no era algo accidental; era parte del sistema que Dios había establecido.

Y fíjese en la frase entera: yo os la he dado. La sangre no es un recurso que el hombre descubrió y decidió aprovechar. Es algo entregado por Dios con un destino concreto, el altar, y con un fin concreto, hacer expiación por vuestras almas.

La puerta del tabernáculo — El único sitio donde Dios recibe — El capítulo insiste una y otra vez en un lugar físico. No en cualquier altar del campo, no en el cerro más cómodo: en la puerta del tabernáculo de reunión.

Todo sacrificio debía presentarse delante del tabernáculo, en el lugar que Dios había establecido. Esto muestra que el sacrificio debía dirigirse exclusivamente a Dios y hacerse conforme al lugar que Él había designado.

El propósito de esta norma era que los sacrificios estuvieran claramente dirigidos a Dios, evitando que se mezclaran con prácticas religiosas de otros pueblos. Un altar propio, en el campo, sin sacerdote y sin testigos, es exactamente el sitio donde la adoración se desvía sin que nadie lo note.

El rostro de Dios puesto en contra — La oposición declarada en primera persona — La frase «poner el rostro contra» se utiliza en la Biblia para expresar que Dios se posiciona en contra de una acción o conducta que ha sido prohibida.

No se trata solo de una advertencia, sino de una declaración clara de que Dios rechaza esa conducta dentro de las leyes que había establecido para su pueblo. Y el sujeto es Él mismo: yo pondré mi rostro. No delega el asunto en un tribunal.

Cuando alguien ignoraba esas instrucciones, el texto muestra que Dios mismo se oponía a esa conducta. Es lo contrario de la indiferencia. Un Dios que se posiciona es un Dios al que le importa lo que hace su pueblo.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios exige que la adoración se dirija solo a Él — En Levítico 17 Dios establece que los sacrificios no podían hacerse en cualquier lugar ni de cualquier manera, y advierte contra dirigirlos a otros seres.

El versículo 7 advierte que los sacrificios que no se dirigían correctamente a Dios podían convertirse en sacrificios ofrecidos a otros seres. Dios estaba corrigiendo una práctica que existía entre los pueblos alrededor de Israel, donde se ofrecían sacrificios a otras entidades espirituales.

Las leyes de Levítico buscaban que Israel viviera de manera distinta a las naciones que los rodeaban. Dios quería que el pueblo tuviera una adoración exclusiva, sin mezclas ni desviaciones, y establece normas para mantener esa pureza.

Pablo recoge exactamente este principio siglos después: «lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios». La cuestión nunca fue si el altar era bonito, sino a quién llegaba lo que se ponía encima.

Dios declara que la vida está en la sangre — La sangre tiene un papel importante dentro del sistema de expiación y debía tratarse con respeto dentro de la ley de Israel.

Debido a la importancia de la sangre, Dios también estableció que el pueblo no debía comerla. Esto muestra que la sangre era tratada como algo especial dentro de las leyes dadas a Israel.

Y la lógica es coherente hasta el final: incluso la sangre de un animal cazado para comer debía derramarse y cubrirse con tierra. Si la vida está en la sangre, la vida se devuelve al suelo, no se consume.

Hebreos recoge la consecuencia de esta ley con una frase que resume el Antiguo Testamento entero: «sin derramamiento de sangre no se hace remisión». Lo que Levítico 17 establece como norma alimentaria es, en el fondo, la clave de toda la redención.

Dios establece procesos de limpieza después de la impureza — El lavamiento de las vestiduras formaba parte del proceso de purificación dentro de la ley. Dios establecía acciones concretas para tratar la impureza.

El texto también advierte que si la persona no seguía el procedimiento establecido, continuaba cargando con la falta. Esto muestra que el proceso de limpieza debía completarse para que la persona no permaneciera en estado de impureza.

Las vestiduras, en este contexto, podían quedar asociadas a esa condición de impureza, por lo que debían lavarse como parte del proceso establecido por Dios. No bastaba con lamentarlo: había que lavar.

Y ahí está el peso del versículo 16. La impureza no se quedaba donde estaba por sí sola; si no se trataba, se convertía en iniquidad llevada encima. Dios da el remedio, pero el remedio hay que aplicarlo.

5. El hilo conector *Un solo altar, una sola sangre, un solo destinatario*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios exige que la adoración y los sacrificios de su pueblo estén dirigidos únicamente a Él, y que la sangre, porque en ella está la vida, le pertenece.**

Tres cosas se juntan aquí y las tres son la misma. El lugar es uno porque el Dios es uno. La sangre no se come porque está reservada para el altar. Y el que se salta cualquiera de las dos cosas se encuentra con el rostro de Dios puesto en su contra.

Este capítulo muestra que la sangre tenía un significado especial dentro de las leyes que Dios dio a Israel, porque representaba la vida dentro del sistema sacrificial. Y todo aquel sistema apuntaba hacia una sola sangre que sí sería capaz de quitar el pecado.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Levantar un altar propio donde a uno le venga bien	Traerlo todo a la puerta que Él señaló
Adorar con mezclas heredadas de alrededor	La adoración exclusiva, sin desviaciones
Disponer de la sangre como si fuera nuestra	Reconocer que la vida está en ella y es de Él
Dejar la impureza sin tratar y seguir adelante	Lavar los vestidos y el cuerpo hasta el final
Pensar que a Dios le da igual cómo se le sirve	Saber que Él pone su rostro a favor o en contra

Levítico 18. Los estatutos en los que el hombre vive

1. Contexto previo

Israel sale de una tierra y entra en otra, y las dos tienen costumbres propias. Dios abre este capítulo señalando exactamente eso: no haréis como hacen en la tierra de Egipto, de donde salisteis, ni como hacen en la tierra de Canaán, a la cual os llevo. En medio de esas dos corrientes, el pueblo necesita saber quién marca la norma. Y la respuesta llega antes que cualquier precepto concreto: Yo soy Jehová vuestro Dios. Todo el capítulo se sostiene sobre esa firma.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El mensaje que pasa por Moisés (v.1-5) — «Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles: Yo soy Jehová vuestro Dios» (Levítico 18:1-2). Sigue la advertencia sobre Egipto y Canaán, y después la clave: «Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos. Yo Jehová» (Levítico 18:5).

Los límites dentro de la familia (v.6-18) — Viene entonces una lista larga y ordenada de parentescos dentro de los cuales no puede haber relación sexual: padres, hermanos, nietos, tíos, nueras, cuñadas. La fórmula se repite con sobriedad, caso por caso, bajo un encabezado común: ninguno se llegue a parienta próxima alguna. Dios está poniendo vallas dentro de la casa, allí donde la convivencia diaria las hace más necesarias.

Otras conductas prohibidas (v.19-23) — La lista se extiende más allá del parentesco: el adulterio con la mujer del prójimo, la entrega de hijos a Moloc, la relación entre varones y la relación con animales. El texto las enuncia sin detenerse en ellas y las califica con una sola palabra, abominación.

La tierra que vomita a sus habitantes (v.24-28) — Dios explica por qué se va a expulsar a las naciones de Canaán: se contaminaron con estas cosas y la tierra misma las vomitó. Y advierte a Israel de que la tierra no distingue de linajes; si ellos hacen lo mismo, los vomitará igual. La herencia no es una propiedad incondicional.

La advertencia final (v.29-30) — El que haga cualquiera de estas abominaciones será cortado de entre su pueblo. Y el capítulo cierra como empezó, con la firma: guardad mi ordenanza, no haciendo las costumbres abominables que practicaron antes de vosotros. Yo Jehová vuestro Dios.

3. Los personajes clave

Moisés — El canal por el que pasa la palabra — A lo largo de la ley, Moisés aparece como la persona encargada de recibir las instrucciones de Dios y comunicarlas al pueblo. Él actúa como intermediario entre Dios y la nación de Israel.

Aquí se ve claramente el proceso de comunicación. Dios da el mensaje a Moisés, y Moisés es quien debe comunicarlo al pueblo de Israel. Las palabras «habla a los hijos de Israel» muestran que el mensaje que Dios da a Moisés está destinado a todo el pueblo.

Pero el mensaje no provenía de Moisés, sino de Dios. Por eso el texto comienza con la expresión «Habló Jehová a Moisés». Esto indicaba que las instrucciones transmitidas al pueblo tenían autoridad divina, aunque fueran comunicadas por medio de una persona.

Egipto y Canaán — Las dos costumbres que tiran del pueblo — El capítulo nombra dos tierras: la que dejan atrás y la que van a recibir. Y prohíbe imitar a las dos.

Egipto es la costumbre aprendida, lo que uno lleva metido en el cuerpo por haber vivido allí cuatro siglos. Canaán es la costumbre que viene, la del entorno nuevo donde hay que empezar de cero y donde todo el mundo hace lo que hace.

Un pueblo puede librarse del pasado y hundirse en el presente, o cuidar mucho el presente y arrastrar el pasado sin darse cuenta. Dios cierra las dos puertas a la vez, porque la santidad no es solo salir de un sitio: es no meterse en el siguiente.

La tierra que vomita — El testigo que no acepta sobornos — Es una imagen dura y deliberada. La tierra no aguanta indefinidamente lo que se hace sobre ella; llega un punto en que la expulsa.

Lo importante es a quién se aplica la advertencia. Dios no dice que la tierra vomitó a los cananeos porque eran cananeos. Dice que los vomitó por lo que hicieron, y avisa a Israel de que con ellos hará exactamente igual.

Eso desmonta cualquier sensación de inmunidad por pertenencia. Ser el pueblo escogido no era un salvoconducto para vivir como los demás. La elección daba una misión, no una licencia.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece canales para hablar a su pueblo — En Levítico 18 se observa una fórmula que aparece muchas veces en la ley: Dios habla a Moisés y luego Moisés transmite el mensaje al pueblo.

Esto muestra que Dios utiliza personas designadas como canales de comunicación para transmitir sus instrucciones. No grita desde el cielo a cada israelita por separado; pone a un hombre en medio y le entrega la palabra.

Es el mismo patrón que recorre toda la Escritura: profetas, apóstoles, pastores. «¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?» Dios podría prescindir de intermediarios y elegir no hacerlo.

Y eso obliga a una doble fidelidad. El que transmite no puede añadir ni quitar, porque el mensaje no es suyo. Y el que escucha no puede despreciar el mensaje por venir en boca de un hombre, porque el origen es Dios.

Dios da estatutos que son camino de vida — Este versículo enseña que los estatutos y mandamientos de Dios no eran solo normas externas, sino que estaban relacionados con la vida del pueblo.

El texto dice que el hombre vivirá en ellos, es decir, la vida del pueblo estaba vinculada al cumplimiento de los estatutos y ordenanzas que Dios había establecido. Dentro de la ley, Dios presenta sus mandamientos como el camino que el pueblo debía seguir.

La expresión «vivirá en ellos» muestra que los estatutos no eran simplemente reglas aisladas. Formaban parte de la manera en que el pueblo debía vivir delante de Dios, dentro del pacto que Él había establecido con Israel.

Nótese el orden de las cosas. Dios no dice guardad mis estatutos para que yo os saque de Egipto. Ya los ha sacado. La obediencia no compra la salvación: es la forma de vivir de los ya rescatados.

Dios pone límites donde más duele romperlos — Las prohibiciones de este capítulo se concentran en el ámbito familiar, que es precisamente el lugar donde una persona debería estar más segura.

Estas normas establecían límites claros dentro de la familia y dentro de la comunidad. Dios está protegiendo el sitio donde nadie puede defenderse por sí mismo: la casa, el parentesco, la convivencia cotidiana.

Por eso no son normas arbitrarias ni un capricho cultural. Un pueblo en el que las relaciones familiares están ordenadas es un pueblo en el que los débiles no son mercancía. Cuando esos límites se borran, los primeros que pagan son siempre los que menos voz tienen.

Dios legisla aquí como quien conoce el corazón humano de cerca y sabe que la línea, si no se dice en voz alta, se cruza.

Dios vincula la permanencia a la obediencia — La tierra prometida se recibe por promesa, pero se habita por obediencia. Las dos cosas están en el mismo capítulo y no se contradicen.

Dios advierte que la tierra vomitó a sus habitantes anteriores y puede hacer lo mismo con Israel. Es un aviso dado de antemano, antes de entrar, cuando todavía no ha ocurrido nada.

Y así es Dios siempre: avisa antes. No tiende trampas ni guarda condiciones escondidas para sacarlas después. Lo que va a exigir, lo dice a la entrada.

Siglos más tarde Israel fue efectivamente llevado cautivo, y los profetas explicaron la razón con estas mismas palabras. Lo que Levítico 18 anuncia como posibilidad, la historia lo confirmó como hecho.

5. El hilo conector *La vida está en guardar lo que Él dijo*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios presenta sus estatutos como el marco dentro del cual el pueblo debía vivir, y no como una lista de prohibiciones sueltas.**

Por eso el versículo 5 está colocado donde está, justo antes de la lista larga. Primero el principio, después los casos. Y el principio dice que el hombre que hace estas cosas vivirá en ellas. La ley no viene a estrechar la vida del pueblo, sino a delimitar el espacio donde esa vida es posible.

Entre Egipto y Canaán, Israel tenía dos modelos a mano y ninguno servía. Lo único que tenían de propio era la palabra que Dios les pasaba por Moisés. Y resultó ser suficiente.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Repetir lo aprendido en Egipto por costumbre	Vivir conforme a lo que Él ha mandado
Adaptarse a lo que hace la tierra donde uno llega	Sostener el estatuto aunque alrededor nadie lo haga
Borrar los límites dentro de la propia casa	Guardar el respeto donde más confianza hay
Tratar los mandamientos como reglas externas	Entenderlos como el camino en el que se vive
Creer que la elección exime del comportamiento	Recordar que la tierra no hace excepciones
Despreciar el mensaje por venir de un hombre	Recibirlo porque el que habló fue Jehová

Levítico 19. Santos seréis: la santidad en la vida de cada día

1. Contexto previo

Después de las prohibiciones del capítulo anterior, Dios manda a Moisés que hable esta vez a toda la congregación, no solo a los sacerdotes. Y lo que sigue no es un tratado de culto, sino una lista asombrosamente variada: el sábado, los ídolos, la cosecha, el jornal del obrero, el sordo, el ciego, el juicio, la calumnia, el extranjero, las canas, las pesas de la balanza. Todo bajo un solo encabezado que lo explica todo. La santidad de Dios no se queda en el tabernáculo: baja al campo, al mercado y a la conversación.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Santos seréis (v.1-8) — El capítulo comienza con la declaración que marca el sentido de todo lo que sigue: «Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios» (Levítico 19:2). Y las primeras órdenes son las básicas: temer a padre y madre, guardar los días de reposo, no mirar a los ídolos, y comer la ofrenda de paz dentro del plazo señalado.

La cosecha y el trato justo (v.9-18) — No se siega hasta el último rincón del campo ni se rebusca la viña: lo que queda es del pobre y del extranjero. No hurtaréis, no mentiréis, no retendréis el salario del jornalero hasta la mañana, no maldeciréis al sordo ni pondréis tropiezo delante del ciego. Y el remate: «amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová» (Levítico 19:18).

Las mezclas y los primeros frutos (v.19-25) — Siguen normas que separan lo que no debe juntarse: ganado, semillas y tejidos. Y la ley del árbol frutal recién plantado, cuyo fruto no se come los tres primeros años, se consagra a Jehová el cuarto y se aprovecha desde el quinto. Otra vez tiempos contados antes de disponer de nada.

Lo que el pueblo no debe imitar (v.26-31) — Aquí caen las prácticas de los pueblos de alrededor: la agorería, los encantamientos, los cortes en el pelo y la barba por duelo pagano. «Y no haréis rasguños en vuestro cuerpo por un muerto, ni imprimiréis en vosotros señal alguna» (Levítico 19:28). Y se prohíbe acudir a encantadores y adivinos.

Las canas, el extranjero y la balanza (v.32-37) — «Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano» (Levítico 19:32). Y sobre el forastero: «Cuando el extranjero morare con vosotros en vuestra tierra, no le oprimiréis. Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero... y lo amarás como a ti mismo» (Levítico 19:33-34). El capítulo termina exigiendo balanzas justas, pesas justas y medidas justas.

3. Los personajes clave

El rincón del campo sin segar — La parte que se deja para el que no tiene — Dios ordena al agricultor que no apure la siega hasta el último borde ni vuelva a pasar por la viña a rebuscar. Lo que quede se queda.

No es una limosna que se decide después de contar la cosecha. Es una parte que nunca llega a entrar en el granero, porque no era suya desde el principio.

Y tampoco es un reparto humillante: el pobre entra al campo y siega él mismo lo que necesita. Booz cumpliendo esta ley es lo que permite que Rut coma, y de ahí sale el linaje de David. Un precepto agrícola de Levítico sostiene, sin saberlo, toda una genealogía.

El sordo y el ciego — Los que no pueden defenderse del agravio — Maldecir al sordo y poner tropiezo delante del ciego son dos crueldades muy particulares: la víctima no se entera de quién se lo hizo.

Por eso el versículo añade algo que no hacía falta en otros casos: sino que tendrás temor de tu Dios. Ahí está la clave. Nadie te verá, la víctima no podrá acusarte y no habrá juicio posible. Solo queda el temor de Dios.

La santidad que este capítulo pide no se mide en lo que se hace delante de testigos. Se mide exactamente aquí, en lo que uno hace cuando podría hacerlo impunemente.

El extranjero que mora en la tierra — El que fuiste tú antes — Dios también establece normas sobre cómo debía tratarse a las personas que vivían entre el pueblo de Israel aunque no fueran originarias de allí.

La orden no es solo no oprimirle. Es tenerlo como a un natural y amarlo como a ti mismo, la misma fórmula que se usa para el prójimo israelita. Dios no admite dos niveles de amor según el pasaporte.

Y la razón que da es la memoria: forasteros fuisteis en la tierra de Egipto. Israel sabía exactamente lo que era vivir sin derechos en tierra ajena. El que ha sido extranjero no tiene excusa para maltratar a otro.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios llama a su pueblo a vivir en santidad — Todas las instrucciones de este capítulo están relacionadas con ese principio: el pueblo debía vivir de una manera que reflejara la santidad de Dios.

La estructura de la frase es lo importante. No dice sed santos y así llegaréis a parecer a Dios. Dice santos seréis porque santo soy yo. La santidad del pueblo es consecuencia de la de Él, no un mérito que se conquista.

Y el mandato va dirigido a toda la congregación, no a una casta. No hay en Israel un grupo de santos profesionales y una masa exenta. El que siembra, el que vende y el que juzga están todos bajo el mismo llamado.

Pedro cita este versículo palabra por palabra: «Sed santos, porque yo soy santo». Lo que Dios pidió en el Sinaí no ha caducado; ha cambiado de escenario.

Dios manda amar al prójimo y al extranjero — Una de las enseñanzas más conocidas de este capítulo es el mandamiento relacionado con el trato hacia los demás, y otra es la orden de tratar al extranjero con justicia y respeto.

Este mandamiento resume una parte importante de las normas que Dios establece sobre las relaciones entre las personas. Jesús lo situó junto al de amar a Dios y dijo que de esos dos dependían toda la ley y los profetas.

Conviene ver dónde está colocado en el capítulo. Viene después de no vengarse y no guardar rencor contra los hijos de tu pueblo. El amor al prójimo no se define aquí como un sentimiento cálido, sino como la renuncia a cobrarse lo que te deben.

Y cuando el intérprete de la ley preguntó quién era su prójimo, la respuesta de Jesús fue un samaritano. Levítico 19 ya lo había contestado en el versículo 34: el extranjero, como a ti mismo.

Dios establece normas sobre el trato al propio cuerpo — Este tipo de mandamientos muestran que el cuerpo debía tratarse con respeto dentro de las normas que Dios había dado al pueblo.

La prohibición está unida a un contexto concreto: los rasguños por un muerto. Eran ritos de duelo de los pueblos de alrededor, gestos religiosos de dolor ante los dioses. Israel no debía expresar su luto como quien no tiene esperanza.

Dios no está regulando la estética del israelita, sino su pertenencia. El cuerpo del creyente no es un lienzo donde se escriben las devociones de otros.

Pablo llevará esa misma idea más lejos: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?» La línea que empieza en Levítico 19 termina ahí.

Dios ordena honrar a los ancianos y ser justo en lo pequeño — El respeto hacia los ancianos formaba parte de las normas que Dios establecía para la vida del pueblo, y el capítulo termina exigiendo balanzas y pesas justas.

Levantarse delante de las canas es un gesto mínimo, sin coste, que nadie va a denunciar si no se hace. Y Dios lo manda, añadiendo otra vez la fórmula: y de tu Dios tendrás temor.

Lo mismo ocurre con las pesas. Un comerciante con una balanza ligeramente desviada roba poco a poco y sin escándalo. «El peso falso es abominación a Jehová; mas la pesa cabal le agrada.»

Juntando las dos cosas se entiende el capítulo entero. La santidad que Dios pide no se demuestra en los grandes momentos religiosos, sino en el respeto a un anciano y en la exactitud de un kilo.

5. El hilo conector *La santidad que se nota en el campo y en el mercado*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios llama a su pueblo a vivir en santidad, y que esa santidad se juega en normas que regulan la vida social, personal y comunitaria.**

Por eso el capítulo mezcla lo que nosotros separaríamos. El día de reposo y el jornal del obrero. Los ídolos y el rincón del campo. La adivinación y las canas del anciano. Para Dios no son materias distintas: son la misma obediencia mirada desde ángulos diferentes.

Y el estribillo que cierra casi cada bloque no es una amenaza, es una firma: Yo Jehová. La razón última de tratar bien al sordo, al pobre, al extranjero y al viejo no es que convenga, sino quién es el que lo manda.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Apurar la cosecha hasta el último grano	Dejar el rincón para el pobre y el forastero
Aprovecharse del que no puede defenderse	Obrar con temor de Dios donde nadie mira
Medir el amor según el origen del otro	Amar al extranjero como a uno mismo
Retener el salario del jornalero hasta mañana	Pagar a tiempo lo que se debe
La balanza desviada que nadie comprueba	Peso justo, medida justa, sin excepción
Buscar respuesta en adivinos y encantadores	Honrar las canas y esperar en Jehová

Levítico 20. Las consecuencias y la tierra que no soporta la abominación

1. Contexto previo

Levítico 18 enunció las prohibiciones; Levítico 20 declara lo que ocurre cuando se quebrantan. Es el mismo terreno visto desde el otro lado: allí estaba la norma, aquí está la sanción. Y Dios empieza por lo más extremo, la entrega de hijos a Moloc, para cerrar con la razón de todo el bloque: yo os he apartado de los pueblos para que seáis míos. Entre una cosa y la otra aparece la advertencia más gráfica del libro, la de una tierra que vomita a quienes la habitan.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Moloc y los que consultan a espíritus (v.1-6) — El capítulo abre con la prohibición más dura. «Cualquier varón de los hijos de Israel... que diere alguno de sus hijos a Moloc, de seguro morirá» (Levítico 20:2). Y Dios añade: «Y yo pondré mi rostro contra el tal varón... por cuanto dio de sus hijos a Moloc, contaminando mi santuario y profanando mi santo nombre» (Levítico 20:3). Junto a ello, la misma sentencia para quien busque otras vías: «Y la persona que atendiere a encantadores o adivinos, para prostituirse tras de ellos, yo pondré mi rostro contra la tal persona, y la cortaré de entre su pueblo» (Levítico 20:6).

Santificaos y honrad a los padres (v.7-9) — Dios ordena al pueblo santificarse y guardar sus estatutos, porque Él es quien los santifica. Y de inmediato, el mandato familiar: «Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él» (Levítico 20:9).

Las consecuencias de las uniones prohibidas (v.10-21) — Sigue la lista de conductas ya prohibidas en el capítulo 18, ahora con su sanción correspondiente. «Cualquiera que yaciere con la mujer de su padre, la desnudez de su padre descubrió» (Levítico 20:11). El texto recorre los casos con la misma sobriedad, sin detenerse más de lo necesario, y los califica como perversidad y abominación.

La tierra que puede vomitar al pueblo (v.22-24) — «Guardad, pues, todos mis estatutos... para que no os vomite la tierra, en la cual yo os introduzco para que habitéis en ella» (Levítico 20:22). Y el motivo de la expulsión de los anteriores: «Y no andéis en las prácticas de la gente que yo echaré de delante de vosotros; porque ellos hicieron todas estas cosas, y los tuve en abominación» (Levítico 20:23).

Apartados para ser suyos (v.25-27) — Dios recuerda la distinción entre animales limpios e inmundos y explica el porqué de todo: yo os he apartado de los pueblos para que

seáis míos. Y el capítulo se cierra volviendo al principio: «Y el hombre o la mujer que evocare espíritus de muertos o se entregare a la adivinación, ha de morir» (Levítico 20:27).

3. Los personajes clave

Moloc — El dios que pide lo que Dios protege — El capítulo empieza nombrando una práctica que existía entre algunos pueblos de la antigüedad: ofrecer hijos a una deidad llamada Moloc.

Dios explica que ofrecer un hijo a Moloc era algo que contaminaba la relación del pueblo con Él. El pasaje presenta esta acción como algo que estaba en oposición directa a lo que Dios había establecido para su pueblo.

Y hay un contraste que el lector de Levítico no puede evitar. El Dios de Israel pide corderos, tórtolas, harina y aceite. Cuando pidió un hijo, en el monte Moria, fue para detener la mano de Abraham y poner un carnero en su lugar. Moloc pedía lo que Jehová siempre sustituyó.

Los padres maldecidos — El orden roto en su primer eslabón — Dentro del sistema familiar de Israel, los padres tenían una responsabilidad importante en la formación de los hijos y en la enseñanza de las leyes de Dios.

Los padres debían transmitir al hogar las leyes de Dios, las normas del pueblo y la enseñanza sobre la relación con Él. Por esta razón, el respeto hacia los padres estaba relacionado también con el orden que Dios había establecido dentro de la familia.

En la ley de Israel, honrar a los padres formaba parte de los mandamientos fundamentales: «Cada uno temerá a su madre y a su padre» (Levítico 19:3). Y no es casualidad que este mandato aparezca justo después de la orden de santificarse. Un pueblo que no respeta a sus padres pierde en una generación todo lo que Dios le enseñó.

La tierra — El suelo que reacciona a lo que se hace sobre él — El texto indica que el comportamiento de esas naciones fue una de las razones por las cuales serían expulsadas de la tierra.

La ley presenta la idea de que el pueblo debía vivir conforme a los estatutos de Dios para permanecer en la tierra. No basta con entrar: hay que poder quedarse.

Es la misma lógica que ya apareció con la sangre de Abel clamando desde el suelo. En la Escritura, la tierra no es un escenario neutral: registra lo que ocurre encima y, llegado un punto, responde.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios protege la santidad de su nombre y de su pueblo — El texto muestra que Dios prohíbe completamente la práctica de ofrecer hijos a Moloc y establece una fuerte advertencia contra ella.

Fíjese en el lenguaje del versículo 3. Dios no dice solamente que la práctica sea cruel, dice que contamina su santuario y profana su santo nombre. El daño llega hasta donde Él habita.

Estas leyes también tenían el propósito de separar a Israel de las prácticas religiosas de las naciones que vivían alrededor. Dios quería que el pueblo no imitara costumbres que estaban relacionadas con otros sistemas de adoración.

Este capítulo muestra que Dios establece límites claros para evitar que su pueblo participe en prácticas que estaban relacionadas con otros sistemas religiosos. Y los establece antes de entrar en la tierra, no después del desastre.

Dios establece límites claros en las relaciones dentro de la familia — En Levítico 20 se mencionan diferentes prácticas relacionadas con relaciones sexuales prohibidas, especialmente dentro del ámbito familiar.

La expresión «descubrir la desnudez» se utiliza en la ley para referirse a relaciones sexuales que estaban prohibidas. Estas normas establecían límites claros dentro de la familia y dentro de la comunidad.

El texto también explica que algunas de estas prácticas eran comunes entre las naciones que vivían en la tierra antes de Israel, y que Dios ordenaba a Israel no imitarlas. Ciertas prácticas eran consideradas abominación dentro de la ley.

Conviene leer la lista con sobriedad, como la escribe el texto. Dios no se recrea en describir el mal; lo nombra, lo delimita y pasa adelante. Lo que le interesa no es el catálogo, sino la casa que queda protegida cuando esos límites se respetan.

Dios prohíbe buscar dirección fuera de Él — Estas prácticas incluían consultar a personas que afirmaban tener contacto con espíritus o que intentaban revelar el futuro mediante medios espirituales.

Estas prácticas estaban relacionadas con las religiones y rituales de otros pueblos. Dios ordenaba a Israel no participar en esas formas de buscar conocimiento o guía espiritual.

El pueblo debía buscar dirección en Dios y en lo que Él había revelado, no en prácticas de adivinación o evocación de espíritus. Y no era un vacío lo que dejaba: Israel tenía la palabra, el sacerdocio y, más tarde, a los profetas.

Saúl es el ejemplo de lo que ocurre cuando se invierte el orden. Buscó a la adivina de Endor justo cuando Dios había dejado de responderle, y aquella consulta fue la última noche de su reinado.

Dios aparta a un pueblo para que sea suyo — El capítulo no termina con castigos, sino con una explicación: yo os he apartado de los pueblos para que seáis míos.

Esa frase reordena todo lo anterior. Las prohibiciones no son un muro levantado por desconfianza, sino la forma concreta de una pertenencia. Israel es distinto porque es de Alguien.

Y la permanencia en la tierra estaba relacionada con guardar los estatutos de Dios. No se trataba de merecer la herencia, sino de no vivir dentro de ella como si fuera de cualquiera.

«Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios.» Pedro repite la fórmula de Levítico 20 sin cambiarle el sentido: apartados, y apartados para alguien.

5. El hilo conector *Lo que la tierra no soporta*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios establece normas claras para la vida del pueblo y les ordena no seguir las prácticas de las naciones que vivían alrededor.**

Levítico 18 dijo qué no hacer. Levítico 20 dice lo que pasa si se hace. Y lo que pasa no es solo una sanción individual: es que la tierra entera se vuelve inhabitable para quien la llena de eso. Las naciones anteriores fueron vomitadas y Dios avisa de que con Israel no será distinto.

Pero el capítulo cierra con la frase que explica el resto: seréis míos. Las advertencias no son de un Dios que busca excusas para expulsar, sino de un Dios que apartó a un pueblo para sí y quiere conservarlo en la tierra que le dio.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Entregar lo más querido a lo que no es Dios	Guardar a los hijos dentro de lo que Él mandó
Maldecir a los que te enseñaron la ley	Temer a padre y madre como ordenó Jehová
Imitar las prácticas de los que estuvieron antes	Vivir apartado porque eres suyo
Buscar respuestas en adivinos y evocadores	Buscar dirección en lo que Él ya reveló
Suponer que la tierra se aguanta con todo	Guardar los estatutos para permanecer en ella
Borrar los límites dentro de la familia	Sostener el orden que protege a los de casa

Levítico 21. La santidad exigida a los que se acercan al altar

1. Contexto previo

El libro ha estado hablando a todo el pueblo: qué comer, qué tocar, cómo tratar al vecino, cómo apartarse de las naciones. Ahora Dios se dirige específicamente a los hijos de Aarón. Si a Israel entero se le pide santidad, a los que ministran en el santuario se les pide más, y por una razón que el propio capítulo repite: ellos ofrecen el pan de su Dios. El que se acerca al altar en nombre de todos no puede vivir como quiera, porque su vida y su servicio no se pueden separar.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El duelo del sacerdote (v.1-6) — El sacerdote no se contamina por un muerto de su pueblo, salvo por el pariente más cercano: madre, padre, hijo, hija, hermano y hermana virgen. No se rapará la cabeza ni hará rasguños en su carne. La razón que da el texto es la misma de todo el capítulo: santos serán a su Dios, porque ofrecen las ofrendas encendidas de Jehová, el pan de su Dios.

Con quién puede casarse (v.7-9) — «Con mujer ramera o infame no se casarán, ni con mujer repudiada de su marido; porque el sacerdote es santo para su Dios» (Levítico 21:7). Y el fundamento: «Le santificarás, por tanto, pues el pan de tu Dios ofrece; santo será para ti, porque santo soy yo Jehová que os santifico» (Levítico 21:8). El capítulo añade también la responsabilidad de la casa sacerdotal, incluidas las hijas.

El sumo sacerdote (v.10-15) — Para el que lleva el aceite de la unción y las vestiduras las normas son aún más estrictas. No descubre su cabeza ni rasga sus vestidos, no entra donde haya un muerto ni siquiera por su padre o su madre, ni sale del santuario. «Tomará por esposa a una mujer virgen. No tomará viuda, ni repudiada, ni infame, ni ramera, sino tomará de su pueblo una virgen por mujer» (Levítico 21:13-14).

Los defectos que apartan del altar (v.16-20) — «Habla a Aarón y dile: Ninguno de tus descendientes por sus generaciones, que tenga algún defecto, se acercará para ofrecer el pan de su Dios. Porque ningún varón en el cual haya defecto se acercará...» (Levítico 21:17-18). El texto enumera después distintos defectos físicos que impedían ejercer el servicio en el altar.

Lo que no pierde el sacerdote con defecto (v.21-24) — Y viene la matización decisiva: «Del pan de su Dios, de lo muy santo y de las cosas santificadas, podrá comer» (Levítico 21:22). Sigue perteneciendo al sacerdocio y sigue comiendo de lo santo. Lo único que no hace es acercarse al altar: «...porque tiene defecto; no se acercará para ofrecer las ofrendas encendidas de Jehová» (Levítico 21:23).

3. Los personajes clave

El sacerdote — El que ofrece el pan de su Dios — El sacerdote tenía un papel especial dentro del pueblo: era quien servía en el tabernáculo y presentaba las ofrendas delante de Dios. Por esa razón se establecían ciertos requisitos específicos para su vida.

Las normas que recibe no son sobre cómo hacer su trabajo, sino sobre cómo vivir: con quién se casa, cómo llora a sus muertos, qué hace con su pelo y su barba. Dios no separa el oficio de la persona.

Y todo se justifica con una frase que se repite en el capítulo: ofrece el pan de su Dios. El que pone las manos sobre lo que se presenta a Jehová no puede tenerlas en cualquier sitio el resto de la semana.

El sumo sacerdote — El que no puede salir del santuario — Para el sumo sacerdote las normas eran aún más estrictas. Ni siquiera podía interrumpir su servicio por la muerte de su padre o de su madre.

Es la exigencia más dura del capítulo y la más reveladora. El hombre que representa a toda la nación delante de Dios no puede abandonar su puesto ni en el peor día de su vida.

Estas instrucciones muestran que el servicio sacerdotal estaba relacionado con un nivel especial de santidad dentro del sistema del tabernáculo. A mayor cercanía al Lugar Santísimo, mayor exigencia. La responsabilidad no se reparte por igual.

El sacerdote con defecto — El que come de lo santo sin acercarse al altar — Aunque una persona tuviera un defecto físico, no era expulsada del pueblo ni del sacerdocio en general.

Esto muestra que la persona seguía formando parte del sacerdocio, pero no podía realizar ciertas funciones específicas dentro del servicio del altar. Come de lo muy santo, vive entre los suyos, conserva su nombre y su linaje.

Es una distinción que conviene no perder de vista, porque cambia por completo el tono del pasaje. No se trata de un descarte de personas, sino de una limitación de funciones dentro de un sistema muy concreto y ya cumplido en Cristo.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios exige pureza especial en quienes le sirven — En Levítico 21 se establecen normas específicas para los sacerdotes, relacionadas con su vida personal y con su servicio delante de Dios.

La vida personal de los sacerdotes estaba relacionada con su servicio. Este capítulo muestra que dentro del sistema sacerdotal Dios establecía normas de pureza y santidad para quienes servían en el tabernáculo.

Y no es una invención del Antiguo Testamento. Cuando Pablo escribe a Timoteo sobre quién puede servir en la iglesia, la lista que da es del mismo tipo: irreprochable, que gobierne bien su casa, de buen testimonio. Dios sigue mirando la vida del que ministra.

«Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación.» El que enseña y el que sirve asumen una medida más estrecha, y así ha sido siempre.

La razón de todo es la santidad de Dios — El fundamento de estas normas aparece repetidamente en el capítulo: santo soy yo Jehová que os santifico.

La razón de estas normas es la santidad de Dios. Los sacerdotes representaban al pueblo delante de Dios y debían reflejar esa santidad dentro de su vida.

Conviene notar el final de la frase: yo Jehová que os santifico. No dice santificaos vosotros y entonces os aceptaré. La santidad del sacerdote es obra de Dios antes que esfuerzo del sacerdote.

Eso quita el capítulo de las manos del perfeccionismo. Lo que Dios pide es que el que ha sido santificado por Él viva conforme a lo que ya se le ha hecho, no que se fabrique a sí mismo un mérito para entrar.

Dios establece requisitos para quienes se acercan al altar — El servicio del altar representaba algo sagrado dentro del sistema del tabernáculo. Por esa razón se establecían requisitos especiales para quienes se acercaban a realizar esas funciones.

Aquí el texto menciona diferentes tipos de defectos físicos que impedían ejercer el servicio sacerdotal en el altar. Estas normas formaban parte de las leyes que regulaban el servicio sacerdotal en el tabernáculo.

El principio es el mismo que rige las ofrendas: al altar de Dios se lleva lo sin defecto, y quien lo lleva tampoco lo tiene. Todo el sistema apunta en una dirección, la de la integridad de lo que se presenta.

Y esa dirección tenía un destino. «Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores.» Ningún hijo de Aarón cumplió del todo lo que este capítulo pide. Uno solo lo cumplió, y por eso su sacerdocio no necesita repetirse.

Dios distingue entre pertenecer y ejercer — El sacerdote con defecto seguía perteneciendo al pueblo aunque no pudiera ejercer ciertas funciones.

La ley es estricta con el altar y generosa con la persona. Le cierra una función y le deja la mesa: del pan de su Dios, de lo muy santo, podrá comer.

Eso impide leer el pasaje como un desprecio. Lo que Dios protege no es la apariencia del sacerdote, sino la representación de algo que el altar significaba y que todavía no había llegado.

Y en el nuevo pacto esa distinción desaparece por completo, porque el que se acerca ya no lo hace por su propia condición sino por la de Cristo. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia.» El que en Levítico no podía aproximarse, ahora entra.

5. El hilo conector *El que ofrece el pan de su Dios*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios declara que quienes le sirven deben reflejar su santidad, y por eso establece para ellos requisitos que no pone al resto del pueblo.**

La exigencia crece conforme uno se acerca. Israel debía ser santo; el sacerdote, más; el sumo sacerdote, hasta el punto de no poder enterrar a sus padres. No es favoritismo al revés: es que la cercanía a Dios nunca es gratuita ni neutra.

Y bajo todo el capítulo late una promesa que el texto repite: porque santo soy yo Jehová que os santifico. La santidad que Dios exige de los suyos es, antes que nada, la que Él mismo produce en ellos.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Separar la vida privada del servicio público	Vivir conforme a lo que uno ministra
Llorar y celebrar como los que no conocen a Dios	Guardar el testimonio incluso en el duelo
Abandonar el puesto cuando arrecia lo personal	Permanecer donde Él te puso
Acercarse al altar sin mirar cómo se llega	Reconocer que se ofrece el pan de su Dios
Creer que la santidad se fabrica uno mismo	Confiar en el Jehová que santifica
Confundir no ejercer con no pertenecer	Comer de lo santo aunque no sea tu función

Levítico 22. Lo santo no se toca de cualquier manera y lo que se ofrece no tiene defecto

1. Contexto previo

El capítulo anterior ha puesto condiciones a los sacerdotes: quién puede acercarse al altar y quién no. Ahora Dios gira la mirada hacia dos cosas más. Primero, hacia lo que los sacerdotes comen: las porciones santas de las ofrendas, que no son comida corriente y no se reparten a cualquiera. Y después, hacia lo que el pueblo trae: el animal que sube al altar. Dios no acepta lo que le echen encima; Él mismo dice qué es aceptable, cuándo lo es y por qué. El capítulo termina con Dios hablando de sí mismo, y esa firma final explica todo lo anterior.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

Los sacerdotes y las cosas santas (v.1-9) — Dios manda a Aarón y a sus hijos que se abstengan de las cosas santas cuando haya inmundicia sobre ellos. El sacerdote que se acerque a lo consagrado estando impuro será cortado de delante de Dios. Debe esperar, lavarse, aguardar la puesta del sol, y entonces comer de lo suyo. La norma no discute si la impureza fue voluntaria: discute que lo santo no se maneja como si fuera cualquier cosa.

Quién puede comer de lo consagrado (v.10-16) — Ningún extraño come de la ofrenda: ni el huésped del sacerdote ni el jornalero. Sí el siervo comprado y el nacido en su casa. La hija del sacerdote casada fuera no come, pero si enviuda o es repudiada y vuelve a la casa del padre sin hijos, vuelve a comer del pan de su padre. Y si alguien come por yerro de lo santo, restituye añadiendo la quinta parte.

La ofrenda sin defecto (v.17-25) — Aquí se dirige al pueblo entero, también al extranjero. «Para que sea aceptado, ofreceréis macho sin defecto, de entre el ganado vacuno, de entre los corderos o de entre las cabras.» Y se cierra la puerta al truco: «Ninguna cosa en que haya defecto ofreceréis, porque no será acepto por vosotros.» Ciego, perniquebrado, mutilado, sarnoso: nada de eso sube al altar, ni siquiera comprado a un extranjero.

El tiempo de la ofrenda (v.26-30) — Dios pone además un calendario. «Cuando naciere un becerro, o un cordero, o una cabra, siete días estará mamando de su madre; mas desde el octavo día en adelante será acepto para ofrenda encendida a Jehová.» Y prohíbe degollar en un mismo día a la madre y a la cría, y manda que el sacrificio de acción de gracias se coma el mismo día, sin dejar nada para la mañana.

La firma de Dios (v.31-33) — El capítulo no termina con un precepto más, sino con quién habla. «Y no profanéis mi santo nombre, para que yo sea santificado en medio de los

hijos de Israel. Yo Jehová que os santifico, que os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Yo Jehová.»

3. Los personajes clave

El animal sin defecto — Lo que cuesta algo al que lo trae — El capítulo repite la exigencia varias veces, y no es un capricho estético. Un animal ciego o cojo era el que el dueño no iba a poder vender ni usar. Ofrecerlo era deshacerse de un problema y llamarlo adoración.

La ofrenda debía tener valor y estar en buenas condiciones. Una ofrenda defectuosa no era considerada aceptable dentro de las normas que Dios había establecido. Dicho de otro modo: no vale entregar a Dios lo que ya no te servía a ti.

Siglos después Malaquías tendrá que repetirlo casi con las mismas palabras, porque el pueblo había vuelto exactamente a lo mismo: traer lo cojo y lo enfermo y esperar que se aceptara. La tentación no era antigua ni ha caducado.

El octavo día — El tiempo que Dios también manda — Un becerro recién nacido no era menos valioso que uno de ocho días. Y sin embargo no valía. Dios establece que debía pasar un tiempo antes de que pudiera presentarse en el altar.

El hecho de esperar hasta el octavo día indica que Dios establece momentos determinados para que las cosas se realicen. El animal debía pasar primero un período de siete días antes de poder ser ofrecido.

Esto indica que las ofrendas no solo debían ser correctas en su forma, sino también presentadas en el momento que correspondía según las instrucciones de Dios. Hay ofrendas que no son rechazadas por malas, sino por adelantadas.

El sacerdote impuro que espera al atardecer — El que sabe que su cargo no le da acceso automático — La figura más incómoda del capítulo es la del hombre que tiene derecho a comer de lo santo y ese día no puede. El cargo sigue siendo suyo, la porción sigue siendo suya, pero hoy no.

La ley no lo expulsa: lo hace esperar. Se lava, deja pasar el sol y vuelve. Es una lección dura para quien está acostumbrado a manejar lo sagrado a diario: la familiaridad con lo santo no lo vuelve inofensivo.

Y hay algo más. El texto avisa de que si lo profana morirá por ello. Lo que para el pueblo era una advertencia, para el sacerdote era una condición de vida. A quien más cerca está, más se le pide.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece requisitos para que una ofrenda sea aceptada — En Levítico 22 Dios explica que las ofrendas presentadas delante de Él debían cumplir ciertos requisitos para ser aceptadas. No se podía presentar cualquier cosa, sino que debía seguir lo que Dios había establecido.

La ofrenda no era algo que el pueblo decidía libremente, sino algo que debía hacerse conforme a las normas establecidas. Dentro del sistema de sacrificios era Dios quien definía cómo debía presentarse la ofrenda y qué condiciones debía cumplir.

Eso desmonta una idea muy cómoda: la de que lo importante es la intención y que la forma da igual. Aquí la intención sin la forma no basta, porque la forma es precisamente donde se ve si la intención era real o solo declarada.

Y desmonta la contraria también. La forma sin corazón tampoco se sostiene, porque el mismo libro dirá una y otra vez que lo que se busca es que Dios sea santificado en medio del pueblo, no que el trámite quede archivado.

El tiempo forma parte del orden que Dios establece — El sacrificio no podía presentarse inmediatamente después del nacimiento del animal. Debía completarse el tiempo que Dios había determinado.

Esto muestra que dentro de las instrucciones de la ley el tiempo también formaba parte del proceso que Dios establecía. No solo el qué y el cómo: también el cuándo.

Es el mismo Dios que en Génesis reparte la creación en días, que en Éxodo hace esperar cuarenta años a Moisés en el desierto, que aquí manda esperar siete días a un cordero. La prisa no es una virtud en la Escritura; es casi siempre un síntoma.

Y hay un detalle tierno escondido en el precepto: durante esos siete días el animal está mamando de su madre. Ni siquiera la ley del sacrificio atropella lo que acaba de nacer.

Dios declara sus obras y su papel con su pueblo — Al final del capítulo, Dios mismo declara ciertas cosas que Él ha hecho por el pueblo. En estos versículos Dios recuerda sus obras y su relación con Israel: Él fue quien sacó al pueblo de Egipto y Él es quien los santifica.

Cuando Dios dice «yo os saqué de Egipto» o «yo os santifico», está recordando el fundamento de su relación con Israel. El pueblo existía como nación porque Dios había actuado a su favor. Estas declaraciones resaltan que Dios es quien actúa, libera y establece la relación con su pueblo.

Por eso la lista de preceptos termina así y no al revés. Primero saca de Egipto, después pide un cordero sin defecto. La obediencia no compra la liberación: responde a una liberación que ya ocurrió.

En diferentes partes de la Biblia aparece la idea de reconocer o atribuir a Dios lo que Él ha hecho. «Tributad a Jehová, oh familias de los pueblos, dad a Jehová gloria y poder.» Este tipo de expresiones invitan al pueblo a reconocer las obras, la gloria y el poder de Dios.

5. El hilo conector *Lo que se le da a Dios se mide por lo que costó darlo*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios no acepta lo que a uno le sobra.**

Un animal sin defecto es un animal que valía dinero, que se podía haber vendido o guardado. El octavo día es una espera que no aporta nada al que ofrece. Comerse el

sacrificio de gracias el mismo día impide guardarse la mitad. Todo el capítulo está diseñado para que la ofrenda le cueste algo a quien la trae.

Y al final aparece la razón, que no es la ofrenda sino el que la recibe: yo os saqué de Egipto, yo os santifico, yo Jehová. A un Dios así no se le trae lo cojo.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Ofrecer lo que ya no te servía a ti	Traer lo que te cuesta desprenderte
Manejar lo santo con la confianza de la costumbre	Esperar, lavarse y volver cuando corresponde
Adelantar lo que Dios mandó esperar	Cumplir el tiempo señalado antes de presentar
Creer que la intención sustituye a la obediencia	Hacerlo conforme a lo que Él mismo estableció
Profanar su nombre con lo que se hace en su nombre	Reconocer que quien santifica es Él

Levítico 23. El calendario de Dios: las fiestas que reparten el año y la memoria

1. Contexto previo

Hasta aquí Levítico ha hablado de sacrificios, de sacerdotes y de pureza: del espacio sagrado. Ahora Dios organiza el tiempo. Este capítulo es el calendario del pueblo, y lo que se reparte no son actos religiosos sueltos sino el año entero. Empieza por el día de reposo, que se repite cada semana, y sigue con siete fiestas anuales que van de la primavera al otoño. Dios las llama «mis fiestas solemnes» y «santas convocaciones». No son inventos del pueblo: son citas que Él fija y a las que Él convoca.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El reposo semanal (v.1-3) — Antes de cualquier fiesta anual, Dios pone la base. «Seis días se trabajará; mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es de Jehová en dondequiera que habitéis.» La cláusula final es importante: en dondequiera que habitéis. Esta cita no depende del santuario ni del sacerdote.

Pascua y panes sin levadura (v.4-8) — El día catorce del mes primero, entre las dos tardes, la pascua de Jehová. «Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levadura a Jehová; siete días comeréis panes sin levadura.» El primero y el séptimo día son santa convocación y en ellos no se hace obra servil.

Las primicias y las semanas (v.9-22) — Al entrar en la tierra, cuando sieguen la mies, traerán una gavilla de las primicias antes de comer nada de la cosecha nueva. Y desde ahí se cuenta: «Y contaréis desde el día que sigue al día de reposo... siete semanas cumplidas serán. Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días...» Cerrando ese bloque, un mandato que no parece de fiestas: «Cuando segareis la mies de vuestra tierra, no segaréis hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu siega; para el pobre y para el extranjero la dejarás. Yo Jehová vuestro Dios.»

Trompetas y expiación (v.23-32) — El primer día del mes séptimo, reposo y memoria con sonido de trompetas. El día diez de ese mes, el día de la expiación: santa convocación, afligiréis vuestras almas, ningún trabajo. Es el único día del calendario en que el pueblo entero ayuna, y el texto repite que quien trabaje en él será destruido de entre su pueblo.

Los tabernáculos (v.33-44) — El día quince del mes séptimo, siete días de fiesta solemne. El pueblo toma ramas y habita en cabañas durante una semana. Y Dios explica para qué: «Para que sepan vuestros descendientes que en tabernáculos hice yo habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo Jehová vuestro Dios.»

3. Los personajes clave

El séptimo día — El que parte la semana en dos — El día de reposo abre el capítulo y marca el compás de todo lo demás. Ese día debía ser diferente de los demás porque estaba dedicado al descanso y a Dios.

El día de reposo no era solamente un descanso físico. También era un día apartado para Dios, un momento en el que el pueblo debía detener sus actividades habituales. La expresión «santa convocación» indica que era un día destinado a reunirse y dedicar tiempo a lo que tenía relación con Dios.

El mandamiento del reposo muestra que Dios no quería que el pueblo viviera solamente enfocado en el trabajo. El pueblo debía detenerse un día para recordar a Dios y apartar ese tiempo. Dentro del orden que Dios estableció el descanso también forma parte de la vida que Él diseñó para su pueblo.

La cabaña de ramas — La casa que recuerda que no siempre hubo casa — Una vez al año, el pueblo que ya vive en casas de piedra se muda durante siete días a un techo de hojas. Es la fiesta más extraña del calendario y la que mejor explica para qué sirven las fiestas.

Cada celebración recordaba un momento importante de lo que Dios había hecho por Israel. De esta manera, la memoria de la liberación de Egipto no se perdía con el paso del tiempo.

Y no se recordaba con un discurso, sino con el cuerpo: durmiendo una semana como durmieron los padres. El hijo que pregunta por qué estamos aquí fuera recibe la historia entera por respuesta. La fiesta es la clase de historia mejor diseñada que existe.

El rincón del campo sin segar — La parte que no es tuya — En medio de las leyes sobre las fiestas y las cosechas, Dios da una instrucción relacionada con el cuidado de los pobres: que el pueblo no recoja toda la cosecha del campo.

Esta norma permitía que los pobres y los extranjeros tuvieran acceso a alimento. En lugar de recoger todo para sí mismo, el dueño del campo debía dejar una parte disponible para quienes lo necesitaran. De esta manera, Dios establece una forma concreta de provisión dentro de la comunidad.

El pueblo debía reconocer que la tierra y la cosecha venían de Dios, y por eso debían actuar con consideración hacia quienes estaban en necesidad. No es limosna: es que el último rincón nunca fue del dueño.

Que este mandato esté aquí, encajado entre dos fiestas, dice algo. La celebración y el pobre no van por caminos separados. Un calendario que da gracias por la cosecha y se la queda entera no ha entendido la fiesta.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios establece fiestas para que se recuerde lo que Él hizo — Estas celebraciones no eran solo reuniones religiosas, sino momentos para recordar lo que Dios había hecho

por ellos. El versículo 43 explica claramente uno de los propósitos: que las generaciones futuras recordaran que Dios fue quien sacó al pueblo de Israel de Egipto.

Las fiestas funcionaban también como una forma de enseñar la historia del pueblo a los hijos y a los descendientes. El versículo enfatiza que fue Dios mismo quien realizó la liberación. Las fiestas recordaban continuamente que el origen del pueblo y su libertad estaban ligados a la acción de Dios.

Esto ayudaba a que el pueblo no olvidara quién había actuado a su favor. Y el olvido, en la Escritura, no es un fallo de memoria: es el principio de la idolatría. Un pueblo que olvida de dónde lo sacaron acaba buscando otro que lo saque.

Por eso el remedio no es un aviso, es una fecha. Dios no dijo «acordaos»: puso siete fiestas en el año para que fuera imposible no acordarse.

Dios reparte el tiempo con el número siete — En Levítico 23 aparece repetidamente el número siete dentro de las fiestas que Dios establece. Muchas de las celebraciones duran siete días o están relacionadas con ciclos de siete.

Dentro del calendario se repiten varios patrones: el séptimo día como día de reposo, fiestas que duran siete días, ciclos de siete semanas. También el mes séptimo concentra tres de las fiestas. El número no es decorativo: es la estructura.

El siete viene de Génesis, del séptimo día en que Dios reposó de su obra. Lo que empezó como el ritmo de la creación se convierte aquí en el ritmo de un pueblo. Israel vive el calendario del Creador.

Y ese ritmo seguirá creciendo en el capítulo siguiente: siete días, siete semanas, siete años, siete veces siete años. Dios no marca solo una fecha; marca una manera de contar.

Dios manda que el trabajo tenga un límite — Seis días se trabaja y el séptimo se para. En las fiestas se repite: ningún trabajo, ninguna obra servil. El pueblo que salió de Egipto, donde trabajaba sin descanso bajo capataces, recibe una ley que le prohíbe volver a hacerlo.

Es la diferencia exacta entre el faraón y Dios. Uno pedía más ladrillos y más rápido; el otro manda parar y llama santo el día en que se para. La libertad de Israel se mide en días sin trabajo.

Jesús dirá que el día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. No lo estaba anulando: estaba devolviéndole el sentido que ya tenía aquí, donde el descanso es un regalo y no una carga más.

Dios convoca: las fiestas son suyas, no del pueblo — El capítulo las llama repetidamente «las fiestas solemnes de Jehová» y «santas convocaciones». La palabra convocación implica que hay alguien que convoca.

El pueblo no se reúne porque le apetezca ni cuando le viene bien. Se reúne porque ha sido citado, en la fecha que Otro puso. Eso cambia la naturaleza de la reunión: no es una iniciativa humana que Dios bendice, es una cita divina a la que el hombre acude.

Y todas las citas son públicas. Ninguna de las siete fiestas es un asunto privado entre un hombre y su Dios: son convocatorias del pueblo entero. Dios organiza a Israel no solo alrededor de un altar, sino alrededor de unas fechas compartidas.

5. El hilo conector *El año entero repartido por la mano de Dios*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios no solo santifica un lugar: santifica el tiempo.**

Cada semana tiene su día parado, cada primavera su pascua y sus primicias, cada otoño su expiación y sus cabañas. Vivir en Israel era vivir dentro de un calendario que contaba una historia, y la historia siempre era la misma: Él nos sacó de Egipto, Él nos dio la tierra, Él nos sostuvo en el desierto.

Y en medio de la fiesta, el rincón del campo sin segar. Porque un año bien repartido incluye siempre la parte que no te quedas.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Vivir sin más ritmo que el del trabajo	Parar el séptimo día porque Él lo apartó
Celebrar sin recordar por qué se celebra	La fiesta que enseña la historia a los hijos
Segar hasta el último rincón del campo	Dejar la parte del pobre y del extranjero
Reunirse cuando conviene y como conviene	Acudir a la cita que Él convocó
Olvidar quién sacó al pueblo de Egipto	Habitar en cabañas una semana para no olvidarlo
El descanso visto como tiempo perdido	El reposo entendido como día de Jehová

Levítico 24. La luz que no se apaga, el pan que representa y el nombre que no se toca

1. Contexto previo

Del calendario Dios vuelve al santuario, y lo hace con dos objetos que no se ven desde fuera: el candelero y la mesa de los panes. Son las dos cosas que hay que mantener, día tras día y semana tras semana, sin que nadie lo aplauda. Y entonces el capítulo se rompe por la mitad con lo único parecido a una narración en todo Levítico: un hombre blasfema el nombre de Dios en medio del campamento y nadie sabe qué hacer con él. De ese caso concreto salen tres principios de justicia que valdrán para todos.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El aceite del alumbrado (v.1-4) — «Manda a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas para el alumbrado, para hacer arder continuamente las lámparas.» Y el encargo de mantenerlas: «Aarón las pondrá en orden delante de Jehová continuamente, desde la tarde hasta la mañana...» El pueblo trae el aceite, el sacerdote atiende la llama.

Los doce panes (v.5-9) — «Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas; cada torta será de dos décimas de efa. Y las pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa limpia delante de Jehová.» Con incienso encima. «Cada día de reposo lo pondrá continuamente en orden delante de Jehová, en nombre de los hijos de Israel, como pacto perpetuo.» El pan retirado lo comen Aarón y sus hijos en lugar santo.

El blasfemo en el campamento (v.10-12) — Un hombre, hijo de madre israelita y padre egipcio, riñe con un israelita en el campamento. «Y el hijo de la mujer israelita blasfemó el Nombre, y maldijo...» Lo llevan a Moisés y lo ponen en la cárcel. El detalle es revelador: nadie improvisa una sentencia. Esperan a que Dios declare qué debe hacerse.

La sentencia y la ley (v.13-16) — Dios responde y la respuesta no se queda en el caso: se convierte en ley. «Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará...» Los que oyeron ponen las manos sobre su cabeza; la comunidad entera asume la sentencia, no un verdugo anónimo.

La compensación proporcional y el mismo estatuto (v.17-23) — Junto a la sentencia, Dios da el criterio general. «El que hiere a algún animal ha de restituirlo, animal por animal.» Y luego: «Y el que causare lesión en su prójimo, según hizo, así le sea hecho: rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente...» Y el remate que iguala a todos: «Un mismo estatuto tendréis para el extranjero, como para el natural; porque yo soy Jehová vuestro Dios.»

3. Los personajes clave

Las olivas machacadas — Lo que hay que romper para que alumbre — El aceite no podía ser de cualquier tipo; debía ser puro y preparado correctamente para el uso en el tabernáculo. El texto menciona que las olivas debían ser machacadas para obtener el aceite.

Este era el proceso mediante el cual se obtenía el aceite limpio que se utilizaba para las lámparas. El aceite era necesario para mantener la luz encendida continuamente en el lugar santo.

Y la imagen se queda grabada: nada alumbra dentro del santuario sin haber pasado antes por el molino. La luz más limpia sale de lo que fue machacado.

Los doce panes — El pueblo entero puesto delante de Dios — El número de panes era doce, y estaban colocados permanentemente delante de Dios en el tabernáculo. El número doce aparece muchas veces en relación con el pueblo de Israel, porque representaba a las doce tribus.

En este contexto, los doce panes estaban relacionados con el pueblo completo delante de Dios. Cada tribu estaba representada simbólicamente en esos panes colocados en su presencia.

Los panes debían renovarse regularmente y permanecer delante de Dios como parte del servicio del tabernáculo. Esto mostraba que el pueblo de Israel estaba representado continuamente delante de Dios.

Ninguna tribu está fuera de la mesa, ni la más pequeña ni la que peor se portó ese mes. Doce panes, ni once ni trece. La representación no depende del comportamiento semanal de cada tribu.

El hijo de la israelita y el egipcio — El que estaba entre dos mundos — El texto se molesta en decir de quién era hijo, y no es un adorno. Este hombre pertenecía al campamento sin pertenecer del todo, y la riña con un israelita probablemente venía de ahí.

Lo que hace después es lo que define el caso. Cualquiera que sea el agravio, lo que salió de su boca fue contra el Nombre. El nombre de Dios representaba su identidad, su autoridad y su santidad. Por esta razón, el pueblo debía tratarlo con respeto.

Y es precisamente en su caso donde Dios promulga la ley de igualdad. El hombre que estaba a medias entre dos pueblos recibe la misma ley que los demás, y esa misma ley se declara para todos, natural y extranjero. La justicia no le hizo un descuento por su origen, pero tampoco le hizo un recargo.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios pide pureza en lo que sostiene la luz — Dios establece elementos específicos y puros para el servicio dentro del tabernáculo. El aceite debía ser puro para que la lámpara pudiera alumbrar continuamente.

El aceite permitía que la lámpara permaneciera encendida de manera constante. Esto formaba parte del servicio que se realizaba dentro del tabernáculo, y era un servicio invisible: dentro del lugar santo no había público.

Ese es el tipo de fidelidad que el capítulo describe. Alguien tenía que traer el aceite, alguien tenía que despabilar las mechas cada tarde, todas las tardes, sin que nadie lo viera. Lo continuo siempre cuesta más que lo espectacular.

Y la luz nunca se apagaba, ni siquiera de noche, ni siquiera cuando el pueblo dormía. El santuario estaba iluminado mientras Israel descansaba. La atención de Dios no tiene turno de noche.

Dios guarda el peso de su propio nombre — Este hecho se presenta como algo muy grave dentro de la ley dada a Israel. El texto relata el caso de una persona que pronunció una blasfemia contra el nombre de Dios, y fue llevado delante de Moisés para saber qué debía hacerse.

El nombre de Dios no era una etiqueta. En la Escritura el nombre contiene a la persona: cuando Dios se nombró a sí mismo desde la zarza, estaba entregando quién es. Atacar el nombre era atacarlo a Él.

El relato muestra que dentro de las leyes de Israel blasfemar el nombre de Dios era considerado una falta grave, y la ley establecía consecuencias. El pueblo debía cuidar la manera en que hablaba del nombre de Dios.

Conviene fijarse en cómo se resolvió. Nadie linchó al hombre en caliente. Lo encerraron y esperaron a que Dios hablara. La gravedad del delito no autorizó a saltarse el procedimiento; al contrario, lo hizo más necesario.

Dios establece una justicia proporcionada, no vengativa — En Levítico 24 aparece un principio de justicia basado en la compensación proporcional. La ley establece que cuando alguien causaba un daño, ese daño debía ser compensado de manera equivalente.

Este principio muestra que si una persona causaba daño a la propiedad de otra, debía reparar ese daño restituyendo lo que había perdido. Y con las lesiones, «ojo por ojo» buscaba que la justicia fuera proporcional al daño causado.

La intención de estas normas era establecer un sistema donde las consecuencias correspondieran al daño producido. De esta manera se evitaban castigos desproporcionados. Leído hoy suena a crueldad; en su mundo era un techo, no un suelo: prohibía matar a un hombre por un diente.

Y hay un contraste que el propio texto marca: el que hiere a un animal lo restituye, pero el que hiere a un hombre responde con lo mismo. La vida humana no se paga con ganado. Dios distingue lo que se compensa de lo que no tiene precio.

Dios da una sola ley para todos — Cuando un extranjero vivía entre el pueblo de Israel, también estaba sujeto a las leyes que Dios había establecido. Esto significaba que las reglas, las responsabilidades y las consecuencias eran las mismas para todos.

Este mandamiento muestra que dentro de la ley de Israel no debía haber un trato diferente en cuanto a la aplicación de la ley. El mismo estatuto debía aplicarse tanto al israelita como al extranjero que habitaba entre ellos. De esta manera, Dios establecía un mismo marco de justicia dentro del pueblo.

Y la razón que se da no es sociológica ni práctica: «porque yo soy Jehová vuestro Dios». La igualdad ante la ley se apoya en que hay un solo Dios sobre todos, no en un consenso entre iguales. Es un principio que el mundo antiguo no tenía, y el caso que lo provoca es el de un hijo de egipcio.

5. El hilo conector *Lo que se mantiene en silencio y lo que no se puede tocar*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **la fidelidad se juega en lo continuo y en el respeto al Nombre**.

Una lámpara que arde toda la noche donde nadie mira, doce panes renovados cada sábado en nombre de las doce tribus: eso es la vida con Dios mucho más que un acontecimiento memorable. Lo que sostiene el santuario es aceite traído y mechas atendidas, semana tras semana.

Y en medio, un hombre que abre la boca contra el Nombre y descubre que hay cosas que no se pueden tocar. La misma ley que lo juzga a él se declara igual para el natural y el extranjero, porque el Dios cuyo nombre se respeta es el Dios de todos los que viven en el campamento.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Llevar cualquier aceite al servicio de Dios	Traer lo puro, aunque haya que machacarlo
Servir solo donde hay quien lo vea	Sostener la llama toda la noche sin público
Usar su nombre como si no pesara	Tratar el Nombre como lo que contiene a quien lo lleva
Hacer justicia en caliente y por cuenta propia	Encerrar el caso y esperar la palabra de Dios
Devolver más daño del que se recibió	Restituir de forma equivalente al daño causado
Una ley para los míos y otra para el de fuera	Un mismo estatuto para el extranjero y el natural

Levítico 25. El año sabático y el jubileo: la tierra es mía y el pueblo es mío

1. Contexto previo

Dios ha repartido la semana y ha repartido el año. Ahora reparte las décadas. En el Sinaí le da a Moisés una ley que solo podrá cumplirse cuando entren en la tierra, y que va contra todo lo que un pueblo agrícola haría por instinto: dejar de sembrar un año entero de cada siete, y cada cincuenta años devolver las tierras vendidas y soltar a los que sirven por deudas. Debajo de todo el capítulo hay una sola frase que lo explica: la tierra mía es, y los siervos míos son.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El reposo de la tierra (v.1-7) — «Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña, y recogerás sus frutos; pero el séptimo año la tierra tendrá descanso, reposo para Jehová; no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña.» Y el que nazca solo tampoco se vendimia: «Lo que de suyo naciere en tu tierra segada, no lo segará, y las uvas de tu viñedo no vendimiarás...» Lo que salga es comida común: «Mas el descanso de la tierra te dará para comer a ti, a tu siervo, a tu sierva, a tu criado y al extranjero...»

La proclamación del jubileo (v.8-22) — Siete veces siete años, cuarenta y nueve, y al día de la expiación del año cincuenta suena el cuerno por toda la tierra. «Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores...» «En este año de jubileo volveréis cada uno a vuestra posesión.» Por eso el precio de un campo no es el precio de un campo: «Conforme al número de años después del jubileo comprarás de tu prójimo... Cuanto mayor fuere el número de los años, aumentarás el precio, y cuanto menor fuere el número, disminuirás el precio...» Y con una advertencia: «Y no engañe ninguno a su prójimo, sino temed a vuestro Dios...»

La tierra no se vende a perpetuidad (v.23-34) — Aquí está la razón de todo: «La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo.» De ahí nace el derecho de rescate: «Cuando tu hermano empobreciere, y vendiere algo de su posesión, entonces su pariente más próximo vendrá y rescatará lo que su hermano hubiere vendido.» Y si no hay pariente: «cuando el hombre no tuviere quien rescate lo suyo, y consiguiera lo suficiente para el rescate, entonces contará los años desde que vendió... y volverá a su posesión». Si tampoco alcanza, «lo que vendió estará en poder del que lo compró hasta el año del jubileo, y al jubileo saldrá...»

El hermano que empobrece (v.35-38) — «Y cuando tu hermano empobreciere, y se acogiere a ti, tú lo ampararás; como forastero y extranjero vivirá contigo.» Y sin sacar

tajada: «No tomarás de él usura ni ganancia, sino tendrás temor de tu Dios...» Prestar sí, lucrarse con la desgracia del otro no.

El siervo que no es esclavo (v.39-55) — «Y cuando tu hermano empobreciere, estando contigo, se vendiere a ti, no le harás servir como esclavo. Como criado, como extranjero estará contigo; hasta el año del jubileo te servirá.» «Entonces saldrá libre de tu casa, él y sus hijos con él, y volverá a su familia...» Y la razón: «Porque siervos míos son, los cuales saqué yo de la tierra de Egipto...» Por eso «no te enseñorearás de él con dureza, sino tendrás temor de tu Dios».

3. Los personajes clave

La tierra que descansa — La que también tiene su sábado — En Levítico 25 Dios establece que no solo las personas debían tener un tiempo de reposo, sino también la tierra. Después de trabajar la tierra durante seis años, debía dejarse descansar durante un año.

El texto dice que ese descanso era reposo para Jehová. Esto indica que ese año de descanso formaba parte del sistema de tiempos que Dios había establecido. Durante ese año el pueblo no debía sembrar ni trabajar la tierra de la misma manera que en los años anteriores.

Este mandamiento refleja el mismo patrón de otros lugares de la ley: seis días de trabajo y un día de reposo, seis años de cultivo y un año de descanso. Dios establece ritmos de trabajo y descanso.

El reposo de la tierra impedía además que el pueblo la explotara sin descanso: Dios pone un límite para recordar que la tierra no pertenecía completamente al hombre.

El cuerno del jubileo — El sonido que deshace lo hecho en cincuenta años —

Un solo toque de trompeta, en el día de la expiación del año cincuenta, y medio siglo de compraventas se desanda. Las familias vuelven a su campo, los siervos vuelven a su casa.

En ese año se proclamaba libertad, y las personas que estaban en servidumbre podían regresar a su familia. Dentro de las leyes dadas a Israel existía un sistema que permitía recuperar la libertad y volver a la familia.

Que suene el día de la expiación no es casual: el día en que el pueblo queda limpio delante de Dios es el día en que las deudas de unos con otros se cancelan.

Isaías tomará esa imagen para describir el año de la buena voluntad de Jehová, y Jesús leerá ese texto en la sinagoga de Nazaret y dirá que se ha cumplido. El cuerno del jubileo terminó sonando bastante más lejos de lo que Israel imaginaba.

El pariente redentor — El que paga lo que el otro no puede pagar — Cuando una persona vendía una propiedad por causa de pobreza, Dios establecía la posibilidad de recuperarla, y el primero que podía hacerlo no era el propio deudor sino su pariente más próximo.

La venta no era definitiva: siempre existía la posibilidad de rescatar lo que se había perdido. Y si el que había vendido lograba reunir el dinero, también podía recuperarla él mismo.

La figura del rescatador es de las más fecundas de la Escritura. Booz la ejerce con Rut y con el campo de Noemí; Job dice que su Redentor vive; el Nuevo Testamento la aplica a Cristo. Todo eso nace de este párrafo sobre fincas y precios.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

La tierra pertenece a Dios y el hombre solo la administra — En Levítico 25 Dios establece una norma especial sobre la propiedad de la tierra. Las tierras no podían venderse para siempre; la venta era solamente temporal hasta el año del jubileo.

Esto significa que la tierra pertenecía realmente a Dios, y el pueblo solo la administraba dentro del tiempo que Él había establecido. En realidad, lo que se estaba vendiendo no era la tierra para siempre, sino el número de cosechas que podían recogerse antes del jubileo.

Lo que produjera espontáneamente durante el año sabático debía servir para todos, no como una forma de acumulación. Dios establece límites para el uso de la tierra dentro de las leyes dadas a Israel.

Dios pone fecha de caducidad a la ruina — En Levítico 25 aparece una norma importante sobre las personas que llegaban a ser siervos por causa de deudas o pobreza. Dios establece que esa situación no debía durar para siempre.

La servidumbre tenía un límite de tiempo, el año del jubileo proclamaba libertad y las personas podían regresar a su familia. Dios establecía un sistema de restauración dentro del pueblo.

Dentro de las leyes dadas a Israel, incluso las situaciones de servidumbre tenían un tiempo límite y un momento de liberación establecido por Dios. Ninguna caída era definitiva, porque el calendario mismo estaba diseñado para levantar al caído.

Dios manda sostener al hermano antes de que se hunda — En Levítico 25 Dios establece que cuando una persona del pueblo empobrecía, los demás debían ayudarlo para que pudiera sostenerse y no cayera en una situación más grave.

Esto muestra que dentro del pueblo de Israel existía una responsabilidad de apoyar a quien estaba pasando necesidad. Dios también establece que no se debía aprovechar la situación del hermano que estaba pasando dificultades: no se debía usar la necesidad de otra persona para obtener beneficio económico.

La ayuda tenía el propósito de evitar que una persona empobrecida tuviera que venderlo todo o caer en una situación más grave. El pueblo debía actuar de manera que el hermano pudiera mantenerse dentro de la comunidad.

La autoridad se ejerce con temor de Dios, no con dureza — Aunque alguien tuviera autoridad o estuviera en una posición superior, no debía abusar de esa posición. Tener autoridad sobre otra persona no significaba tratarla con dureza o abuso.

El capítulo explica que el pueblo pertenecía a Dios y que todos habían sido liberados por Él. Esto recuerda que el pueblo no debía tratar a otros con dureza porque todos pertenecían a Dios.

El mandamiento también menciona que la persona debía actuar con temor de Dios. El trato hacia los demás debía hacerse reconociendo que Dios estaba por encima de todos. La autoridad no debía ejercerse con abuso, sino dentro del respeto a lo que Dios había establecido.

5. El hilo conector *Nada es tuyo del todo, ni la tierra ni el hombre*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios pone un límite a la propiedad y un final a la ruina.**

La tierra no se vende a perpetuidad porque no es del que la vende. El hombre no queda esclavo de por vida porque no es del que lo compra. Los dos son de Dios, y por eso los dos vuelven: el campo a su familia, el siervo a su casa, la tierra a su descanso.

Es una economía construida sobre una confesión: somos forasteros para con Él, administradores con plazo de algo prestado. Y el que sabe eso ni exprime la tierra ni cobra intereses a un vecino hundido.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Exprimir la tierra sin darle descanso	Dejarla reposar el séptimo año como reposo para Jehová
Comprar como quien se queda algo para siempre	Comprar sabiendo que la tierra es de Dios
Aprovechar la ruina del vecino para ganar	Amparar al hermano sin usura ni ganancia
Enseñorearse con dureza del que depende de ti	Tratarlo con temor de Dios, recordando Egipto
Dar por definitiva la pérdida del otro	Rescatar lo que el hermano no puede rescatar
Engañar al prójimo en el precio	Calcular con justicia los años hasta el jubileo

Levítico 26. Bendiciones, maldiciones y un pacto que no se rompe

1. Contexto previo

Levítico ha ido dando preceptos durante veinticinco capítulos. Ahora Dios pone las dos consecuencias delante del pueblo y las describe con detalle: qué pasa si andan en sus decretos y qué pasa si no. No es un discurso de amenazas. Es un pacto formulado como se formulaban los pactos en aquel mundo, con sus bendiciones y sus maldiciones escritas. Pero este tiene un final que ningún otro tratado antiguo tenía: después de describir la ruina más completa, Dios dice que aun así no romperá el pacto.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

La condición (v.1-3) — Antes de nada, dos prohibiciones: nada de ídolos ni de imágenes, y guardar los días de reposo. Y luego la condición de todo lo que sigue: «Si anduviereis en mis decretos, y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra...»

Las bendiciones (v.4-13) — La lista empieza por el cielo. «Yo daré vuestra lluvia en su tiempo, y la tierra rendirá sus productos, y el árbol del campo dará su fruto.» Sigue con la abundancia: «Vuestra trilla alcanzará a la vendimia, y la vendimia alcanzará a la sementera; y comeréis vuestro pan hasta saciaros...» Después la seguridad: «Y yo daré paz en la tierra, y dormiréis, y no habrá quien os espante; y haré quitar de vuestra tierra las malas bestias, y la espada no pasará por vuestro país.» Y la victoria: «Cinco de vosotros perseguirán a ciento, y ciento de vosotros perseguirán a diez mil...» Con la provisión que dura: «Y comeréis lo añejo de mucho tiempo, y sacaréis lo añejo para meter lo nuevo.»

La mayor de todas: su presencia (v.9-13) — «Porque yo me volveré a vosotros, y os haré crecer, y os multiplicaré, y afirmaré mi pacto con vosotros.» Y más adelante: «Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.» El bloque se cierra recordando de dónde vienen: «Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para que no fueseis sus siervos, y rompí las coyundas de vuestro yugo, y os he hecho andar con el rostro erguido.»

Las advertencias, en cuatro oleadas (v.14-39) — Todo empieza con un «si no me oyereis, ni hiciereis todos estos mis mandamientos» y con «si desdeñareis mis decretos, y vuestra alma menospreciare mis estatutos». Después viene el desgaste: «enviaré sobre vosotros terror, extenuación y calentura... y sembraréis en vano vuestra semilla, porque vuestros enemigos la comerán». Y el miedo: «los que os aborrecen se enseñorearán de vosotros, y huiréis sin que haya quien os persiga». Las advertencias se repiten y crecen —

«si aun con estas cosas no me oyereis, yo volveré a castigaros siete veces más» — hasta las fieras que «os arrebatarán vuestros hijos», la pestilencia, la desolación —«pondré vuestras ciudades en desolación, y asolaré vuestros santuarios»— y el temor final: «el sonido de una hoja que se mueva los perseguirá».

El pacto que permanece (v.40-46) — Y entonces el capítulo gira. Si confiesen su iniquidad, Dios se acordará de su pacto. La tierra, mientras está asolada, gozará sus días de reposo, «por cuanto desecharon mis decretos, y el alma de ellos tuvo fastidio de mis estatutos». Pero: «Y aun con todo esto... no los desearé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos...» Porque «me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto...»

3. Los personajes clave

La lluvia en su tiempo — Lo que ningún hombre puede fabricar — La primera bendición de la lista no es oro ni victoria: es agua cayendo cuando toca. La lluvia era esencial para la vida agrícola del pueblo de Israel. Sin lluvia en el momento adecuado no podía haber cosecha.

En el versículo aparecen tres elementos que trabajan juntos: el clima, la tierra que rinde sus productos y el árbol que da su fruto. Cuando estos tres elementos están alineados, se produce la cosecha.

Y el primero de los tres es el único que el labrador no controla. Puede arar, puede podar, puede sembrar; no puede hacer llover. Dios elige empezar la lista de bendiciones justamente por la pieza que no está en manos del hombre.

El que huye sin perseguidor — El miedo que se instala dentro — La advertencia más inquietante del capítulo no es una plaga ni un ejército: es un hombre corriendo por un campo vacío. No hay un enemigo persiguiendo realmente, pero la persona actúa como si lo hubiera.

Esto describe un estado de inquietud o temor que hace que alguien huya aun cuando no hay peligro visible. El capítulo lo lleva al extremo: bastará el sonido de una hoja moviéndose para ponerlo a correr.

Es el reverso de la bendición: allí dormían sin que nadie los espantara. La diferencia no está fuera, está dentro.

La tierra que cobra sus sábados — La deuda que se paga aunque tarde — En medio de la desolación aparece una frase sorprendente: mientras la tierra esté asolada, gozará los reposos que no gozó mientras el pueblo la habitaba.

Es la conexión directa con el capítulo anterior: el año sabático que Israel no guardó no se perdió, quedó anotado. La tierra acabó descansando igual, solo que en el exilio.

Dice algo serio sobre los mandamientos de Dios: no son sugerencias que caducan si se ignoran. Lo que se debe se paga.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios pide que se ande en sus decretos, no solo que se conozcan — La expresión «andar en mis decretos» describe la forma de vivir conforme a las normas que Dios había establecido. Implica caminar dentro de lo que Dios había definido como correcto.

La segunda parte del versículo menciona guardar los mandamientos, es decir, respetar y obedecer las instrucciones que Dios había dado al pueblo. Y el versículo también menciona ponerlos por obra: no se trataba solo de conocer las normas, sino de vivir conforme a ellas.

Y al otro lado está la actitud contraria que el capítulo nombra. Desdeñar implica tratar lo que Dios ha mandado como algo sin importancia, no considerarlo digno de atención. La relación con Dios también depende de cómo el pueblo trata sus palabras.

Dios bendice el proceso entero, desde el cielo hasta el granero — Dentro de las promesas del capítulo, la lluvia representa que Dios establece condiciones favorables para que la tierra produzca. Cuando la lluvia llega en su tiempo, la tierra da su fruto y la cosecha puede prosperar.

Y la abundancia prometida es desmesurada: las cosechas serían tan grandes que los tiempos agrícolas se solaparían. La trilla alcanzaría a la vendimia y la vendimia al tiempo de sembrar.

Lo mismo con lo guardado: todavía estarían comiendo de lo antiguo cuando llegara la nueva cosecha, y tendrían que sacar lo viejo del almacén para guardar lo nuevo. Lo que Dios da tiene duración y abundancia.

Y a esto se suma la paz: desaparecen los enemigos, las bestias peligrosas y la guerra. La paz permite descansar sin miedo; cuando hay paz, las personas pueden dormir tranquilas.

Dios multiplica la fuerza de los suyos y va delante — Dios dice que el pueblo no sería perseguido, sino que ellos mismos perseguirían a sus enemigos. La victoria no se presenta como resultado solo de la fuerza humana, sino como parte de las bendiciones prometidas por Dios.

El capítulo menciona que pocos podrían vencer a muchos: cinco perseguirían a ciento y ciento a diez mil. Es un efecto multiplicador donde una cantidad pequeña logra una victoria mucho mayor de lo esperado. El número no determina el resultado.

Y por encima de todo está la promesa de la que dependen las demás: «yo me volveré a vosotros, y os haré crecer, y os multiplicaré». Esa expresión indica que Dios fija su favor sobre el pueblo, y de ahí viene el crecimiento.

Dios advierte muchas veces y aun así no rompe su pacto — El hecho de que la advertencia se repita varias veces indica que escuchar a Dios es un punto central en la relación con Él. El capítulo presenta una progresión donde Dios vuelve a advertir varias veces si el pueblo decide no escuchar.

La expresión «no me oyereis» aparece aproximadamente cuatro veces en el capítulo, y cada vez las consecuencias se intensifican siete veces más. Dios advierte varias veces antes de intensificarlas. La paciencia no es ausencia de justicia: es justicia que da plazo.

Y a pesar de todo lo que el capítulo describe, Dios también afirma que no romperá el pacto que hizo con el pueblo. Esto muestra que el pacto que Dios hizo con el pueblo permanece.

El capítulo termina recordando que Dios fue quien sacó al pueblo de Egipto: «me acordaré de ellos por el pacto antiguo». Ahí está la clave de todo el capítulo. Las bendiciones son condicionales y las maldiciones son condicionales, pero el pacto no lo es. Dios lo sostiene porque lo firmó Él, no porque el pueblo lo merezca.

5. El hilo conector *Lo que se pierde por desobedecer y lo que Él no retira*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **Dios pone delante las dos consecuencias y después declara que ni la peor de ellas anula su pacto.**

La bendición no era una lista de premios: era la lluvia a su tiempo, el sueño sin miedo, el granero lleno y Dios andando en medio del pueblo. La advertencia era la retirada de todo eso, hasta que un hombre huye de una hoja que se mueve.

Y cuando ya no queda nada que perder, aparece la frase que sostiene toda la Escritura: no los desearé ni invalidaré mi pacto con ellos. El pueblo puede fallar al pacto; el pacto no falla al pueblo, porque lo firmó el mismo que rompió las coyundas del yugo.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Conocer los decretos sin andar en ellos	Guardarlos y ponerlos por obra
Desdeñar lo que Dios ha dicho como si no importara	Dar valor a sus estatutos
Contar la victoria por el número de los que salen	Saber que cinco persiguen a ciento si Él va delante
Vivir huyendo de lo que no persigue	Dormir sin que nadie espante, porque Él da paz
Dejar de oír hasta que la advertencia se repite cuatro veces	Escuchar su voz a la primera
Creer que el pecado cancela la promesa	Recordar que Él no invalida su pacto

Levítico 27. Los votos: lo que se promete a Dios y lo que ya era suyo

1. Contexto previo

Levítico ya ha terminado su discurso. El capítulo anterior cerraba con la fórmula de clausura de todo el libro: estos son los estatutos que Jehová estableció en el monte Sinaí. Y sin embargo hay un capítulo más, y trata de algo que nadie estaba obligado a hacer: los votos voluntarios. Cuando alguien, por gratitud o por necesidad, promete a Dios una persona, un animal, una casa o un campo, ¿qué pasa después? Levítico se cierra con la parte más libre de toda la ley, y con un recordatorio: hay cosas que no se pueden prometer porque ya son de Él.

2. Resumen narrativo *El núcleo de cada escena*

El voto de personas (v.1-8) — «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguno hiciere especial voto a Jehová, según la estimación de las personas que se hayan de redimir...» Se fija una tasación por edad y sexo, de los niños de un mes a los ancianos. Y una cláusula que lo cambia todo: si el que hizo el voto es demasiado pobre para pagar la estimación, se presenta al sacerdote y este lo tasa conforme a lo que pueda.

Animales, casas y campos (v.9-25) — El animal limpio prometido a Dios queda santo y no se cambia; si se cambia, los dos quedan consagrados. El animal impuro y la casa se tasan y pueden rescatarse añadiendo la quinta parte. El campo se valora según la simiente que necesita y según los años que falten hasta el jubileo, y si no se rescata, al jubileo pasa a ser posesión del santuario.

Lo que no se puede prometer (v.26-29) — Aquí Dios pone el límite. «Pero el primogénito de los animales, que por la primogenitura es de Jehová, nadie lo dedicará; sea buey u oveja, de Jehová es.» Tampoco lo dedicado por anatema: eso no se vende ni se rescata, es cosa santísima.

El diezmo de la tierra y del ganado (v.30-33) — El diezmo de la tierra, de la semilla y del fruto, es de Jehová, cosa dedicada a Él. Quien quiera rescatar algo de su diezmo añadirá la quinta parte. Y del ganado, pasa el décimo bajo el cayado sin escoger entre bueno y malo. No se elige lo que se da: se cuenta.

La firma final del libro (v.34) — Y Levítico termina como terminaba el capítulo anterior, cerrando el círculo: estos son los mandamientos que Jehová dio a Moisés para los hijos de Israel, en el monte Sinaí.

3. Los personajes clave

El que promete — El hombre que se compromete sin que se lo pidan — El voto era una decisión personal donde alguien prometía algo a Dios. Nadie obligaba a nadie.

Toda la ley anterior mandaba; este capítulo solo regula lo que un hombre decide por su cuenta.

Los votos no eran palabras ligeras. Cuando una persona hacía un voto, estaba estableciendo un compromiso delante de Dios. El capítulo explica cómo debían cumplirse esos votos y cómo se establecía el valor de lo prometido.

El hecho de que Levítico 27 dedique todo un capítulo a los votos muestra que estas promesas tenían importancia dentro de la relación entre el ser humano y Dios. Eclesiastés lo dirá sin rodeos: mejor es no prometer que prometer y no cumplir.

El primogénito — Lo que no se puede regalar porque ya es suyo — Dios declara que el primogénito no podía ser ofrecido como algo voluntario porque ya le pertenecía. El versículo deja claro que el primogénito ya pertenece a Dios desde el principio.

El texto explica que el primogénito no podía dedicarse como si fuera una ofrenda voluntaria porque ya estaba reservado para Dios. Esto muestra que lo primero no era algo opcional o negociable.

Dentro de la ley dada a Israel, el primogénito tenía un lugar especial. Lo primero que nacía del ganado estaba consagrado a Dios. El versículo repite la idea con claridad: el primogénito es de Jehová.

Y ahí hay una lección incómoda para el que quiere quedar bien con Dios. No se puede ofrecer como generosidad lo que ya se debía. La primera parte de la cosecha y la primera cría del rebaño no eran un detalle del creyente: eran propiedad del Dueño.

El pobre que no llega a la tasación — El que promete más de lo que tiene — En medio de una lista de precios aparece la cláusula más humana del capítulo: el que no puede pagar lo que prometió se presenta al sacerdote y el sacerdote lo tasa conforme a lo que alcanza su mano.

No se le perdona el voto ni se le humilla por haberlo hecho. Se le ajusta. Dios no quiere que un hombre se arruine por un arrebató de devoción, pero tampoco le permite salir del compromiso como si nunca lo hubiera hecho.

Es la misma lógica que recorre todo Levítico, desde la tórtola que podía ofrecer el que no tenía cordero. La ley pone un baremo y a la vez abre una puerta para el que no llega. Nadie queda fuera por pobre.

4. La óptica de Dios *Su carácter en este capítulo*

Dios toma en serio lo que se le promete libremente — Un voto es una promesa hecha a Dios, y las promesas hechas a Dios eran consideradas serias. El capítulo establece normas sobre los votos precisamente porque no eran un asunto menor.

Este pasaje muestra que dentro de la ley dada a Israel los votos eran compromisos importantes hechos delante de Dios. Que fueran voluntarios no los hacía revocables: lo que se hace libre obliga igual que lo que se hace por mandato.

Jesús hablará más tarde de los que usaban los votos para escaparse de lo que debían a sus padres. La tentación de convertir la promesa religiosa en coartada es antigua, y este capítulo ya la cierra por el otro lado: si prometiste, paga.

Lo primero es de Dios antes de que nadie lo dé — Dios declara que hay cosas que nadie puede dedicar porque ya son suyas: el primogénito del ganado y el diezmo de la tierra. No entran en el mercado de los votos.

El diezmo de la tierra es «cosa dedicada a Jehová», y del ganado pasa el décimo bajo el cayado sin escoger entre bueno y malo. No se elige lo que se entrega: se cuenta.

Y eso ordena toda la vida delante de Dios. Primero está lo que le pertenece, y solo después empieza lo que uno decide dar. Confundir las dos cosas es el error más común de la religiosidad: llamar generosidad a lo que es simple devolución.

El primogénito recorre toda la Escritura desde aquí. Israel entero será llamado el primogénito de Dios, y el Nuevo Testamento llamará a Cristo el primogénito entre muchos hermanos. Lo primero siempre le pertenece, y Él terminó dando lo primero suyo.

Dios deja siempre una puerta de rescate — Casi todo lo dedicado en este capítulo podía recuperarse: la casa, el campo, el animal impuro, incluso una parte del diezmo, añadiendo la quinta parte del valor.

Es la misma palabra que recorría el capítulo del jubileo: rescatar, redimir, recuperar lo entregado. Levítico se cierra con el verbo con el que había organizado la economía del pueblo.

El añadido de la quinta parte impide que el rescate sea gratuito o frívolo: recuperar lo que se dedicó cuesta más de lo que valía. Dios no bloquea el camino de vuelta, pero tampoco lo hace cómodo.

Y hay lo que no se rescata: lo consagrado por anatema y el primogénito. Saber qué vuelve y qué no es buena parte de la sabiduría de este libro.

Dios tasa a cada uno conforme a lo que puede — El capítulo fija cantidades exactas por edad y por sexo, y acto seguido las suspende para el que no llega. El sacerdote lo pondrá delante de Dios y lo valuará conforme a lo que alcance la mano del que hizo el voto.

La tasación fija es justicia; la tasación adaptada es misericordia. Y lo notable es que las dos están en el mismo párrafo, sin que ninguna anule a la otra. Eso es Levítico entero en pequeño.

Siglos después, Jesús mirará a una viuda echando dos blancas en el arca y dirá que ha echado más que todos. Está aplicando exactamente este criterio: lo que vale no es la cifra, es lo que la cifra era para quien la dio.

5. El hilo conector *Lo que ofreces, lo que ya era suyo y por qué se escribió todo esto*

El kit de la cuestión en este capítulo es que **antes de ofrecerle algo a Dios conviene saber qué era suyo desde el principio.**

Levítico termina así, y no por casualidad. El libro empezó con un hombre llevando un animal a la puerta del tabernáculo y termina con un hombre poniéndole precio a lo que ha prometido. Entre medias han pasado los sacrificios, los sacerdotes, la sangre del día de la expiación, las fiestas, el jubileo y el pacto que no se rompe. Todo el libro ha estado contestando una sola pregunta: cómo puede un pueblo vivir cerca de un Dios santo sin ser consumido.

Y la respuesta no ha sido nunca el esfuerzo del pueblo. Ha sido Él: el que da el sacrificio, el que aparta el sacerdote, el que fija las fiestas, el que devuelve la tierra, el que sostiene el pacto cuando ya no queda mérito que alegar, y el que tasa al pobre conforme a lo que su mano alcanza. Lo primero era suyo, la tierra era suya, los siervos eran suyos, y el nombre por el que todo esto se manda es el mismo con el que se firma cada párrafo: yo Jehová, que os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios.

6. Síntesis *El carácter de Dios en este capítulo*

LO QUE LE DISGUSTA	LO QUE LE AGRADA
Prometer con la boca lo que no se piensa pagar	Cumplir el voto hecho libremente
Ofrecer como regalo lo que ya le pertenecía	Reconocer que lo primero es de Jehová
Escoger lo peor del rebaño para el diezmo	Pasar el décimo bajo el cayado sin escoger
Medir la ofrenda por la cifra que se ve	Medirla por lo que alcanza la mano del que da
Usar la promesa religiosa como coartada	Poner el compromiso delante del sacerdote y pagarlo
Acercarse a lo santo con lo que sobra	Vivir cerca del Dios santo del modo que Él mismo enseñó